This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

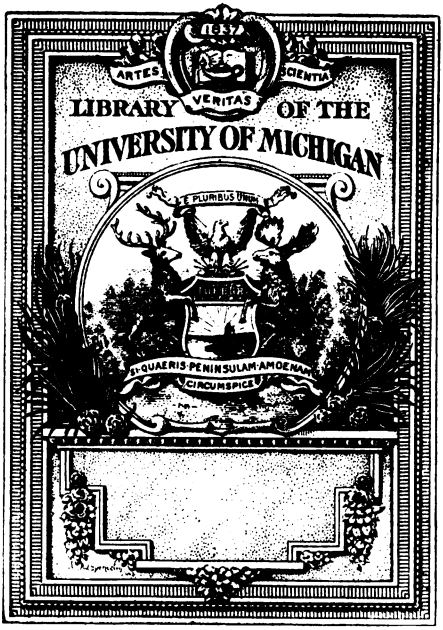
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

868
G67
P9
v.1

G67
P9

OBRAS

DE

D. MANUEL E. DE GOROSTIZA

TOMO I.

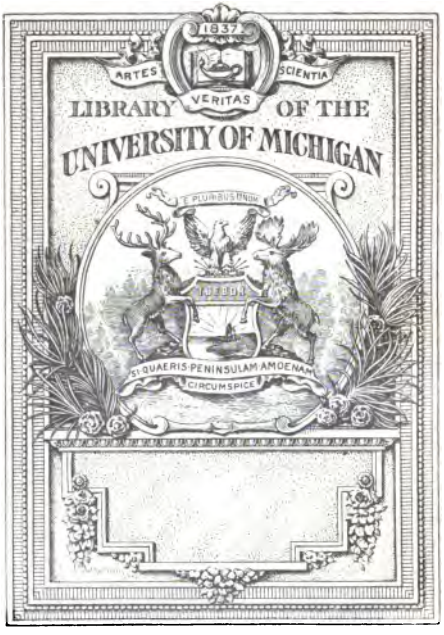
TEATRO.

1372
C4

MÉXICO.

IMP DE V AGÜEROS, EDITOR
Cerca de Sto. Domingo No. 4

1899


1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

8 6 8
G 7
T 9

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS

E. de Gorostiza

Este retrato está tomado de la edición de las obras del autor hecha en Bruselas el año de 1825.

DE

TOMO I.

TEATRO

IMP. DE V. AGUEROS, EDITOR
Cerca de Sta. Domingo No. 4

BIBLIOTECA DE 22 AUTORES MEXICANOS

OBRAS

DE

D. MANUEL E. DE GOROSTIZA

TOMO I.

TEATRO.

MÉXICO.

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR
Cerca de Sto. Domingo No. 4

1899

NOTICIA BIOGRÁFICA.

I.

DON Manuel Eduardo de Gorostiza nació en Veracruz el 13 de Octubre de 1789. Sus padres fueron españoles, muy distinguidos y estimados en la sociedad en que vivían por sus méritos, sus virtudes y su ilustracion. D. Pedro de Gorostiza, general de los ejércitos del rey, recibió de éste el importante nombramiento de Gobernador de Veracruz y del Castillo de S. Juan de Ulúa, y D.ª María del Rosario Cepeda, el muy honorífico de Regidora Perpetua de Cádiz, su patria; distinción que se le concedió en premio del extraordinario lucimiento con que á la temprana edad de doce años sustentó unos exámenes. Algunos di-

cen que los padres de Gorostiza fueron parientes, el primero del célebre y ameritado virrey Conde de Revillagigedo, y la segunda de la inmortal y celebrada santa española Teresa de Jesús. Si es así, tendremos una prueba de que á veces el talento y la generosidad de corazón se trasmiten de descendencia en descendencia, pues nuestro poeta dramático abundaba en ambas cualidades. D. Pedro falleció en 1793, y de resultas de esta desgracia, su esposa se vió obligada á regresar á España con sus hijos, de los cuales el menor, D. Manuel Eduardo, contaba á la sazón cuatro años. Allí comenzó éste sus estudios, y á su tiempo emprendió los de la carrera eclesiástica, que fué á la que primeramente se sintió inclinado; pero pronto cambió de resolución, y él mismo dice que "apenas tuvo la edad prevenida por la Ordenanza, entró á servir como cadete." En 1808 era ya capitán de granaderos; y dispuesto á defender la patria de sus padres, que él había adoptado como suya, tomó activa parte en la guerra contra los invasores ejércitos de Napoleón, distinguiéndose de tal manera por su arrojo y empeño, que á poco le ascendieron á coronel; pero no obstante esto, en 1814 abandonó la carrera de las armas para entregarse tranquilamente al sosegado cultivo de las letras. Deseoso luego de tomar parte en la política, se afilió sin vacilar en el partido liberal. Escribió y se representaron en los teatros de Madrid con bastante buen éxito, sus primeras obras dramáticas *Indulgencia para todos, Tal para cual, Las Cos-*

tumbres de Antaño, y *D. Dieguito*, distinguiéndose igualmente como entusiasta orador en la Fontana de Oro. Sus avanzadas ideas liberales, sus discursos, sus escritos, hicieron que Fernando VII, al recobrar la corona, lo desterrara al extranjero, confiscándole antes sus bienes, como lo mandó ejecutar con otros españoles ilustres, entre ellos Martínez de la Rosa. Con este motivo salió de España en 1821, y recorrió las principales ciudades de Europa, deteniéndose al fin en Londres: allí continuó cultivando la literatura, escribiendo sobre las cosas de España y trabajando, en fin, para asegurarse suficientemente su subsistencia y la de su familia. En 1824 se presentó Gorostiza al Sr. D. José Mariano de Michelena, representante de nuestra patria en Londres, "como un mejicano descarriado que deseaba regresar al regazo de su patria," según frase de dicho representante. Por conducto del mismo, el ya célebre hijo de Veracruz dirigió al Gobierno una comunicación sencilla, pero bastante expresiva, en que ofrecía sus servicios y su talento á la tierra que le vió nacer; servicios que fueron aceptados con gusto. Ya con este consentimiento, el Sr. Michelena pudo confiar á Gorostiza, en Septiembre del mismo año, una mision importante en Holanda con el carácter de Agente privado del gobierno mejicano. y la satisfactoria manera con que la desempeñó fué prenda segura de la sinceridad de sus intenciones, é hizo que en lo sucesivo se siguieran utilizando los talentos y disposiciones de tan buen

mejicano. En 1825 fué, pues, nombrado Cónsul general interino en Bélgica; en 1826, Encargado de negocios cerca del gobierno Holandés; en 1829, cerca de la Corte británica, y por último, en 1830, Ministro Plenipotenciario en la misma, con facultad de arreglar con las naciones europeas tratados de amistad, navegación y comercio en los términos que mejor creyese conveniente. Haciendo uso de esta amplísima facultad, y aprovechando las importantes relaciones que anticipadamente había cultivado con una habilidad, empeño y eficacia notables, se apresuró á negociar tratados con Prusia, Sajonia, Ciudades Anseáticas de Lubeck, Bremen y Hamburgo; convenciones con Baviera y Wurtemberg; y finalmente, el tratado con Francia, habiendo estado también en esta corte y en la de Berlín con el carácter de Enviado Extraordinario. "Tuvo además, —dice el Sr. Roa Bárcena, — misión confidencial de la administración de Bustamante para arreglar el reconocimiento de nuestra independencia por España, de que desistió en virtud de sus informes." Gorostiza aceptó siempre con agrado y entusiasmo todas las comisiones que el gobierno le confió, esmerándose en llevarlas á feliz término por medio de la prudencia y según las inspiraciones de su ilustrado patriotismo. Por fin, después de haber servido tan brillantemente á su patria, en Europa, quiso venir á respirar sus brisas y á contemplar su cielo. Desembarcó en Veracruz el año de 1833.

II.

A su llegada á Méjico, fué nombrado Bibliotecario Nacional y Síndico del Ayuntamiento, y poco después miembro de la Dirección de Estudios: en estos cargos, así como en otros que en lo sucesivo recibió, se hizo notar siempre por su amor al trabajo y al adelantamiento de los asuntos encomendados directamente á su cuidado; y sobre todo, por el empeño que tomaba en sostener, á veces con su propio peculio, una casa de corrección fundada por él, en que los niños desvalidos y en peligro de perderse, hallaban un asilo seguro y fácil manera de ir adquiriendo poco á poco las inclinaciones y cualidades del hombre honrado y trabajador. Después estuvo encargado distintas ocasiones de las Secretarías de Relaciones Exteriores y de Hacienda, y desempeñó con feliz acierto las labores de tan importantes oficinas. Recibió también el delicado encargo de arreglar con Francia las cuestiones de 1838, y por último, el de pasar á los Estados Unidos en demanda de explicaciones acerca de la conducta observada por el gobierno americano en la ruidosa cuestión de Tejas. Si bien había servido Gorostiza á Méjico en Europa, la conducta del insigne diplomático en esta vez aumentó sus merecimientos, no sólo ante el gobierno, sino ante todos los mejicanos sensatos y amantes del buen nombre de su patria. Sus notas al gabinete de Washington, á la par que se hacían

notables por la cortesía, serenidad y prudencia que campeaban en ellas, resplandecían por su energía y su dignidad: las razones expuestas por Gorostiza tenían siempre por base, ó preceptos del derecho internacional ó artículos de los tratados vigentes; y en todas sus palabras había vigor de razonamiento, rectitud de intención y generosos impulsos de verdadero patriotismo.

Todo fué en vano, sin embargo: los Estados Unidos desoyeron las quejas y las protestas formuladas por nuestro representante; la justicia no fué eficazmente atendida, sino que al contrario, numerosos ejércitos se aprestaron para invadir nuestro territorio. Gorostiza volvióse entonces á Méjico dispuesto á defender á su patria en los campos de batalla, del mismo modo que la había defendido en el terreno de la diplomacia con sus elocuentes y bien fundados escritos. La terrible oportunidad no se hizo esperar: la invasión se anunció atronadora y formidable, haciendo comprender á los buenos hijos de Méjico que había llegado el momento de la tribulación, de los trabajos y de los sacrificios por la patria. El ejército americano, numeroso, provisto de magníficos elementos y protegido por la fortuna, pisó nuestro territorio, se apoderó de nuestros puertos del Golfo, y avanzó, triunfante siempre, hasta el valle mismo de Méjico. Gorostiza, anciano ya casi sexagenario, sintió incendiado su corazón por el santo fuego del amor patrio; y conmovido, recordando acaso los triunfos guerreros de su ju-

ventud en la península, organizó rápidamente y con mil esfuerzos un pequeño batallón formado en su mayor parte de los más distinguidos jóvenes de la sociedad mejicana. ¡Bello espectáculo! Un débil anciano salió luego de la capital al frente de un grupo de patriotas para conducirlos al combate y á la gloria. Gorostiza combatió en Churubusco con el fuego y el entusiasmo de la juventud; pero desgraciadamente, en su inmortal jornada los mejicanos no ciñeron sobre sus frentes el doble laurel de la victoria y de la gloria. El anciano coronel Gorostiza, satisfecho de haber cumplido su deber luchando por la patria, se retiró desde entonces á la vida privada, en la cual permaneció hasta su muerte, acaecida en Tacubaya el 23 de Octubre de 1851. En sus últimos días no le faltaron los dolores y las tribulaciones que traen consigo la muerte de personas queridas, la pobreza, el olvido y la ingratitud de los que antes habian recibido tal vez beneficios de su generosa mano; pero en la noche del 27 de Diciembre del mismo año de su muerte, se celebró en el Teatro Nacional su apoteósis, en la que se leyeron notables composiciones por los mejores poetas de entonces.

III.

Se dijo ya que en el período de 1816 á 1821 había Gorostiza dado á la escena en Madrid cuatro comedias suyas, las cuales imprimió en lujosa edi-

ción á su paso por París en 1822. Debe agregarse ahora que en 1825 dió á luz en Bruselas, con el título de *Teatro Escogido,* dos tomos que contenian dos comedias de las ya publicadas y las que nuevamente habia escrito, *El Jugador* y *El Amigo Intimo*; que durante su permanencia en Londres compuso y publicó *Contigo Pan* y *Cebolla*, así como también la refundicion de *Las Costumbres de Antaño*; y por último, que dió á la estampa una *Cartilla Política*. Todas estas obras dieron á su autor merecidísimo renombre: los principales críticos de España se ocuparon de ellas oportunamente, celebrando su mérito y señalando algunos de sus pequeños defectos; el célebre Scribe, de privilegiado talento para los *vaudevilles*, se inspiró para componer uno de estos en *Contigo Pan y Cebolla*, graciosísima comedia cuya trama criticó el célebre Fígaro. (D. Mariano José de Larra.)

La originalidad de los asuntos de sus obras; el chiste de buen gusto y el fino gracejo que en ellas abundan; la maestría con que están presentados los caracteres; el lenguaje vivo, castizo y elegante; la lección moral que figura en todas, y lo inesperado y filosófico de sus desenlaces, aseguran suficientemente las bellas dotes y el subido mérito literario de Gorostiza, así como también sus felices disposiciones para la comedia, y su aptitud para enseñar á la sociedad sanas doctrinas por medio de la representación de los efectos en la escena. El género que cultivó con tan buen

éxito fué el de Moratín y el que más tarde siguió Bretón de los Herreros, haciéndose Gorostiza merecedor, debido á la importancia de sus obras, de que los críticos le llamasen rival del primero y precursor del segundo. Por lo demás, él es sin disputa uno de los más eminentes hijos de nuestra patria: sus servicios diplomáticos, su amor á Méjico y á su engrandecimiento, sus obras que le proclaman nuestro primer poeta cómico, el *Bretón Nacional*, como le llama el entendido leitrato Sr. Roa Bárcena, hacen de Gorostiza una figura de importancia en nuestra historia política y más aún en nuestra historia literaria: su memoria jamás podrá borrarse del pecho de los buenos mejicanos. Terminaremos esta reseña biográfica con las siguientes expresivas palabras del escritor antes citado: "Si es grande y noble la gloria literaria de Gorostiza, lo es más ante sus compatriotas la del combatiente de Churubusco; lo es todavía más ante Dios y el pueblo cristiano la del fundador de un establecimiento de beneficencia en que se dió pan y luz á los desvalidos, apartándolos de las tentaciones del vicio y afiliándolos en las banderas de la virtud y el trabajo. Triple corona es ésta que asegura á quien la lleva, la admiración y la gratitud de los hombres y las bendiciones del cielo."

INDULGENCIA PARA TODOS

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

A ANARDA.

Por justificar la lisonjera opinión que merecí á Ud. luego que tuve la dicha de conocerla, he deseado que mi nombre saliese de la obscuridad á que le habían condenado mi natural indolencia y los sinsabores que acompañaron los primeros años de mi juventud. Si algún día llega aquel á ser pronunciado con aprecio por mis compatriotas, á Ud. sólo se le deberá; y por lo tanto, permítame Ud. ofrezca á sus pies este ensayo dramático, como muestra de lo que podré hacer, como prueba irrefragable de mi invariable amistad, de mi respeto, de mi admiración.

Madrid, Agosto 1º de 1818.

MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

PERSONAJES.

DON FERMIN DE PERALTA, vecino de una villa de Navarra y padre de
DOÑA TOMASA y de
DON CARLOS, amigo de
DON SEVERO DE MENDOZA, caballero vizcaíno, aunque con su familia establecida en Castilla, y tratado de casar con Doña Tomasa.
DON PEDRO ARISMENDI, alcalde mayor del pueblo y amigo de D. Fermín.
COLASA, criada de Doña Tomasa.
GASPAR, criado de D. Severo.

La escena se figura en una villa pequeña de Navarra.

El teatro representa una sala de la casa de D. Fermín, adornada con decencia, pero con muebles algo antiguos. Estará blanqueada solamente, con alguno que otro cuadro, etc., y ésta tendrá dos puertas. una que conduce á la entrada de la casa, y será la del foro, y otra que conduce á las habitaciones de la familia.

La acción principia á las seis de la tarde, y da fin á las doce del día siguiente.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. FERMIN Y D. CARLOS.

D. FERMIN.

¿Conque hoy llega?

D. CARLOS.

Sí, señor,
hoy mismo, ó miente la carta
que acabo de recibir
de D. Jaime.

D. FERMIN.

Su tardanza
me empezaba á dar cuidado.

D. CARLOS.

Pues á fé que no me daba
á mí ninguno.

D. Fermin.

¿Y por qué?

D. Carlos.

Porque fuera una bobada.
En un camino, señor,
la menor cosa embaraza,
y detiene y descompone.
Además no encuentro tanta
la diferencia. El nos dijo
que llegaría sin falta
el lunes y llega el martes.

D. Fermin.

Ya se ve. Con la cachaza
que gastan los mozalvetes
ahora, nada importa, nada.
Lunes dijo, y llega martes;
lo mismo es.

D. Carlos.

La cuenta es clara.
De todos modos, un día
más ó menos....

D. Fermin.

Hombre calla
con Barrabás, y no digas
disparates. Que el que viaja
por interés ó capricho
se engañe en su cuenta, vaya
con mil diablos; pero un novio
á quien espera la blanca

mano de una doncellita,
por fin y postre, ¿no es gaita
que se venga equivocando
á la primera jornada?

D. Carlos.

A veces.....

D. Fermin.

Nunca hay disculpa.
Ahora y siempre quien se casa
debe conocer al menos
el almanaque.

D. Carlos.

Tomasa
no juzgará ciertamente
á su novio con tan rara
severidad.

D. Fermin.

Qué lo juzgue
como quiera. Todo cambia,
y en todo hay moda. Por eso
no extrañaré que á tu hermana
le parezca una lindeza,
lo que en mis tiempos bastaba
para aguar más de mil bodas.

D. Carlos.

Ya tenemos en campaña
aquellos benditos tiempos.

D. Fermin.

No, que no. Si fuera chanza....

Por mucho menos tu tía
Doña Leonor de Peralta
y Quincoces dió á su novio
unas sendas calabazas,
sin mirar que era marqués,
y rico y tonto.

D. Carlos.

¡Ahí que es nada
lo del ojo! Y diga usted
¿por qué hizo tal mojiganga
la buena Doña Leonor?

D. Fermin.

Yo lo diré, pues me hallaba
precísamente en la iglesia
cuando el caso. Todo estaba
preparado: el organista
en su puesto, las arañas
encendidas, los chiquillos
á la puerta, y las beatas
muy cerquita de la novia
para ver si se cortaba.
Sólo, en fin, faltaba el cura
para casarlos.

D. Carlos.

Pues falta
era.

D. Fermin.

No tanta, que estuvo
la cosa más apurada

de lo que á tí te parece.
El sacristán era rana,
no niego, y aun el mejor
tabernero de Navarra,
según dijeron entonces:
pero él solo fué la causa
de todo con las mejores
intenciones, las más malas
resultas que puede haber.

D. Carlos.

La intención siempre le salva.

D. Fermin.

Sí; pero ¿á quién se le ocurre,
sin esperar á que salga
el cura y por abreviar
y pillar pronto las tarjas,
el decir á novio y novia
que las manos se tomaran?
Ya se ve, el pobre cuitado,
á fuerza de amor, estaba
como están todos los novios,
sin saber lo que les pasa,
ni lo que hacen, y por dar
la mano derecha, alarga
la zurda, y zas, mi marqués
equivoca la estocada.

D. Carlos.

¡Oiga, y qué lance!

D. Fermin.

Tu tía
era muy buena. Una santa
casi, casi; pero en punto
á el honor muy delicada.
Así, ó porque tuvo agüero,
ó porque le diese rabia
al ver que todos riyeron
del marqués la borricada,
lo cierto es que una congoja
le dió alli mismo, tan larga,
que la tuvimos por muerta.
El doctor, que la enterraran
dispuso va.

D. Carlos.

¿Y se enterró?

D. Fermin.

No, porque como esperanzas
nos diera el sepulturero,
quisimos ver si acertaba,
y quiso Dios que acertase.
Pero ¡ay Carlos! ¡qué mudanza!
Luego que tornó á la vida,
dijo que no se casaba,
y no se casó, no hay más,
que no se casó.

D. Carlos.

Pues basta
y sobra cuanto habéis dicho
para probar que se amaba

de otro modo en vuestros tiempos,
pero padre, está mi hermana
en un caso muy distinto
que su tía. Si el novio tarda,
ignoramos los motivos.
Dejad que llegue y la causa
sabremos.

D. Fermin.

Lo que te digo
es, que entonces no escapara
tan ahinas.

D. Carlos.

Señor, entonces
una mula se encojaba
con igual facilidad
que ahora. También en posadas
quedaban trasconejados
gorros, pelucas y batas.
Si una rueda se rompía,
si un zagal se emborrachaba,
como se rompen y aturcan
los presentes; si en España
no se andaba por los aires,
dígole á Ud....

D. Fermin.

Que me cansas
y me secas y fastidias:
basta ya por Dios. ¿Colasa?

Colasa.

¿Señor? *desde adentro.*

D. Carlos.

Otras son las cosas
que á mí me asustan.

D. Fermin.

¿Qué?

D. Carlos.

Nada.

D. Fermin.

Vaya, dílo, no me vengas
ahora con medias palabras
á guisa de covachuelo.

D. Carlos.

Pues señor, no es la tardanza,
que es el genio de mi amigo
el que sólo me acobarda:
su genio su poco mundo,
su austeridad, su...

D. Fermin:

¿Muchacha? *llamando.*
Esta maldita está sorda.

ESCENA II.

COLASA Y LOS DICHOS.

Colasa.

¿Mande Ud?

D. Fermin.

¿Dónde te hallabas,
diablo, que siempre es preciso
desgañitarse?

COLASA.

¡Caramba!
después que estoy todo el día
hecha un azucán, regaña
usted.

D. FERMIN.

Mujer, no es reñir,
es preguntar dónde estabas
y qué hacías.

COLASA.

Limpiar el cuarto
del huésped, hacer la cama,
y tenerlo todo pronto
para cuando llegue.

D. FERMIN.

Brava
mozuela. Y díme ¿qué colcha
has puesto?

COLASA.

¡Toma! la blanca
de damasco.

D. FERMIN.

Te confieso
que temí no le encajaras
la de filipichi.

COLASA.

Bueno
hubiera sido.

D. Fermin.

Y la tohalla,
el espejo, la escobilla,
el jarro y la palangana,
¿está todo en su lugar?

Colasa.

Todo está.

D. Fermin.

Pues ahora, marcha,
y clávate en el balcón,
sin andar en garambainas,
ni muecas con el herrero
de en frente; avisa, Colasa
en sonando campanillas.

Colasa.

Para autorizar las casas
nunca hace falta una mona,
en tanto que haya crïadas.

D. Carlos.

Ya está aquí nuestro D. Pedro.

D. Fermin.

¿Qué D. Pedro ó calabaza?

D. Carlos.

¡Toma! el Alcalde mayor.

ESCENA III.

D. PEDRO Y DICHOS, *menos* COLASA.

D. FERMIN.

¡Jesús, qué milagro! vaya,
no esperaba tan temprano
á Ud.

D. PEDRO.

Ud. es la causa,
amigo.

D. FERMIN.

Pues me lo cuelgo
con gusto.

D. PEDRO.

Anoche quedaba
Ud. con tal impaciencia
por su yerno, que....

D. FERMIN.

Mil gracias,
mas ya salí del cuidado.

D. PEDRO.

¡Ola!

D. FERMIN.

Sí señor. La carta
que veis es de aquel D. Jaime,
un hidalgo de Tafalla,
que antes fué torero....

D. Pedro.

¿Aquel
que vive en la misma plaza
entre el cura y la botica?

D. Fermin.

El mismo que viste y calza.

D. Pedro.

¿Y qué dice el buen hidalgo?

D. Fermin.

Dice que durmió en su casa
antes de anoche mi yerno,
y que hoy llegará sin falta
á la tardecita.

D. Pedro.

Sea,
pues que tanto se deseaba,
mil veces enhorabuena.

D. Fermin.

Mucho, en verdad, me alegrara
si ya estuviese hecho todo;
porque á lo menos me ahorraba
de camorras.

D. Pedro.

¿Qué camorras?
es cosa ya tan tratada,
y que tanto os acomoda,
no se debe hablar palabra,
y dejar obrar al tiempo.

D. Fermin.

Pues ahí verá Ud. Acaba
ahora mismo el señor mío
de volver á las andadas,
y repetir cuanto dijo
anoche.

D. Carlos.

Si me dejara
usted hablar....

D. Fermin.

¡Dios nos libre!

D. Carlos.

La ventura de mi hermana
la encuentro comprometida:
ella será desgraciada
sin duda. Siempre lo dije,
y lo diré mientras haya
remedio.

D. Fermin.

¿Pues tú no fuiste,
hijo ó demonio, la causa
de saber yo que existía
tal hombre? ¿No le alababas
á troche y moche? ¿Te acuerdas
cuando fuí por tí á Vergara,
qué pesado y qué chinchoso
estuviste con las raras
prendas, y torna las prendas,
y el talento y la motriaca

de tu amigo, hasta obligarme
á que le viese y tratara?
Y entonces ¿de qué te admiras
si me gustó? ¿por qué extrañas,
que no siendo un pelagatos
además, para Tomasa
le haya escogido? Su padre
que se casó en Salamanca,
siendo joven y estudiando
lo que allí enseñan, gastaba
coche, y era un caballero
á quien yo traté en mi infancia,
y con quien siempre seguí
correspondencia por cartas.

D. Carlos.

Lo mismo que dije entonces,
repito ahora, y si palabra
me da Ud. de no enfadarse,
explicaré lo que llama
en mí una contradicción.

D. Pedro.

Oigámosle. *á D. Fermin.*

D. Fermin

¿Si? pues charla
cuanto quieras, hijo mío;
te concedo carta blanca.

D. Pedro.

D. Severo de Mendoza
es un hombre á quien la sabia
naturaleza ha tratado

con tal indulgencia y tanta
prodigalidad, que apenas
se encuentra entre las humanas
ciencias, una, no que ignore,
sino en que no sobresalga.
Su talento, aplicación
y lectura; su extremada
facilidad para cuanto
quiere aprender, y que allana
en su favor los escollos,
que á tantos detienen, causan
verdadera admiración.
Yo le conocí en Vergara,
en donde de Humanidades
la cátedra profesaba,
y en donde tuvo principio
la amistad que nos enlaza.
Su figura es agradable,
su corazón noble; se halla
en aquella edad preciosa
en que ya desarrolladas
nuestras facultades pueden
realizar sus esperanzas.

D. Pedro.

¿Qué edad tiene?

D. Carlos

Treinta y cinco.

D. Fermin.

Sí, sin lo que anduvo á gatas
el año de ochenta y cuatro....

D. Carlos.

En fin, una sola mancha
desluce cuadro tan belio,
y un defecto es el que se halla
en él.

D. Fermin.

¿Y cual?

D. Carlos.

No tener
ninguno.

D. Fermin.

¡Miren que tacha!

D. Carlos.

Aun más de lo que os parece,
que la propía desconfíanza
es sólo quien nos inclina
á excusar ajenas faltas.
Tiene el hombre mil tiranos,
que le sujetan ó arrastran,
que le empujan ó detienen,
que le humillan ó levantan
el interés, la opinion,
las pasiones exaltadas,
los encontrados deberes,
las distintas circunstancias
en que cada cual se encuentra,
son otras tantas borrascas
donde el piloto más diestro,
si no perece, naufraga.

Y bien, ¿cómo exigiremos
indulgencia y tolerancia
de quien jamás ha sufrido,
de quien ignora las varias
vicisitudes que afligen
nuestra existencia precaria?
Este es el caso, señor,
del novio. Desde su infancia
fué conducido al colegio;
allí dió tanta esperanza,
sus progresos fueron tales,
que sus mismos camaradas,
y los profesores mismos
vencieron su desconfianza,
y le obligaron á que
se opusiese á la expresada
cátedra, en lugar de irse
con su padre á Salamanca,
como quiso: hace, en efecto,
esta oposicion, la gana,
y desde entonces gustoso
se dedica á la enseñanza
de aquellos que poco antes
sus iguales se juzgaban.
Sin embargo, en nada influye
esta rápida mudanza
para sus inclinaciones:
desde su estudio á las aulas,
desde su casa al colegio
su vida entretiene y pasa

sin más trato que sus libros;
ya que esta pasión le aislara
de suerte que desconoce
el suelo que pisa. Su alma
engañada, enardecida
por lecturas exaltadas,
otra existencia se crea
tan ficticia como vana.
Grecia y Roma es su universo:
las virtudes celebradas
de sus hijos, son las solas
que le admiran y le infiaman:
con él no hay medio: á su lado
no se disimula nada;
y merece su desprecio,
si no vive á la Espartana
el que le quiere tratar.

D. Fermin.

¿Y qué consecuencia sacas
de toda esa relación
de méritos?

D. Carlos.

Una y clara.
Que quien no conoce el mundo
sino por libros; quien trata
de encontrar en cada hombre
un Catón, mucho se engaña
á sí mismo, y mil pesares
para los demás prepara.
La perfección está lejos

de nosotros por desgracia;
y el que se juzga perfecto,
mal podrá sufrir las trabas
que el lazo social impone,
ni tolerar con cachaza
de una mujer los caprichos,
de un amigo la inconstancia,
de un hijo los devaneos,
ó de un suegro la acendrada
impertinencia.

D. Fermin.

Pues, mira,
pienso que esos alpargatas
que dices, no dejarían
de tener una manada
de chiquillos, como tiene
cualquiera que ahora se casa;
y no obstante....

D. Carlos.

Es que la historia
nos recuerda la hazañas;
pero no las peloteras,
que dentro de puertas pasan.
Tomasa, señor, es viva,
y en Madrid acostumbrada
al buen trato y diversiones;
no me parece muy ardua
empresa pronosticar
que no será afortuoada,
teniendo siempre á su lado

un Censor, que la eche en cara
hasta lo mismo que forma
la existencia de una dama.
Tal es mi opinión. Ud.
hacer podrá de su capa
un sayo, nada me importa,
pues cumpli con la sagrada
obligación que tenía.

D. Fermin.

Señor D. Pedro de mi alma
¿no es verdad que cuanto dice
este mozo es uua sarta
de desatinos?

D. Pedro.

No tal.
Las reflexiones que acaba
de manifestar D. Carlos,
antes bien son muy sensatas.

D. Fermin.

¿Qué dice Ud?

D. Pedro.

Lo que digo:
que no arriendo la ganancia
á Tomasita, si el novio
es tal cual nos le retrata
su hermano.

D. Carlos.

Nada pondero.

D. PEDRO.

¿Y á Tomasita le agrada
ese caracter adusto? (*á D. Fermín.*)

D. FERMIN.

No lo sé; pera apostara
á que sí; pues ella y todas
lo que quieren es casaca.

D. PEDRO.

¿Se conocen?

D. FERMIN.

No se han visto
jamás.

D. PEDRO.

Y la repugnancia
de su hermano ¿no la asusta?

D. FERMIN.

Como está bien educada,
nunca tuvo voluntad
propía.

D. PEDRO.

O á manifestarla
no se atrevió nunca. Amigo,
vamos claros: la muchacha
puede que felice sea;
pero boda cimentada
sobre bases tan endebles,
promete cortas ventajas.

D. FERMIN.

Pero señor, ¿qué remedio

tiene el asunto? Avisada
ya la parentela, escrito
al tio sumiller, las galas
compradas, y en casa.... vamos,
no es posible. Campanada
igual ni un negro la diera.

D. Pedro.

Tampoco se desbarata
con esa facilidad
un lazo, en que interesadas
están dos nobles familias.
Así, pues, yo aconsejara
se ensayase solemente
un medio.....

D. Fermin.

¿Alguna demanda
ante el Vicario?

D. Pedro.

No es eso.

D. Fermin.

Pues lo que es ir á la Sala
no me atrevo: lo confieso.
Tengo mi casa atrasada
de tal modo con la guerra..
luego, ya ve Ud, las cargas
que se pagan, el granizo
que sufrimos por Marzo..

D. Pedro.

Anda!

ya escampa y llueven guijarros.
No, D. Fermín, no se zanjan
tamañas dificultades
con pleitos, y aquel que trata
de componer un asunto
de familia sin jaranas
ni ruidos, nunca conviene
que empiece rompiendo lanzas.

D. Fermin.

Pues eso quiere decir,

D. Pedro.

Ahora bien, yo me inclinara
á que inventásemos juntos
un buen ardid, que de chanza
tuviese el nombre, que fuese
una lección que enseñara
á ese filósofo grave,
que todos á igual distancia
están de la perfección,
y que.....

D. Fermin.

Ya estoy. Ud. trata
de que caíga de su burro,
¿no es verdad?

D. Pedro.

Pues.

D. Fermin.

Y de que abra
los ojos, y reconozca

que él es de la misma pasta
que su padre y que su madre;
¿no es así?

D. PEDRO.

Cabal.

D. FERMIN.

Pues basta,
corre de mi cuenta.

D. PEDRO.

¿Cómo?

D. FERMIN.

Lo dicho, dicho. Mañana
estará más blando el hombre
que una breva.

D. PEDRO.

Pero.....

D. FERMIN.

Nada:
fiese Ud. en mí. Se hará,
y Ud. me dará las gracias.

D. PEDRO.

Pero, en fin, sepamos cómo.

D. FERMIN.

Mañana al romper el alba
tomo la mula, y me voy
al convento de la Claras.
Conozco allí al Capellán,
que es un piquito de plata

y todo un hombre, que estuvo
consultado por la Cámara
para una ración en Ceuta;
y á saber donde se hallara
en el día, sí él no la hubiera
renunciado; pero, vaya,
lo que él dice: vale más
servir con mucha eficacia
media docena de madres,
que agradecen y que pagan,
que no meterse en cabildos.

D. Pedro.

Al grano por Dios.

D. Fermin.

Cachaza,
que no seré muy difuso.
Digo, que mi confianza
entera la deposito
en la prudencia, en la labia
de este docto Sacerdote;
que lo traeremos á casa,
y en dos ó tres encerronas
le pondrá como una malva.

D. Pedro.

¡Ay, D. Fermín! ¡y cuán poco
conoce Ud. nuestra humana
flaqueza! Ud. se figura
que se curan con palabras
los ridiculos, los vicios

que la educación arraiga
en nosotros? Ud. piensa
que una obra cimentada
por el tiempo y la costumbre,
se destruye ó desbarata
con retóricos discursos?
Pues nó, amigo, Ud. me engaña
El hombre es tan material,
que para que se persuada
de un error, es fuerza que antes
se enteren y satisfagan
los sentidos; que lo toque,
que lo vea, que la acerada
espuela del desengaño
sienta, y sufra.

D. Fermin.

Conque ¿nada
aprovecha un buen talento?

D. Pedro.

¿Quién dice que no? Él acaba
la conversión, apreciando
las ventajas que se ganan,
y los riesgos que se evitan.

D. Carlos.

Es el cachetero.

D. Fermin.

Calla.

D, Pedro.

Ejemplos y no sermones.
es mi receta.

D. Fermin.

Pues caigan
más ejemplos sobre el novio,
que pelos quiere una calva,
y amigos tiene un ministro.

D. Pedro.

¿Conque Udes. me dan amplias
facultades?

D. Fermin.

Si señor.

D. Pedro.

Pues, amigos, oíd mi traza.
La escalera de la vida
está con jabón untada,
y el que baja más confiado,
si se descuida, resbala,
y da con su cuerpo en tierra
como los demás: se trata,
me parece, de que el novio
dé también su costalada,
para que luego no riña
á los que en el suelo se hallan.
Pues bien, pongamos chinitas
de trecho en trecho; y si baja
él tropezará.

D. Fermin.

Así sea;
pero temo que la trampa
llegue á conocer, la evite,

y después á carcajadas
se burle y mofe de todos.

D. Pedro.

No tal, que nadie se escapa
sin su chichón en la frente,
al menos.

D. Fermin.

¿Y si pesada
le pareciese la burla,
y se picase?

D. Pedro.

Si alcanza
la medicina, no importa
que nuestro enfermo al tragarla
se queje un poco; que luego
sano, nos dará las gracias;
y si no alcanza, tampoco
importa un pito; pues clara
prueba será que su mal
no tiene cura.

D. Fermin.

Pues nada
nos detenga.

D. Pedro.

Principiemos
por decirle, que Tomasa
no está en casa; y el papel
de una joven desgraciada
y sensible, podrá entonces

representar la muchacha.
¿Con qué fin?

D. PEDRO.

Yo lo diré

ESCENA IV.

COLASA Y DICHOS.

COLASA.

Señor, señor.

D. FERMIN.

¡Qué embajada
será esta!

COLASA.

¡Toma! Que llegan
ya.

D. FERMIN.

¡Ay Dios!

COLASA.

Ya están en la plaza.

D. FERMIN.

Pronto, pronto, la peluca,
dadme los guantes, la caña
y el sombrero.

D. PEDRO.

¿Para qué?

D. Fermin.

¿No es fuerza, pues, que yo salga
á recibirle?

D. Pedro.

Antes no.
Si hemos de efectuar la farsa
proyectada, deberemos
primero sus circunstancias
comprender, y repartir
los papeles.

D. Fermin.

¿Dónde?

D. Pedro.

¡Brava
dificultad! En cualquiera
parte, aunque sea en la cuadra:
el caso es que nos juntemos.

Colasa.

(Intendenta, comisaria,) *á D Fermín*
¿no oye vd. cómo vocea
el mayoral?

D. Fermin.

La sala *á D Pedro*
que ocupaba el alojado,
será buena?

D. Pedro.

Soberana,
vamos á ella,

COLASA.

¿Y yo qué digo
si se me pregunta?

D. FERMIN.

Nada;
que la mujeres no dicen
poco, cuando están calladas.

COLASA.

¿Y he de callar siempre?

D. FERMIN.

Siempre.

D. PEDRO.

Vamos.

D. CARLOS.

Presto.

COLASA.

A la ventana
me vuelvo, que quiero ver
si aprisa ó despacio baja,
si entra con el pie derecho,
si estornuda ó si se rasca;
pues son dignas de notarse
las menores circunstancias
en un hombre tan valiente,
como el guapo que se casa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

COLASA.

Al arma, pues, que tenemos
nuestro moro ya en campaña;
y su porte y su presencia
son, á la verdad, gallardas.
Pero á mí ¿qué se me dá?
¡Por cierto quc es de importancia
el papel que se me ha dado!
¡Qué iusulsez! ¡Ay! si me enfadan
les he de pedir á gritos
me pongan una mordaza;
porque si no....¡qué sé yo!
mala es la fruta vedada
para las hijas de Adan;
y á fe que hay muchas manzanas.

¡Callar yo! Si sueño á gritos,
como despierta.....¡qué rabia!
porque charlar me dejasen,
les diera ahora mi soldada
de este mes. Luego este novio
es fuerza traiga una gana
de conversación....cual todos.
Querrá hacerme la confianza
de su pasión, los temores
que le asustan, la esperanza
que le anima, sus deseos,
sus sacrificios, sus ansias,
con toda la letanía
que rezan los que se casan,
sin conocer del oficio
las quiebras....y yo ¿una estatua
estaré sin responderle,
ni tomar si me regala?
No haré tal por vida mía.
Ya suben: vamos, Colasa,
ojo alerta, y no digamos
nada que conmigo valga;
y pueda comprometer;
pero sí, medias palabras;
y aun enteras, siempre que
sean palabras cortesanas;
pues dicen son muy lucidas,
y de muy poca sustancia.

ESCENA II.

D. SEVERO, GASPAR Y DICHA

D. SEVERO.

Lo dicho, dicho, Gaspar. *[á Gaspar.]*
Niña ¿es vd. de la casa? *[á Colasa.]*

COLASA.

Si señor, soy la doncella
que hay en ella.

D. SEVERO.

Pues bien, haga
Ud., si gusta, el favor
de anunciarle mi llegada.

COLASA.

¿A quién?

D. SEVERO.

A su amo de vd.

COLASA.

¿No más?

D. SEVERO.

¿Y qué más?

COLASA.

No gasta *[ap.]*
el hombre mucha saliva.
Si las señas no me engañan,
no me costará ya tanto
callar, como imaginaba.

ESCENA III.

D. SEVERO Y GASPAR.

D. SEVERO.

Y bien, ¿por qué te detienes?

GASPAR.

Señor, por santa Susana
bendita; vd. reflexione,
que yo....si....

D. SEVERO.

En vano te cansas,
toma tu muleta y busca
otro amo.

GASPAR.

Pero....

D. SEVERO.

Excusadas,
para genios como el mío,
son todas esas plegarias.
Marcha.

GASPAR.

Diez años comí
pan de Ud. y así se pagan....

D. SEVERO.

Nada te debo.

GASPAR.

Cariño.

D. Severo.

El que sirve mal, poco ama
al dueño que le mantiene.

Gaspar.

En fin, señor, ¿una falta
sólo en diez años merece
que Ud. me eche de su casa?

D. Severo.

Quien hace un cesto hace ciento.

Gaspar.

¿Y que hicé yo para tanta
crueldad?

D. Severo.

Una bagatela:
á la primera jornada
volverte y dejarme solo
sin avisarme.

Gaspar.

La causa
la sabe usted.

D. Severo.

Y es muy justa.
¡Qué! Dejarme en la estacada,
por una mujer....

Gaspar.

No hay tal,
y yo no soy tan batata,

que por mujeres faltase
á mi obligación.

D. Severo.

Repara
en que me dijiste anoche
lo contrario.

Gaspar.

¿Yo?

D. Severo.

Tú.

Gaspar.

Flaca
memoria tiene Ud.

D Severo.

¡Cómo!
¿Con que no fué por Olalla,
la chica del Sacamuelas
por quien volviste?

Gaspar.

¡Caramba!
¿Pude acaso, despedirme
antes de ella?

D. Severo.

¡Habrá tal mandria!
¿Con que fué por ella?

Gaspar.

Sí.

D. Severo.

¿Y Olalla no tiene faldas?

Gaspar.

Si tiene; pero es mi novia,
y hay muchísima distancia
de una cosa á otra.

D. Severo.

¡Por vida!
Ya mi paciencia se acaba.
¿No es lo mismo una mujer
que una novia?

Gaspar.

Vaya
¿con que es lo mismo?

D. Severo.

Si tal.

Gaspar.

¿Y se aman lo mismo?

D. Severo.

¡Vanas
sutilezas! Salte afuera.

Gaspar.

¿Y se aman lo mismo?

D. Severo

Marcha,
te digo.

GASPAR.

¿A que no responde?
¡Oh razón, lo que tu alcanzas
pues reduces al silencio;
à los mismos que nos pagan
pero por si acaso, voy
á implorar con eficacia
el favor de D. Fermín;
que tal vez podrán mis lágrimas
enterencerle: él es suegro..
pero es hombre y tiene entrañas.

ESCENA IV.*

D. SEVERO *solo.*

D. SEVERO.

Bueno fuera pese á tal
que así al deber se faltase,
y uno luego se escudase
con la causa de su mal:
no, señor; el criminal
cuando halaga su cadena,
á sí mismo se condena,
y pues no tiene disculpa,
ya que cometió la culpa;
que sufra también la pena.
El alazán corredor
halta incómoda barrera
que le corta su carrera,

(*) Toda esta escena se suprimió en la representación por parecer demasiado larga la comedia.

que inutiliza su ardor:
brama al verla de furor,
tasca el freno, su atrevida
mano hiere la endurecida
tierra; pero él se detiene,
y su ginete previene,
por si acaso espuela y brida
Asímismo la pasión
también encuentra barreras.
que establecieron severas
ya la ley, ya la razón;
que una vez á la opinión
ó al capricho se permita
despreciar lo que limita
nuestro humano desenfreno,
y si hallasen hombre bueno
pueden ponerle en su ermita.
La iadulgencia es flojedad,
la tolerancia simpleza,
que indican mucha torpeza,
ó mucha necesidad.
Yo lo digo con verdad,
compadezco al desgraciado;
pero si encuentro un culpado
por criminal ó por necio,
le doy sólo mi desprecio,
y sale muy bien librado.

ESCENA V.

D. CARLOS Y DICHO.

D. CARLOS.

¡Severo!

D. SEVERO.

¡Carlos!

D. CARLOS.

¡Por vida
de sanes! abraza, abraza.
¿Cómo estás?

D. SEVERO.

Como quien viene
á rcalizar la esperanza
de su dicha. ¿Y tú?

D. CARLOS.

Más gordo
que un necio.

D. SEVERO.

¿Y tu buen padre?

D. CARLOS.

Anda
con el cachicán á vueltas:
ya vendrá. Qué ¿por Tomasa
no me preguntas? Muy tibio
traes el cariño.

D. Severo.

Esperaba,
si te he de decir verdrd,
que su vista me excusara
tal pregunta.

D. Carlos.

Pues no, amigo,
porque la pobre muchacha
no puede estar en dos partes.

D. Severo.

¿Cómo?

D. Carlos.

Desde la semana
pasada está en el convento
donde niña se educara.
Quiso hacer una novena
á santa Rita de Casia,
y fué fuerza darla gusto.

D. Severo.

Y ¿qué le pide á esa santa
abogada de imposibles?

D. Carlos.

¿Qué se yo? Pero apostara
á que pide un buen marido;
que una mujer no repara
en gollerías.

D. Severo,

Según veo,
tú siempre el mismo humor gastas,

y á fe que bien te lo envidio.

D. Carlos.

¿Qué se ha de hacer? No se saca
otra cosa de esta vida.
Para eso el tuyo no cambia,
Siempre serio y circunspecto.
¿No es verdad?

D. Severo.

Sí es que tú llamas
seriedad á no gustar
de juveniles borrascas,
ni de locos devaneos,
verdad es.

D. Carlos.

Homber, ¡qué guapa
pareja hicieras con Flora!

D. Severo.

¿Con quién?

D. Carlos.

Con Flora.

D. Severo.

Y esa dama
¿quién es?

D. Carlos.

Mi novia.

D. Severo.

¡Tu novia!

D. Carlos.

La misma; pues qué, ¿mi hermana
sola ha de ser quien se case?

D. Severo.

No por cierto, y si lograras
buena elección, bien hicieras.

D. Carlos.

¡Oh! lo que es eso extremada,
pues la joven es preciosa.
No merezco descalzarla,
ya ves, y no soy del todo
mal pellejo.

D. Severo

Tú la ensalzas
sobremanera.

D. Carlos.

Es justicia.
Lo que es de la Iglésia al Papa,
y no más. En fin, tú pronto
podrás, si quieres, juzgarla,
que no está lejos.

D. Severo.

¿Pues donde?

D. Carlos.

La tienes dentro de casa.
Si es parienta nuestra, y tuya
lo será luego.

D. Severo.

Ignoraba
que tal parienta tuvieses.

D. Carlos.

¡Jesús! Pues la fecha es rancia.
¿No te acuerdas de mi tío
D. Sempronio de Peralta,
que siendo oidor de Sevilla,
pasó luego á la otra banda,
y allí murió?

D. Severo.

No me acuerdo
de tal D. Sempronio.

D. Carlos.

¡Vaya!
¿Con que no te acuerdas?

D. Severo.

No.

D. Carlos.

Lo siento.

D. Severo.

Haces muy mal.

D. Carlos.

Lástima
como ella.....morirse el pobre
apenas pasó la charca,
y antes de hacer pacotilla,
dejando sólo á su amada

Florita por dote un loro,
un coco vacío, dos cajas
de azúcar, cien apellidos,
y muchos miles de trampas.

D. Severo.

¡Rica herencia de un indiano!

D. Carlos.

Pero padre que idolatra,
como buen navarro, á todos
sus parientes, pronto á casa
la trajo, donde dispuso
casarme con ella, y trata
de que mi boda y la tuya
se celebren juntas.

D. Severo.

¡Cuánta
no debe ser tu alegría,
oh Carlos, con la fundada
esperanza de que pronto
harás feliz á tu amada!
Ella, sin duda, te quiere
y congenia, y.....

D. Carlos.

Tú desbarras.
Ni ella me quiere, ni es fácil
el hallar en media España
dos genios más encontrados
que los nuestros

D. Severo.

¿Y te casas?

D. Carlos.

Sí.

D. Severo.

Pero ¿tienes certeza
que no te quiere?

D. Carlos.

En mis barbas
ella misma me lo ha dicho.

D. Severo.

¿Y te casas?

D. Carlos.

Sí

D. Severo.

¡Caramba,
y qué valor!

D. Carlos.

Si ha de ser,
lo mismo es hoy que mañana.
Padre exige que me case,
yo no tengo repugnancia
al estado.....

D. Severo.

Ya lo veo.

D. Carlos.

Además, he visto tantas
que me juraban cariño,

y entonces me la pegaban,
que ¿quién sabe si mi Flora
tendrá al fin, la extravagancia
de adorarme? Ella es mujer....
y yo soy hombre.

D. Severo.

Mil gracias
por la noticia.

D. Carlos.

Pues mira,
en estas dos circunstancias
y con la ayuda del tiempo
fundo toda mi esperanza.
La posesión y el amor
riñen pronto, se separan,
y cuando más, la amistad
suele ser quien los reemplaza.
Así, supuesto que todos
tarde ó temprano se igualan,
es fuerza que me concedas
llevo á todos la ventaja
de empezar por donde siempre
ellos concluyen.

D. Severo.

¡Qué ganga!

D. Carlos.

Yo me caso como juego:
pienso perder cuantas cartas
apunto, las pierdo, ¡bueno!
otra cosa no esperaba.

Pero si se dan los sietes
me trago banquero y banca;
que sólo soy jugador
de bonitas, y quien gana
con ellas, gana dos veces
si logra provecho y fama.

D. Severo.

Si tal concepto tuviese
del bello sexo, me ahorcaba
primero que me casase.
Qué, ¿que yo mismo arriesgara
al capricho de un buen dado
mi dicha, la de mi casa,
la de mis hijos.... ¡Oh! nunca,
nunca jamás me casara
si tal creyese. Yo busco
para mi esposa en tu hermana
una mujer cariñosa,
amable, fiel, moderada;
una madre de familias
en el cumplimiento exacta
de los inmensos deberes
de su estado; una apreciada
amiga, cuyo consejo
me dirija, y cuyo sana
doctrina pueda servirme
de norte; por fin, una ama
de casa, que cuidadosa
sepa dar á tanta máquina
el impulso conveniente.
Esto busco.

D. Carlos

Díme, ¿y si hallas
en vez del melón que buscas
una insulsa calabaza;
qué tal?

D. Severo.

Se indigestaría.

D. Carlos.

Pues por si fuesen mal dadas
compra jarabe de altea,
y tenlo á mauo.

D. Severo.

¡Qué gracia!

D. Carlos.

Según eso: ¡tú no apruebas
mi elección!

D. Severo.

¿Quién: yo aprobarla?
ni por pienso.

D. Carlos.

Pues, Severo,
si supieras lo que falta.....

D. Severo.

Pero hombre ¿qué faltar puede?

D. Carlos.

No es tampoco una cosaza
del otro jueves: simplezas,

ó si tú quieres niñadas
de mi novia.

D. Severo.

Y bien, tu novia....

D. Carlos.

Mi novia está enamorada

D. Severo.

¿De tí?

D. Carlos.

No por cierto.

D. Severo.

Alabo
a frescura.

D. Carlos.

¿Importa nada?

D. Severo.

Nada, pues tú te conformas.

D. Carlos.

¿Y quieres que me asustara
de una simple niñería?
No por cierto. Flora estaba
por San Fermín en Pamplona....

D. Severo.

¿Este año?

D. Carlos.

Sí, este año.

D. Severo.

¡Calla!
y yo también: sigue, sigue.

D. Carlos.

Allí en la calla, en la plaza
de toros, ó en el paseo,
(no sé bien donde se hallaba)
pero lo cierto es que vió
un hombre, cuya bizarra
presencia, cuya finura
y porte la enamorara.
Desde entonces tan galán
Belianis no se separa
ni un instante de su idea,
y le ha jurado constancia
eterna, bien que mental,
y un si es ó no es temeraria;
porque ni sabe su uombre,
ni su estado, ni su estancia,
ni su genio, ni siquiera
si él echó de ver la llama
amorosa que encendió
su simple vista en mi amada.

D. Severo.

¡Extraño caso!

D. Carlos.

Antes no:
si no le habló una palabra,
en su vida ¿cómo diablos
puede saberlo?

D. Severo.

Me pasma
semejante idolatría.

D. Carlos.

Y ahora bien, ¿es cosa extraña
no tema yo tal rival?

D. Severo.

No es temible, mas repara
que este hecho, sin embargo,
siempre indica que exaltada
y novelesca tu Flora
es un poco estrafalaria.
¿En qué cabeza, dí Carlos,
que esté un poco organizada
puede caber tal amor?

D. Carlos.

En la de mi Flora se halla:
¡ha leido tanta novela!.....

D. Severo.

¡Malo!

D. Carlos.

¡Ah! no: me equivocaba.
Nunca gustó de novelas;
pero es muy aficionada
á los librotes de historia.

D. Severo.

Eso es distinto.

D. Carlos.

Se pasa
las noches de claro en claro
leyendo á nuestro Mariana,
cuando no son los anales
de Tácito ó la Farsalia.

D. Severo.

¡Ola! ¿Pues sabrá latín?

D. Carlos.

¿Latin?

D. Severo.

Pues.

D. Carlos.

Si sabrá, vaya
al menos el que sabían
las madres de santa Clara
cuando estuvo en su convento.

D. Severo.

¿Luego estuvo con Tomasa?

D. Carlos.

Precisamente. Si son
uña y carne.

D. Fermin.

¿Carlos? *(desde adentro.)*

D. Carlos.

¡Gracias *(aparte.)*
á Dios, que ya no podía
mentir más! Mi padre llama,

y es fuerza ver lo que ordena:
mas ya sale.

ESCENA VI.

D. FERMIN, D. PEDRO Y DICHOS.

D. Severo.

Ya tardaba
á mi impaciencia, señor,
la hora tan afortunada
de estrecharos en mis brazos,

D. Fermin.

Apriete Ud. buena alhaja,
que bien tiene que apretar,
si á fuerza de brazos trata
de pagarme mi cuidado.
¿Es hoy lunes?

D. Severo.

Mi tardanza
fuera en verdad reprensible,
á no ser involuutaria.

D. Fermin.

Ya es Ud. buen perillán.
Anoche eran las diez dadas,
y espera que espera; sí,
no eran malas esperanzas.
El guisado se pegó,
y no es extraño, que estaba
cociendo desde las cinco:

hasta la maldita gata,
para entretener el hambre,
afianzó una capón, que daba
envidia: no hubo remedio,
todo lo llevó la trampa;
y gracias á las gallinas,
y á que jamás huevos faltan
en casa, porque si no
la cena fuera ensalada
muy fresca y muy picadita,
pero de endeble substancia
para estómagos navarros.

D. Severo.

¡Cuánto me pesa.....!

D. Fermin.

Desgracias
como las de anoche, nunca,
nunca se vieron en casa.
La criada medio dormida
se cayó de la colada
en la caldera, y allí estuvo
un cuarto de hora.

D. Severo.

¡Muchacha
infeliz! Se cocería.

D. Fermin.

No, porque estaba sin agua
casualmente, mas con todo
se tiznó manos y cara.

D. Carlos.

Y el susto tambien se cuenta.

D. Pedro.

Si en ello Ud. no se enfada
dejarlo para otro día,
y sepamos por qué causa
este caballero pudo
detenerse.

D. Severo.

Fueron faltas
de un criado, que no merecen
vuestra atención.

D. Fermin.

¡Calla, calla!
Olvidado se me había:
¡pobre Gaspar! con la zambra
de anoche está mi cabeza
como una cesta de ranas.

D. Severo.

¿Conoce Ud. á Gaspar?

D. Fermin.

El pobre cuitado acaba
de hablar conmigo.

D. Severo.

¿Y ha tenido
la osadía....?

D. Fermin.

¿Es menester tanta
cuando se pide perdón?

Vaya, que vuelva á tu gracia,
y pelitos á la mar.

D. Severo.

Yo quisiera que empleara
Ud. mejor mi obediencia.

D. Fermin.

Si le he dado mi palabra
¿no es fuerza que se la cumpla?

D. Severo.

Repare Ud.....

D. Fermin.

No repara
en nada mi caridad.
Si al caido no se levanta,
sólo porque tropezar
no ha debido, ¿quién pasara
por las calles?

D. Severo.

Yo no soy
de ese parecer. El que anda
debe saber como pisa,
y si tropieza, que caiga
enhorabuena; pues torpe
el equilibrio no guarda.

D. Fermin.

¿Y no le he dar la mano?

D. Severo.

No, señor, que si trabaja
por levantarse; si suda

por lograrlo; si se afana;
esta fatiga, este empeño
dejan recuerdos que bastan
muchas veces para que
pueda evitar otras faltas
iguales; mas si al contrario
se le ayuda, y se le halaga,
lo toma por chiste, y cae
diez veces cada semana.

D. Fermin.

Nunca entendí semejantes
filosofías. La cristiana
religión de mis abuelos:
que ayude al caido me manda
y no más. ¿Es cierto?

D. Pedro.

Cierto.
La ley castiga las faltas,
Y el hombre las compadece.

D. Fermin.

Por supuesto.

D. Severo.

¡Que ignorancia! [*aparte*].

D. Fermin.

Así, pues, con tu permiso
me marcho á que Gaspar salga
de dudas.

D. SEVERO.

Perdone Ud.:
mi conducta es arreglada
á mis principios. Jamás
me separo de la raya
del deber; y por lo tanto
Gaspar saldrá de mi casa.

D. FERMIN.

¿Esto dices?

D. SEVERO.

Esto digo.

D. FERMIN.

Pues amigo, quien desaira
antes de casarse al suegro,
casado le desçalabra
cuando menos, y en verdad
que esta entrada de pavana
me gusta muy poco.

ESCENA VII.

DOÑA TOMASA Y DICHOS.

DOÑA TOMASA.

Tío,
¿se echa vinagre á la salsa
del pato? ¡Ay, Jesús mil veces!

D. CARLOS

¿Qué te asusta?

D. Fermin.

Alguna rata,
sin duda, que se pasea,
según costumbre.

Doña Tomasa.

¿Me engaña
el deseo? ¿Sois vos señor? (*á D. Sev.*)

D. Severo.

Y yo ¿qué soy?

Doña Tomasa.

Nada, nada.
Perdonad: mi fantasía
si....cuando....¡el cielo me valga!

D. Fermin.

Desmayóse

D. Pedro.

Sostenedla.

D. Severo.

No sé lo que por mi pasa. (*aparte*)

D. Fermin.

D. Severo, ¿qué es aquesto?

D. Severo.

Yo ¿qué sé?

D. Fermin.

Si habrá entruchada.

D. PEDRO.

Un poco de éther sería
muy bueno.

D. CARLOS.

No tal, echadla
agua fresca solamente.

D. FERMIN.

Sí que después calaguala
la daremos para el susto
que D. Severo la causa.

D. SEVERO.

Pero ¿en qué asustarla puedo?

D. PEDRO.

Ya vuelve en sí.

D. CARLOS.

Albricias, alma.

D. FERMIN.

Hija mía, digo, sobrina,
responde por Dios. Palabra, (*á Pedro*
¿Cómo se llama hoy la chica? *aparte.*)

D. PEDRO.

Flora.

D. FERMIN.

¡Ah! sí....Flora, muchacha,
vuelve en tí.

DOÑA TOMASA.

¡Ay Dios!

D. Fermin.

D. Severo,
si Flora en Ud. repara
quizá vuelva á desmayarse:
háganos Ud. la gracia
de separarse un poquito,
un poco más....á la espalda
de nuestro alcalde.

D. Severo.

Paciencia. *ap.*
y veamos en lo que para.

Doña Tomasa.

¿Dónde estoy?

D. Carlos.

En el estrado.

Doña Tomasa.

¿Quién son, pues, estas fantasmas
que me rodean?

D. Carlos.

Son tu tío,
un primo que te idolatra,
con el alcalde mayor;
y en fin, nuestro don....

D. Fermin.

¡Carambas!
¿qué es lo qué vas á decir?

D. Carlos.

Es verdad.

D. Fermin.

¿Quieres matarla?

D. Severo.

Pues señor, estamos frescos: (*ap.*)
no hay duda que es de una extraña
brillantez el papelito
que represento en la casa.

Doña Tomasa.

Permitid que me retire.

D. Pedro.

Sí, es mejor: Carlos, llevadla,
conducid á vuestra prima.

D. Fermin.

Que se eche sobre la cama
si no quiere desnudarse.

D. Pedro.

Cuidado con las ventanas
y las puertas.

D. Carlos.

Vamos, prima.

D. Pedro.

Cubridla bien con las mantas.

ESCENA VIII.

D. SEVERO D. FERMIN. Y D. PEDRO.

D. Fermin.

¡Pobre Flora, pobre Flora!
tan joven, tan desgraciada,
¡Señor! cuidado que es obra.

D. Pedro.

Sosegaos.

D. Fermin.

Se me traspasa
el corazón siempre que
sucede.

D. Severo.

Pues ¿se desmaya
muy á menudo?

D. Pedro.

Padece
unos vapores....

D. Fermin.

¡Mal hayan
los vapores! Nunca, nunca
he conocido en mi infancia
semejante enfermedad:
entonces sólo se usaban
indigestiones, viruelas,
golondrinos, almorranas,
y otros males conocidos;
pero ahora todo es de estrangia:
histérico, nervios, bilis,
flato ardiente y calabazas
fritas, y Dios me perdone;
porque me lleva la trampa,
notando que hasta el morirse
ha de ser á uso de Francia.

D. Pedro.

Es preciso seamos justos,
Una joven educada,
como se acostumbra hoy día,
es fuerza padezca varias
dolencias desconocidas
á sus madres, que ignoraban
por necesidad sus nombres:
verbigracia; una extremada
afición á la lectura,
muchas veces arrebata
el calor á la cabeza,
y de ahí se siguen las bascas,
las jaquecas, los vapores,
y otros alifafes.

D. Fermin.

¡Braba
dificultad! ¿Pues hay más
que no leer?

D. Pedro.

Señor ¿qué dama
pudiera alternar entonces
en cuestiones literarias,
como hoy alternan?

D. Fermin.

¿Qué importa?
Mi madre, que de Dios haya,
aunque no supo de letras,
siempre estuvo embarazada

ó parida: y esto es, amigo,
lo que ser madre se llama.

D. Pedro.

¿Y quién puede disputar
á mi señora doña Ana
lo que ganar así supo?

D. Fermin.

Además, ¿qué fruto sacan
con todas esas lecturas?

D. Severo.

Poco ó nada, si son malas:
si son buenas y escogidas
mucho; pues hallarán sana
doctriua, máximas puras.
ejemplos, modelos, sabias
instrucciones....

D. Fermin.

Y también
embelecos y patrañas.

D. Severo.

Con qué ¿ no hallará una jóven,
si lee la la historia romana,
que aprender en la firmeza
de una Porcia, en la constancia
de una Lucrecia?

D. Fermin.

Hombre, á luengas
tierras las mentiras largas.

Esas Porcias y Lucrecias,
si de cerca se miraran
se vieran, ni más ni menos,
como se ven hoy las Juanas,
las Pepas y las Franciscas.
En todo tiempo hubo gaitas,
Severo, y no nos cansemos.

D. SEVERO.

Eso es ya negar....

D. FERMIN.

Yo nada
niego; mas sí dudo.

D. SEVRO.

Pero...

ESCENA IX.

COLASA Y DICHOS.

COLASA.

La cena.

D. FERMIN.

¡Santa palabra!
¿Y Flora?

COLASA.

Cena en su cuarto.

D. FERMIN.

¿Y Carlos?

COLASA.

Está en la sala
de comer.

D. FERMIN.

Y diga Vd. (*á D. Sev.*)
¿doña Lucrecia cenaba?

D. SEVERO.

Es natural.

D. FERMIN.

Pues entonces,
cenemos todos, que tarda
á mi estómago este instante.

D. SEVERO.

¡Ay don Fermín! me olvidaba
de entregaros un dinero,
que me dieron en Tafalla
para vos.

D. FERMIN.

Ya me lo avisa
don Jaime: tiempo hay mañana.

D. SEVERO.

Aquí lo tengo yo en oro.

D. FERMIN.

Pues no quiero: ¡hay tal machaca!
vamos, vamos á cenar.

D. SEVERO.

Vamos pues, ¡cosa más rara!
¿Por qué se habrá desmayado?
No puedo dar con la causa.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DOÑA TOMASA Y COLASA.

DOÑA TOMASA.

¡Qné larguísima es la cena!

COLASA.

Y ¿cuándo el tiempo no tarda
para el hambriento que aguarda?

DOÑA TOMASA.

La consecuencia no es buena;
pues tú sabes que he cenado.

COLASA.

Pero os queda el apetito
de que caiga en el garlito
ese novio desdichado.

DOÑA TOMASA.

Dime, Colasa, por Dios,
¿le encontraste muy galán?
¿es bizarro?

COLASA.

¡Lindo afán!
ahora es galán para vos,
mas no sé lo que será
cuando os santifique el cura.

DOÑA TOMASA.

Gala que tan poco dura
muy mala espina me dá.
Sin embargo, te confieso
que me ha parecido bien.

COLASA.

Si viene á casarse, ¿quién
puede, Señora, hablar de eso?
pues los hombres mas tranquílos
son parecidos al paño,
y mientras no pasa un año
nunca descubren los hilos.

DOÑA TOMASA.

Lo mismo de una doncella
dirán con distintos modos.

COLASA.

Dicen que es Fénix, y todos
hablan bien sin conocella.
Sólo un diestro cazador

la vé en sus redes cogida,
mas no temáis que en su vida
disminuye su valor.
que aquel que suda y se afana
por coger una nuez verde,
trabajo y mérito pierde,
si confiesa que está vana.
Pero hablando de otra cosa
¿qué esperais, señora aquí,
¿queréis serviros de mí?

DOÑA TOMASA.

Antes no, siendo forzosa
necesidad que te alejes
luego que sintamos ruido;
y si acaso es mi querido
Severo, sola me dejes.

COLASA.

¿tenéis, pues, que hablar con él?

DOÑA TOMASA.

Mucho tengo que decir.

COLASA.

¿Y qué?

DOÑA TOMASA.

Vóile á descubrir
un secreto.

COLASA.

Conque infiel
hollando promesa y fe
¿vais á decir la verdad?

DOÑA TOMASA.

¡Jesús, y qué necedad!
Cuando me case lo haré;
porque antes muy mal hiciera,
y ninguno se casara
si una mujer encontrara,
que la verdad le dijera.
Ahora esta conversación
sólo á esforzar nuestro enredo
se dirije.

COLASA.

Tengo miedo
que como los hombres son
ladinos y redomados,
no descubra la maraña.

DOÑA TOMASA.

¡Ay Colasa! les engaña.
su amor propio á los cuitados.
Este sexo protector
convierte todo en sustancia:
no temo su vigilancia,
temo más bien su rencor:
porque el orgullo ofendido
perdona muy rara vez.

COLASA.

Marido con altivez
no puede ser buen marido

DOÑA TOMASA.

¿Y á quién tal cosa acomoda?
Por eso y por mi sosiego

tomo cartas en un juego
en que arriesgo amor y boda.

COLASA.

No temáis ya, que por vos
con toditas las mujeres
está Amor.

DOÑA TOMASA.

¿Y entonces quieres
que tema?

COLASA.

Señora, adiós,
pues siento abrir la mampara.

DOÑA TOMASA.

Adiós, pues, y el cielo quiera
que esta mentira primera
no se conozca en mi cara.

ESCENA II.

DOÑA TOMASA *sola*.

DOÑA TOMASA.

Quiero sentarme y tomar
una postura elegante,
compañera de un semblante,
que demuestre mi pesar.
Apóyese la mejilla
en la mano; el pie pulido
descanse como al descuido
en el palo de esta silla,

Mis ojos lánguidos, bellos,
respiren amor y enojos,
y encubran tan tristes ojos
mis desgreñados cabellos.
¡Ay! si un espejo tuviera
no era dudoso el efecto.
que un amigo tan perfecto
ni engañara ni mintiera;
mas si el destino cruel
me priva de tal consejo,
sea el interés mi espejo,
que otros se miran en él,
y les sale bien la cuenta.
¿Por qué no ha de ser así
con mi engaño? Ya está aquí:
quiera Dios no me arrepienta.

ESCENA III.

D. SEVERO Y DICHA.

D. Severo.

Vaya, ¡y qué pesados son!
tanto beber y brindar,
y después vuelta á empezar
la eterna conversación
del abuelo don Rodrigo,
y del tío don Sempronio:
¿Parentela del demonio,
queréis acabar conmigo?
Yo pienso que hasta mañana

permanecen en la mesa
según su ninguna priesa.
¡Buen provecho! A la ventana
me voy á tomar el fresco
y á fe que lo necesito,
pues este vino maldito
de Peralta, es un refresco
singular para verano.
¡Si quema más que la lumbre!
Como no tengo costumbre
de beber, y este inhumano
suegro quiso que bebiese
como ellos beben, á estajo,
no extrañaré que un trabajo
esta noche sucediese

DOÑA TOMASA.

¡Ay Dios!

D. SEVERO.

Se quejan, suspiran;
¿Quién, pues.....mas, cielos ¡qué veo!
¿es ilusión del deseo
la que mis ojos admiran?
¿Sois vos, graciosa Florita?

DOÑA TOMASA.

Sí, señor, la misma soy.

D. SEVERO.

Mil gracias al cielo doy,
pues tan bella os resucita.

DOÑA TOMASA.

¡Lisonjas á mí, señor!
Pienso que os equivocáis

D. SEVERO.

No sé por qué lo digáis.

DOÑA TOMASA.

Dígolo, porque mejor
se emplearán en mi prima.

D. SEVERO.

¿En quién?

DOÑA TOMASA.

En doña Tomasa,
que aunque está fuera de casa,
y no os conoce os estima.

D. SEVERO

El amar sin conocer,
no es fácil de concebir;
porque si amar es sentir,
¿cómo se siente sin ver?

DOÑA TOMASA.

Gusta el veros de un humor
tan grato y tan placentero;
y sacar partido quiero.

D. SEVERO.

¿Cómo?

DOÑA TOMASA.

Pidiendo un favor
que espero no me neguéis.

D. Severo.

Disponed Florita hermosa,
de mi ser.

Doña Tomasa.

Es corta cosa;
tan sólo que me escuchéis.
Temo caballero,
que os ha de cansar
mi triste relato,
pero pues que ya
fuí tan infelice
que disimular
no supe esta tarde,
por Dios perdonad,
y sabedlo todo,
porque mi pesar
ha llegado al punto
en que es fuerza optar
entre odio y desprecio;
y en apuro tal,
del odio prefiero
experimentar
la herida dudosa
y no la mortal
con que los desprecios
matan sín chistar.
Bien sé que mi tío,
lleno de bondad,
habrá disculpado
á mí ceguedad.

También os diría,
que una enfermedad
es sólo la causa
de todo mi mal.
¡Donosa bobada
de un viejo que ya
olvidado tiene
qué cosa es amar!
¡Ay, no ha mucho tiempo
que mi mocedad
alegre ignoraba
del ciego sagaz
los fieros ardides,
la impune maldad.
Pensaba yo entonces
que ni el bien ni el mal
pudieran un día
turbar mi orfandad;
gozosa burlaba
en mi oscuridad
los títulos vanos,
las honras que dan
orgullo á los ricos,
al triste, pesar.
¡Dichosa mil veces,
si tanta humildad
con tanta ventura
pudiese durar!
mas no, que huyó luego
mi felicidad,
luego que la flecha

sentí del rapaz.
¡Mal haya este instante
para mí fatal!
pues perdí la dicha,
y hallé en su lugar
dudas, sinsabores.
envidia falaz,
y celos, y celos,
que son el dogal
que al enamorado
incomoda más.
Esta digresión,
señor, perdonad,
que una amante lengua
no sabe callar;
y vamos al caso.
Siete meses ha
que estuve en la feria,
allá en la ciudad,
por la temporada
en que todos van
[los buenos navarros
digo] á celebrar
comiendo y bebiendo
la festividad
del santo Patrono.
Allí cuando más
descuidada estaba,
ví cierto galán.
Ignoro quién sea,
que una principal

mujer, por recato
no puede saciar,
como otras mujeres
su curiosidad.
Pero sea quien fuere
yo no puedo amar
sino á aquél que supo
con sólo mirar
fijar mi inconstante
grata veleidad.
Volvíme á la aldea
creyendo encontrar
en ella el sosiego
que huyó en la ciudad.
¡Insensata, cuánto
me pude engañar!
¿Sosiego un amante?
Más fácil es dar
constancia á la suerte
límites al mar.
Si al menos pudiera
en la soledad
del bosque sombrío
quejarme y llorar:
si no me inquietasen,
no fuera yo tan
desafortunada;
pero por mi mal
se empeña mi tío
que me he de casar
con mi primo Carlos,

á quien yo jamás
podré hacerle dueño
de una voluntad
que está enajenada
y es mala de dar.
En vano les dije
toda la verdad;
en valde eché mano
de la seriedad,
del desdén severo,
del odio mortal,
de cuantos afectos
pueden demostrar
mi acerbo disgusto,
y su necedad.
Todo ha sido en vano,
y contrarrestar
la razón no puede
á su terquedad.
Mi boda y la vuestra
se han de celebrar
en un mismo día.
Yo no os digo más.
Si sois caballero,
si sabéis amar
vuestra cortesía
puede adivinar
lo que yo no digo;
y reflexionad
que el que es bien nacido
obra como tal,

y en nada lo prueba
más que en respetar
la flaca modestia.
D. Severo, obrad
no por lo que dije,
si porque callar
debí, y porque os toca
á vos lo demás.

D. Severo.

Lo que ahora llego á entender
no sé si deba dudar.

Doña Tomasa.

Será porque el desconfiar
acompaña al merecer.
Mas no perdamos, señor,
nuestro tiempo en platicar,
¿puedo tranquila contar
con vuestro auxilio y favor?
Al menos por compasión,
ya que otra cosa no sea,
á esta unión que se desea,
á esta aborrecida unión
¿os opondréis?

D. Severo

Sí, mi bien,
ó quien soy no seré yo.

Doña Tomasa.

¿Y lo prometéis?

D. Severo.

¿Pues nó?

DOÑA TOMASA.

¿Y lo juraréis también?

D. SEVERO.

Pongo al cielo por testigo,
y lo juro á vuestros pies.

ESCENA IV.

D. CARLOS Y DICHOS.

D. CARLOS.

Pues ese juramento es
más de amante que de amigo.

DOÑA TOMASA.

Señor don Carlos, si en daño
tan vuestro escuchasteis necio,
agradeced un desprecio
que os produce un desengaño.
La ley castiga al sujeto
que robar lo ajeno trata,
y el amor al que arrebata.
la posesión de un secreto.
Culpad vuestra necedad
que aquí tan mal os sirvió,
y no os quejéis porque yo
siempre os dije la verdad.
Aunque vos una corona
me pusierais á los pies,
no la admitiera, pues es
vuestro amigo el de Pamplona.
Y pues ya tuve el consuelo

de ver lo que apetecía,
voy á gozar mi alegría
á solas. Guárdeos el cielo.

ESCENA V.

D. SEVERO Y D. CARLOS.

D. CARLOS.

Hombre vil, mal caballero,
falso amigo, humana fiera,
engañoso cocodrilo,
ó venenosa culebra
que abrigó mi triste pecho,
dí, vascongada pantera,
por casualidad nacida
entre los montes de Azpeitia.....

D. SEVERO.

Carlos, calla, ¿estás borracho,
ó has perdido la razón?
No añadas más disparates
á tamañas desvergüenzas.
Qué, para que yo responda
á cuanto preguntar quieras,
¿necesitas echar mano
de esas palabras groseras,
que sólo mala crianza
ó poca razón demuestran?
¿Qué quieres, pues, que te diga?

D. CARLOS.

Nada ya, porque tu lengua

no puede decirme más
de lo que sé.

D. Severo.

Pues bien, cesa,
cesa ya tales injurias,
y el partido que convenga
mejor á tu situación
toma.

D. Carlos.

Mi intención es ésa.
Y pues el uso establece
entre hombres de nuestras prendas
sólo un medio de borrar
todo género de ofensas,
ese escojo.

D. Severo.

Dí cuales.

D. Carlos.

Que conmigo al campo vengas.

D. Severo.

Pues ¿á qué?

D. Carlos.

A satisfacerme.

D. Severo.

¿Cómo?

D. Carlos.

Quedando uno en tierra.

D. Severo.

¡Bueno! Pero no sabía
que romperme la cabeza
pudiera satisfacerte.

D. Carlos.

¿Qué quieres? Así lo ordena
el que llamamos honor.

D. Severo.

¿Qué derechos se reservan
entonces las santas leyes?

D. Carlos

En semejantes materias
la opinión y la costumbre
deciden.

D. Severo.

Pero el que piensa
con madurez, el que trata
de seguir siempre la senda
del deber y la virtud,
debe transigir con ellas.

D. Carlos.

Si se complace en la infamia,
que transija enhorabuena.

D. Severo.

¿En la infamia?

D. Carlos.

Pues, ¿y cómo
se puede llamar la befa,

el desprecio, los baldones,
que á los prudentes esperan
en premio de su conducta?

D. Severo.

Les sobra con su conciencia.

D. Carlos.

Muy bien defiendes tu causa.

D. Severo.

¿Es confesión ó indirecta?

D. Carlos.

Como quieras entenderlo,
pero permite que crea
que ese tono magistral,
esa estudiada elocuencia,
y una cierta timidez,
que á pesar tuyo se muestra,
dan á entender....

D. Severo.

¿Qué?

D. Carlos.

Tan sólo
que es más miedo que prudencia

D. Severo.

¿Volvemos á los insultos?

D. Carlos.

Al contrario: á mi me alegra
infinito que á tu Flora
se le ofrezca tan risueña

perspectiva. Un sempiterno
marido con la moderna
cualidad de no gustar
de lances ni de quimeras,
es un fortunón desecho.

D. SEVERO.

¿Callas?

D. CARLOS.

¿Hay toros de cuerda
en tu lugar? Si los hay
no asistas, porque se llevan
á veces sendos porrazos.

D. SEVERO.

Ya me falta la paciencia *aparte.*

D. CARLOS.

Y siempre es mucho mejor
morir de gota serena.

D. SEVERO.

Hablador de Barrabás,
lo que buscas es pendencia,
y la tendrás porque calles.

D. CARLOS.

¿Cuándo ha de ser?

D. SEVERO.

Cuando quieras.

D. CARLOS.

Pues ahora mismo.

D. Severo.

Ahora mismo.

D. Carlos.

¿Tienes padrino?

D. Severo.

¿Tú sueñas?
¡Padrino! Pues ¿quién se casa,
ó se bautiza, ó se vela?

D. Carlos

El ceremonial exige
La indispensable presencia
de dos amigos, que juzguen
si ambos se matan en regla.

D. Severo.

Yo aquí no conozco á nadie

D. Carlos.

Muy bien, y pase por ésta.
¿Vamos?

D. Severo.

Vamos.

D. Carlos.

Oyes, baja
poco á poco la escalera,
que yo voy por las pistolas.

D. Severo.

Cuidado no te detengas.
Bueno es que un loco me obligue *(ap.)*

á hollar por la vez primera *[yéndose.]*
mis principios. ¡Qué remedio
tiene! Y ¿quién tiene paciencia
para sufrir sin motivo
dicterios, insultos, befas
y provocaciones? Vaya,
ya no extraño que sucedan
dos mil lances cada día,
y que un hombre de prudencia
sin gustar de espadachines,
mnchas veces lo parezca.

ESCENA VI.

D. CARLOS, D. FERMIN, COLASA, DOÑA TOMASA Y D. PEDRO.

D. CARLOS.

Señores, oid, escuchad
al rey de armas.

COLASA.

¿Qué me ordena?

D. FERMIN.

¿Qué quieres?

D. CARLOS.

Sólo deciros
en dos palabras y media,
que gracias á mis ardides,
y á su ninguna experiencia,
tenemos ya al señor mío

cogido en lo ratonera;
que vamos desafiados,
que las pistolas no llevan
sino pólvora, que así
es probable que no muera
ninguno, que arrepentidos
de nuestra injusta pendencia,
juraremos olvidarla;
y yo lleno de terneza
á mi Flora cederé,
y mis derechos con ella;
pero como siempre es bueno,
que nada de esto lo sepan
uds. por disimulo,
irá, que quiera ó no quiera
á pasar toda la noche
al garito de la Pepa.
El fastidio, la ocasión,
y cierta condescendencia
que se debe á los extraños,
harán que juegue, y que pierda
el poco ó mucho dinero
que lleve en la faltriquera;
y aburrido y descontento
lo traeré cuanto amanezca
á que ustedes padres graves
pongan fin á la comedia.

ESCENA VII.

D. FERMIN, D. PEDRO, COLASA Y DOÑA TOMASA.

D. FERMIN.

Carlos, mira, escucha, aguarda.

COLASA.

Sí, llame Ud á otra puerta,
que según va no le alcanza
una bala de escopeta.

D. FERMIN.

¡Válgame Dios con el chico!

D. PEDRO.

¿Cuál era la intención vuestra
en detenerlo?

D. FERMIN.

No sé.
Estas armas, me revientan
que al fin el diablo las carga.

D. PEDRO.

Déjese Ud. de simplezas.
¿No las ha visto cargar?

D. FERMIN.

Sí; pero....

D. PEDRO.

¿Pero qué?

D. Fermin.

¡Buena
pregunta! al fin son pistolas.

D. Pedro.

Buenas noches.

D. Fermin.

Qué ¿nos deja
Ud.

D. Pedro.

Pues ¿hay que velar
algún enfermo?

D. Fermin.

Quisiera
saber en lo que paraba.

D. Pedro.

Amigo, larga la lleva
Ud. entonces; porque
ahora son las diez y media
y hasta las siete lo menos....

D. Fermin.

Según eso, me aconseja
Ud. me desnude.

D. Pedro.

Y que
duerma Ud, á pierna suelta.
Fuera lo demás locura.

D. Fermin.

No sé si podré.

D. Pedro.

Agur.

D. Fermin.

Ea,
hasta mañana temprano,
¿no es verdad?

D. Pedro.

Sin duda.

D. Fermin.

Buenas
noches. Nicolasa, alumbra
al señor....Tú ¿no te acuestas (*á Tom.*)

Doña Tomasa.

¿Por qué no?

D. Fermin.

Como es tu novio.

Doña Tomasa.

¿Qué importa para que duerma?
Demasiado velaré
luego que ya no lo sea;
porque entonces, los cuidados
ya ve Ud. siempre desvelan.

D. Fermin.

Tienes razón, hija mía,
duerme bien, y toma fuerzas
para sufrir los cuidados
que, según dices, te esperan.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

D, SEVERO Y D. CARLOS.

D. Carlos.

¿Quién pudiera preveer
que te cegaras, maldito?

D. Sevbro.

Todo el que entra en un garito
ha de jugar y perder.
Así nada es de extrañar
que yo jugara y perdiera;
lo que si me desespera,
es me dejase arrastrar
por un loco como tú
á esa lóbrega mansión.

D. Carlos.

Es casa de diversión.

D. Severo.

Es casa de Belcebú.

D. Carlos.

¿Aun la cólera te dura?
¿Qué viste tan malo allí
que así te alterára?

D. Severo.

Yo ví
un infierno en miniatura.
y no merece otro nombre,
porque se deja al entrar
cuanto puede recordar
los privilegios del hombre.
En un ahumado aposento,
anegado en porquería,
he visto en un solo día
lo que no pudiera en ciento
Sobre una mesa ó bufete
allí un mandíl se descubre,
que más empuerca que encubre,
y al que se llama *tapete*.
Yace encima un mal velón
moribundo, desdichado,
quien, á pesar de su estado,
manifestó la intención
que de alumbrarnos tenía;
mas le faltó un requisito,

y fué el aceite maldito,
que estaba en Andalucía.
Pues de esta mesa el redor.
y por tal luz alumbrados,
encontramos ya sentados,
esperando un redentor,
á una porción de estafermos,
que por ser desaliñados,
flacos, puercos y estropeados,
me parecicron enfermos.
Pero ¡ay Dios y qué sudores
tuve! ¡qué susto me diste
cuando al oído me dijiste:
estos son los jugadores!
Luego descubrí al banquero
fumando su cigarrito,
manejando aquel librito,
ó recogiendo dinero
A bosquejar no me atrevo
ni sus dedos ni sus uñas,
no se quejan las garduñas,
ó chille un cristiano nuevo;
pero añadiré sencillo,
que si le encuentro en la calle,
en lugar de saludalle
le doy mi capa y bolsillo.
¡Qué juramentos! ¡que horrores!
¡qué reniegos! ¡qué providas!
y otras voces conocidas
tan sólo entre jugadores.
Acá gana una *judía*,

allí las sotas *se dan,*
piérdese un buen *ganaran*
ó quiebra *contra judía.*
Allí sin soga, se *amarra*
se *apunta* sin escopeta
sin necesidad *se aprieta,*
se *mata* sin cimitarra:
también *se entierra* sin ser
doctor ni sepulturero,
y en fin se pierde el dinero
sin oir, sin hablar, sin ver
Estos, amiguito, son
los primores, que sin tasa
se encuentran en esa casa,
que llamas de diversión.
Y no siento, ciertamente,
haber jugado y perdido,
sino el haber conocido
pocilga tan indecente.

D. Carlos.

Es verdad; pero disculpa
tengo, y sabes que el entrar
fué sólo disimular.

D. Severo.

No: tu no tienes la culpa:
bien lo sé. La culpa es mía,
mi confesión es bien clara,
y obré anoche, cual obrara
un chico de escuela pía

Si yo hubiera despreciado
tus bravatas, si me río
y no admito el desafío,
todo estaba remediado.
El deber y la amistad
me lo mandaban así,
y aunque yo lo conocí
me cegó la vanidad.
Luego, ya se ve, quisimos
disimular este error,
cometiendo otro mayor
¿Y qué es lo que conseguimos?
pasar una noche entera
mezclados con gariteros,
malgastar nuestros dineros,
y perder la lisonjera
opinión de la honradez.

D. Carlos.

¿Y quién saberlo podrá?

D. Severo.

La conciencia.

D. Carlos.

Callará.

D. Severo.

¿Calla jamás este juez?

D. Carlos.

Vamos, vamos, ten paciencia,
que según voy entendiendo,
aun están todos durmiendo

en casa; y por consecuencia
nuestra falta no han notado.

D. Severo.

¿Y los criados?

D. Carlos

¿Presumir
quieres que lo han de decir?

D. Severo.

Un secreto en un criado
se indigesta luego, luego.

D. Carlos.

Es que yo les prevendré
que callen.

D. Severo.

Peor.

D. Carlos.

¿Y por qué?

D. Severo.

Porque pierdes criado y ruego.
Depender del dependiente,
es trocar los frenos, Carlos;
y quien llega á equivocarlos
no deshace fácilmente
tamaña equivocación,
lográndose de este modo
que uno pierda su acomodo,
y el otro su estimación.

D. Carlos.

No importa, vóiles á hablar.

D. Severo.

¿Al fin te decides?

D. Carlos.

Sí.

D. Severo.

Haz lo que quieras, y dí,
pues vas adentro, á Gaspar,
que venga sin dilación.

D. Carlos.

¿Tienes algo que mandarle?

D. Severo.

Sí: se me ha ocurrido enviarle
á casa.

D. Carlos.

Alguna comisión
para el viejo, ¿eh?

D. Severo.

Pues.

D. Carlos.

Ya estoy;
quizá será por dinero.

D. Severo.

Hombre, no seas majadero:
anda si quieres.

D. Carlos.

Voy, voy.

ESCENA II.

D. SEVERO *solo.*

D. Severo.

¡Ya mi paciencia se apura!
No existe mayor tormento
que estar uno descontento
de sí mismo. ¡Que locura
la de anoche, y qué vileza
al mismo tiempo! ¡Qué! Es dable
que jugador miserable,
perdiera yo la cabeza,
hasta el punto de jugar
dinero que no era mío?
y después de un desafío....
y después de enamorar
la novia de quien me debe
su primera educación....!
Pues, señor, en conclusión,
soy un pícaro, un aleve.
¿Y era yo quién presumía
no tener ningún defecto?
¿era yo el hombre perfecto?
y el primer tapón....Daría
cuanto tengo y tener puedo
por morirme ahora, ahora....
pero ¡es tan linda esta Flora!

¿Y quién sabe si por miedo
hubieran todos tenido
mi prudencia....? A nadie agrada
pasar por cobarde....y nada
más simple que enfurecido
cuando Carlos me injurió
me acordase que primero
he nacido caballero
que no su amigo....pues no,
no he sido tan delincuente;
y cuanto más reflexiono
encuentro más en mi abono.
Si Gaspar va diligente,
y vuelve con el dinero,
antes que este D. Fermín
me lo pida, ya por fin
del mal el menos. Yo quiero
suponer por un momento
que se ignore lo ocurrido:
entonces nada hay perdido.
Pues bien, tomemos aliento,
que quizá no se sabrá,
y siempre que en adelante
viva más cauto, es constante
que el mundo me apreciará
como me apreció hasta aquí.
Bien dice Carlos, que soy
muy tímido: así desde hoy
he de ser lo que antes fuí.

ESCENA III.

D. SEVERO Y GASPAR.

D. SEVERO.

¿Gaspar?

GASPAR.

Señor, os confieso
que yo he sido un mandarín,
un borracho, un puerco espín.

D. SEVERO.

Vamos, no hablemos ya de eso;
si la primera impresión
de una culpa nos altera,
luego la hacen más ligera
el tiempo y la reflexión.
Así que ya no me irrita
lo que ayer juzgué gran culpa.

GASPAR.

Cuando mi amo me disculpa (*aparte*)
sin duda me necesita.

D. SEVERO.

Siempre fiel te he conocido,
servicial, de buen humor.

GASPAR.

¡Ay! ¿qué me alaba señor? (*aparte.*)
¿Qué es lo que habrá sucedido?

D. Severo.

Y darte una prueba quiero,
Gaspar, de mi estimación,
enviándote en comisión,
á casa.

Gaspar,

Por.....

D. Severo.

Por dinero.

Gaspar.

¡Ya!

D. Severo.

A mi padre has de decir
algún cuento, una ficción,
que perdí por distracción
la bolsa, que.....

Gaspar.

Eso es mentir

D. Severo.

Mentir no, que en realidad
para dañar no conspira.

Gaspar.

Ello no será mentira
mas no es decir la verdad.

D. Severo.

Con que ¿no quieres?

Gaspar.

Querré
si Ud. lo toma á su cuenta

D. SEVERO.

Tu escrúpulo me revienta,
Si tomo.

GASPAR.

Pues mentiré

D. SEVERO.

Le dirás que en Villafranca
me ha sucedido un fracaso....
cualquier cosa, porque el caso
es que no tengo una blanca;
pero por Dios te suplico
que vayas y vuelvas pronto.

GASPAR.

¡Toma! ¿Pues soy algún tonto?
Voy á ensillar el borrico
de D. Fermín.

D. SEVERO.

¿Estás loco?
¿en borrico?....dáme risa.
Si esto llamas ir aprisa
¿qué será tu poco á poco?
No, señor, has de alquilar
la mejor mula de paso,
y día y noche (este es el caso)
has de andar sin descansar.
¿Lo entiendes?

GASPAR.

Sí que lo entiendo.

D. SEVERO.

Pues bien, marcha á prevenir
mula y alforja,

GASPAR.

¿Y me he de ir
sin carta de Ud?

D. SEVERO.

Corriendo
voy á escribir una esquela
para padre, que razón
tienes.

GASPAR.

Pues, señor, alón.

D. SEVERO.

Oyes, no olvides la espuela.

ESCENA IV.

D. SEVERO *solo.*

D. SEVERO.

¡Cuánto cuesta el enmendar
un error! si se supiera,
más fácil mil veces fuera
obrar bien, que no faltar.
Y aunque nuestro orgullo es ciego,
el desengaño no es mudo,
por eso lo que no pudo
el crimen, lo pudo luego
la vergüenza de que clara
se descubra su fealdad.
¡Qué compasión en verdad

merece el que se separa
de la línea del deber!
¡Infeliz!! Harto le cuesta,
y el tiempo me manifiesta
lo que no supe entender,
cuando venturoso el nombre
ignoraba del disgusto;
mas ¡ay! que siempre fué injusto,
si fué venturoso el hombre.

ESCENA V.

D. PEDRO Y DICHO.

D. Pedro.

¡Cuánto agradezco á mi estrella
D. Severo el encontraros
solo!

D. Severo.

¡Ola señor D. Pedro!
¿levantado tan temprano?

D. Pedro.

¡Ay amigo de mi vida!
Siempre madruga un cuidado.

D. Severo.

Es verdad.

D. Pedro.

Y por desgracia
yo no me encuentro hoy en el caso

de necesitar consejos,
de reclamar los sagrados
derechos de la amistad.

D. Severo.

Pues ¿cómo?

D. Pedro.

Solos estamos
supongo.

D. Severo.

Sí.

D. Pedro.

Es que sintiera
que pudieran escucharnos,
y después.....

D. Severo.

No tema Ud.
pues aun no se ha levantado
D. Fermín, y la familia
anda en sus quehaceres.

D. Pedro.

¡Bravo!
nada entonces me detiene.

D. Severo.

¿Qué será esto? *(aparte.)*

D. Pedro.

Amigo, me hallo
en un fiero compromiso.

D. Severo.

¿Y puedo serviros de algo,
señor D. Pedro?

D. Pedro.

Si tal,
me podéis servir de tanto,
que solamente confío,
para salir del barranco
en que estoy, en vuestro celo
en la amistad, en el raro
y prodigioso talento
que os adorna.

D. Severo.

Demasiado
me honra Ud. amigo;
y os suplico, que dejando
esos elogios, digáis
en qué tan afortunado
podré ser, que útil os sea

D. Pedro.

Pero siempre es necesario
establecer los motivos
que me impelen á buscaros.
De otro modo os sorprendiera.
sin duda que entre los varios
amigos que tengo, os busque
y prefiera siendo el lazo
que nos une tan reciente;
y esto fuera muy extraño
á no mediar lo que media

Mas, amigo, vamos claros,
nunca se repara en fechas
cuando se necesita.

D. Severo.

Hartos
ejemplos pueden citarse
de esta verdad.

D. Pedro.

Yo ahora trato
de buscar un hombre serio,
justo, desinteresado,
imparcial, fiel, venturoso,
y este sois vos.

D. Severo.

El retrato (*aparte.*)
no es del todo parecido.

D. Pedro.

Son luces de Ud. sus vastos
conocimientos, sus rectos
principios, y su exaltado
amor á la virtud, pueden
asegurarme que el sano
consejo que necesito,
estará exento de humanos
intereses, de pasiones
y de esos afectos bajos,
que dirigen comunmente
los que damos y tomamos.

D. Severo.

En lo que alcanzan mis luces,
señor don Pedro....

D. Pedro.

Bien. Paso
el asunto. Yo me encuentro,
como juez y magistrado,
en la dura alternativa,
en el caso triste y raro
de tener que atropellar
un amígo, ó los sagrados
derechos de un ministerio
terrible; mas necesario.

D. Severo.

¿Y este amigo ha delinquido?

D. Pedro.

La ley le condena.

D. Severo.

¿El caso
os parece tan difícil?

D. Pedro.

Sí me parece; pues varios
incidentes favorecen
y escudan su atropellado
arrojo. Luego es mi amigo,
nos tratamos como hermanos
ambas familias, y es fuerte
cosa verse precisado....

D. Severo.

Pero la ley

D. Pedro.

En cuanto á eso
no puede disimularlo:
le coge de medio á medio.

D. Severo.

Pues, señor, un magistrado
no debe entonces dudar:
y es un crimen el retardo
más pequeño, la menor
dilación, si fuere en daño
de su augusto ministerio.

D. Pedro.

Ni yo de ofenderlo trato;
pero pudiera, como hombre,
encontrar mas avisado
el medio de conciliar...

D. Severo.

Imposible es encontrarlo.
La ley indica la senda,
y el juez los ojos cerrados,
debe seguirla y llegar
al fin propuesto. Si incauto
los abre, arriesga el perderse,
pues buscará los atajos,
y con ellos peligros.

D. Pedro.

¿Conque prescindo de cuanto
me interese en su favor?

D. Severo.

Si, señor, ó vais errado.
Y no os parezca tampoco
que hacéis un cxtraordinario
sacrificio. Nó, en la historia
encontraréis un romano
Dictador que condenó
á su hijo. También un Casio
y un Bruto que dieron muerte,
uno al padre, otro al amado
bienhechor. En fin, mil hechos
iguales, que demostraros
podrán cuanto los afectos
se miran subordinados
á los deberes, y cuánta
gloria nos da el sujetarlos.

D. Pedro.

Mil gracias, amigo mío
Confieso habéis disipado
todas mis dudas, y pronto,
pronto conoceréis si hago
caso de vuestros consejos.

D. Severo.

¡Ola! ya se ha levantado
D. Fermín.

D. Pedro.

Tanto mejor
Ahora veréis lo que valgo
cuando amigos como vos,
me infunden valor.

D. Severo.

El diablo
me lleve, si yo comprendo
qué analogía...

ESCENA VI.

FERMIN, DOÑA TOMASA, D. CARLOS,

COLASA *y dichos.*

D. Fermin.

¡Levantados,
y á estas horas ya en visita!
Pues esto, ó mucho me engaño
ó es pedirme chocolate.

D. Pedro.

Sí, chocolate, el que traigo.
no es muy bueno para vd.

D. Fermin.

¡Oiga!

D. Pedro.

Soy muy desgraciado,
D Fermín.

D. Fermin.

¿Qué dice Ud?

D. Pedro.

¿Y he de ser yo, cielo santo

quien entregue esta familia
al dolor?

D. Fermin.

Pues ¿cómo? claro,
diga vd. lo sucedido,
que esos gestos y esos ascos
me matan á confusiones,
y me indican....

D. Pedro.

Mucho y malo
deben indicar á Ud.,
y nunca hubiera encontrado
en mí bastante valor
(lo confieso) para daros,
siendo tan amigo vuestro,
semejante trabucazo,
si los prudentes consejos
del hombre que estáis mirando.
mis deberes, como juez,
no me recordasen sabios:
si una lógica elocuente
no me hubiese demostrado,
que la ley no tiene amigos,
sino aquellos que observando
sus preceptos, siguen siempre
la linea que ella ha trazado.
Por eso, al fin me decido....
y á mi pesar..violentando
mis afectos....he venido....

D. Fermin.

¿A qué, señor! Concluyamos.

D. Pedro.

A prender á D. Carlitos.

D. Severo.

¡Qué escucho! (*aparte.*)

D. Fermin.

¿Qué es esto, Carlos?

D. Carlos.

Lo ignoro, y como no sea
por un lance, un altercado
que con nn desconocido
tuve ayer noche, no caigo
en lo que pueda ser.

D. Fermin.

Vaya (*á D Ped.*)
es esto?

D. Pedro.

Lo han acertado
ustedes.

D. Fermin.

¿Y tal friolera
bastará para....

D. Pedro.

Despacio,
señor don Fermín, que yo
no soy ningún mentecato

para obrar tan de ligero.
Sepa Ud. que han delatado
á Carlos por desafío
tenido anoche: por varios
conductos me vino el soplo;
y yo, como magistrado,
no puedo disimular
un hecho que saben tantos.
Fuera esto comprometer
sin ton ni son, y en tal caso
el individuo....

D. Fermin.

Ya entiendo:
y después aconsejado
por don Severo....

D. Pedro.

Cierto.

D. Fermin.

Hombre
está Ud. endemoniado?
¡Este es un cuñadicidio!

D. Severo.

Señor don Fermín, reclamo
vuestra indulgencia. Escuchadme
y juzgadme si he faltado
al deber, ó á la amistad.

D. Fermin.

Déjeme Ud. por San Pablo (*alejándose de él.*)
A lo menos si ya hubiesen

ustedes emparentado,
anda con Dios, que no fuera
Ud. el primer cuñado,
ni el último que lo hiciese;
pero antes es un milagro,
una cosa nunca vista.

D. Severo.

Carlos, tú que me has tratado
y me conoces á fondo
dí, si me juzgas tan malo,
tan perverso, que.....

D. Carlos.

No sé; (*alejándose de él.*)
pero sólo si reparo,
que no aconsejas muy bien.

D. Severo.

Flora, por Dios.....

Doña Tomasa.

Muy villano (*alejándose de él.*)
vuestro proceder parece;
suspendo mi juicio, y no hago
poco.

Colasa.

Oigame Ud. un consejo.
pues parece aficionado.
Quien obra mal hace bien
en callar

D. Severo.

¡Estoy soñando!

Me desprecian, y huyen todos
de mí, cual si fuera el diablo,
sin oirme, sin informarse
tan siquiera hasta qué grado
soy criminal. ¿Y por qué
me huyen? ¿Por qué soy malvado?
Porque tengo la apariencia
contra mí: si así juzgamos
siempre, no me maravilla
encontrar tantos culpables.

D. Pedro.

Juzgamos, ni más ni menos,
lo mismo que aconsejamos.
Cuando no nos duele, duro;
y cuando nos duele, blando.

D. Severo.

Diga vd., señor D. Pedro,
á estos señores, si acaso
pude saber se trataba
de Carlos.

D. Pedro.

No le nombramos,
en efecto.

D. Fermin.

¡Ola! Pues eso (*acercándose.*)
es otra cosa.

D. Carlos.

En salvando (*idem.*)
tu amistad, nada me importa
lo demás.

DOÑA TOMASA.

Pues yo no parto (*acercándose.*)
tan de ligero, por eso
hice muy bien en dudarlo.

COLASA.

Sí señora, siempre dije (*idem.*)
lo mismo.

D. SEVERO.

¡Qué desengaño,
y qué lección! Lo que siento,
señor don Pedro, y lo extraño
á la verdad, es que Ud.
me comprometiese tanto.

D. PEDRO.

Señor, yo busqué un consejo
que me ilustrase en tamaño
compromiso; Ud. no debe
resentirse, si arrastrado
por la opinión de sus luces.....

D. SEVERO.

Pero en empeño tan arduo
Ud. debió, cuando menos
nombrarme al interesado,
para que yo.....

D. PEDRO.

¿Y que hace el nombre
para el hecho?

D. Severo.

Sí, que Carlos
es mi amigo, y.....

D. Pedro.

Se prescinde
de estos febles y mundanos
afectos, cuando se trata
del bien social.

D. Severo.

Sin embargo...

D. Pedro.

Y sino, acuérdese Ud.
de aquel dictador Romano
que me citó no hace mucho.

D. Severo.

Diré que ha sido un borracho;
pues de otra suerte no hiciera
tan repugnante atentado
La naturaleza nunca
pierde sus derechos santos,
y aquel que los desconoce
es imbécil, ó malvado.

D. Pedro.

¿Y Bruto?

D. Severo.

¡Oh! no lo nombréis
fué un parricida

D. Pedro.

Pues Casio
no le fué entonces en zaga.

D. Severo.

¡Ya se ve!

D. Pedro.

Mas lo contrario
¿no digísteis hace un credo?
ó al menos lo habré soñado.

D. Severo.

Es que entonces.....

D. Pedro.

Es que entonces
era el paciente un extraño,
y á su costa siempre es bueno
ser justo y cargar la mano.
¿No es verdad?

D. Severo.

Qué responder
no sé.

D. Fermin.

Pero ese adversario
de Carlos, ¿quién es? ¿Se puede
saber?

D. Pedro.

Señor, lo ignoramos;
y si Carlos no lo dice....

D. Severo.

Lo diré yo.

D. Carlos.

¿Mentecato! (*á Sev. ap.*)
¿no vez que á tu amada Flora
comprometes?

D. Severo.

Pero Carlos, *[lo mis-*
¿he de permitir.... *mo á Carl.]*

D. Fermin.

¿Qué es eso,
Señores?

D. Carlos.

Nada, un encargo
que le dejo.

D. Fermin.

¡Lindo cuento!
Pues como dé los recados
como los consejos.....

D. Pedro.

Vaya,
si vd. no tiene reparo,
D. Carlos, nos marcharemos
juntos.

D. Carlos.

No lo tengo. Vamos.

D. Fermin.

¡Ay, Virgen santa! Oiga vd. (*ap. á*
¿Donde va el chico? *D. Ped.*)

D. Pedro.

A su cuarto (*ap. á D. Ferm.*)
á que se desnude, y duerma
el tiempo que ha trasnochado.

D. Fermin.

¡Con que, á la cárcel!

D. Pedro.

No hay medio:
es fuerza formar sumario,
y remitirlo á Pamplona.

D. Fermin.

Pues, señor, acompañarlo
quisiera yo hasta la cárcel.

D. Pedro.

Venga vd.

D. Fermin.

Pronto despacho,
y á mi vuelta, D. Severo, (*á D. Sev.*)
tenemos que hablar un rato
á solas.

D. Severo.

Está muy bien

D. Pedro.

Vamos, que es muy tarde.

D. Carlos.

Vamos.

Doña Tomasa.

¡Qué desdicha!

COLASA.

¡Señorito
de mi vida!

D. FERMIN.

¡Qué quebranto!
¿En la cárcel un Peralta!
¡Ay, si mis antepasados
levantaran la cabeza,
no se armara mal fandango!

ESCENA VII.

D. SEVERO *solo.*

D. SEVERO.

¡Qué me sucede! ¿Qué pasa?
por mí? No sé lo que fué
más desde que puse el pie
en esta maldita casa,
ni me conozco, ni puedo
hacer sino desatinos.
¡Cuál será, cielos divinos,
el fin de todo este enredo!
Si se llega á descubrir
que fuí yo quien ha reñido
con Carlos, estoy lucido;
y si no, ¿he de permetir
que él sufra en dura prisión
mientras que alegre paseo?
Es imposible, y yo creo

que fuera una vil acción
silencio tan criminal
Así romperlo sabré.....
Mas ¡necio! ¿y qué ganaré?
¿mi mal calmará su mal?
No por cierto, y solamente
se logrará en realidad,
sin curar la enfermedad,
aumentar otro paciente.
Mi temor crece á medida
que los riesgos se acrecientan,
y las dudas atormentan
más mi pecho que la herida:
fuerza será que yo busque
mi remedio en un consejo,
antes de que vuelva el viejo
y su cólera me ofusque.
A Flora voy á buscar,
ella será mi doctor,
si un mal que ha causado amor,
amor lo sabe curar.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

DOÑA TOMASA Y D. SEVERO.

DOÑA TOMASA.

Señor vuestra desconfianza
al desaliento os entrega,
y os arruina porque os ciega.
El amor ¿no os da confianza?

D. SEVERO.

El es toda mi esperanza.

DOÑA TOMASA.

Pres bien, si confiáis en él,
á su culto sed más fiel,
y no ofendáis su respeto.

D. SEVERO.

¿En qué?

DOÑA TOMASA.

Es dudar de mi afeto;
que si yo no soy infiel
á la fe que prometída
os tengo, no sé lo que
podáis temer.

D. SEVERO.

Yo lo sé
temo mi opinión perdida
y el grito de una ofendida
conciencia; temo también
el merecido desdén
del anciano don Fermín,
y temo á todos; que en fin,
teme bien, quien no obra bien.

DOÑA TOMASA.

Nunca comprender pudiera
vuestro extraño sentimiento
si una parábola ó cuento,
su explicación no me diera.
Dicen, que allá en la Babiera
cierto *quídam* se encontró
un pendiente, y que le halló
tan fino, terso y brillante,
que desde luego diamante
y buenno le pareció.
Por su desgracia un platero
hizo pronto conocer
á este pobre caballero,
que su valor era cero;
y á pesar de su jactancia,

confesó al fin, que en sustancia
la joya tan ponderada
era (si Ud. no se enfada)
sólo una piedra, y de Francia.
En vano se desespera
llora, se queja y maldice
hallazgo tan infelice.
Nunca consolado fuera
si la fortuna no hieiera
que á su lado reparó,
cuando menos lo pensó
un pequeñuelo inocente
jugando con el pendiente
compañero del que halló.
¡Ola! dijo él aburrido,
este niño se complace,
y alegre se satisface
con un diamente fingido:
pues sino hubiera tenido
por fino, terso y brillante
á mi soñado diamante,
también con él jugaría:
luego la culpa fué mía,
y no del hado inconstante.

D. Severo.

¡Ay Flora! tenéis razón:
ya conozco mi flaqueza.

Doña Tomasa.

Perdonad á mi franqueza
hija de mi estimación.

D. Severo.

Agradezco la lección,
que ingeniosa me habéis dado:
la violencia de mi estado
la debo á mi necio error,
pues quise darme un valor
demasiado exagerado.

Doña Tomasa.

¿Lo conocéis?

D. Severo.

Sí, señora.

Doña Tomasa.

Probadlo.

D. Severo.

Decid en qué?

Doña Tomasa.

Lo diré, y no tardaré;
pero no puede ser ahora.

D. Severo.

Entonces, amable Flora,
satisfaceros no puedo.

Doña Tomasa.

Tengo una especie de miedo....

D. Severo.

¿En qué fundáis tal engaño?

Doña Tomasa.

En que á vuestro desengaño
todavía no concedo,

toda la fe que pudiera
Quedad, Severo, con Dios.

D. Severo.

Qué ¿os vais?

Doña Tomasa.

Sí, que con vos
mas arriesgo que debiera.

D. Severo.

Señora, daros quisiera
esa prueba que pedís.

Doña Tomasa.

¿De buena fe lo decís?

D. Severo.

¿Lo dudáis?

Doña Tomasa.

¡Ay don Severo!
si el desengaño es sincero
más sabréis que presumís.

ESCENA II.

D. SEVERO *solo.*

D. Severo.

Se va y me deja entregado
á la incertidumbre fiera,
sin que pueda mi cuidado
verse jamás aliviado

de un mal que le desespera.
¿Qué será lo que tendrá
que decirme esta mujer?
ignoro lo que será;
mas si el tiempo lo dirá
dejémosle, pues, correr

ESCENA III.

COLASA *y dicho.*

COLASA.

¿D. Severo?

D. SEVERO.

¿Nicolasa?

COLASA.

Aunque vd., siempre está serio
conmigo, yo, sin embargo,
hace dos horas que espero
la ocasión de hablar á solas
con vd.

D. SEVERO.

¡Ola! ¿En qué puedo
yo servirte?

COLASA.

No, señor,
si la que puede aquí hacerlo
en favor de Ud. soy yo.

D. Severo.

¿En mi favor?

Colasa.

Sí, por cierto.
¿Estamos solos?

D. Severo.

¡Dios mio, (*ap.*)
volvemos á los misterios
y á los tapujos! Si estamos.

Colasa.

Pues sepa vd. D. Severo,
que aunque parezco criada,
soy más de lo que parezco;
pues soy el unico archivo
donde todos los secretos
de los Peraltas se guardan;
soy además consejero
nato del padre, de la hija,
del hermano, de los deudos,
de los amigos de casa,
de los criados, y aun de aquellos
que llamamos conocidos,
porque conocemos menos.

D. Severo.

Pues, Colasa, en parangón
tuyo ¿qué hace ese consejo
de Navarra?

Colasa.

Yo no sé,

sino sólo que no miento
ni exagero; y para prueba
de lo dicho, decir debo
á Ud. que también conozco
sus pesares y secretos.
Cabalito.

D. Severo.

¿Lo conoces?

Colasa.

Sí, señor, ni más ni menos:
si no, dígalo el amor
á Doña Flora, los celos
de Carlos, el desafío,
luego la casa de juego,
la noche pasada en claro,
el natural sentimiento
por la prisión del amigo,
los temores y recelos
de que se descubra el ajo,
y también ciertos enredos,
como mentiras, ficciones,
efugios y....

D. Severo.

Basta, veo
que estás al cabo de todo
y no es necesario....

Colasa.

Bueno
era quitaros la duda,
por si acaso.

D. Severo.

No la tengo,
por cierto.

Colasa.

Pues bien, entonces
os diré, sin más rodeos,
que una cierta inclinación
simpática que os profeso....

D. Severo.

¡Calla! ¿También se conoce
en aqueste triste pueblo
la simpatía?

Colasa.

Sí, señor.
Si cualquiera en estos tiempos
simpatiza con cualquiera.

D. Severo.

Pues, hija, bendiga el cielo
tales tiempos. Sigue, sigue.

Colasa.

Digo yo, que cierto afecto,
cuya causa desconozco,
aunque siento sus efectos,
me determina á serviros,
dandoos, señor, un consejo.

D. Severo.

Venga, pues, aunque no sea
un gran partidario de ellos;

pues dados son arriesgados,
y si se reciben, necios.

COLASA.

Mire Ud. lo que es el mío,
no haya miedo que nos dañe.

D. SEVERO.

Vaya, dílo.

COLASA.

Os aconsejo
que os quitéis la mascarilla.

D. SEVERO.

¡La mascarilla!

COLASA.

No veo
otro camino que pueda
salvaros.

D. SEVERO.

Ni yo comprendo
lo que me quieres decir
con eso.

COLASA.

¿No? pues muy presto
lo sabréis si me escucháis:
atención, y va de cuento.
Entre los varios quehaceres
que atosigan á los viejos,
el primero y principal
es la elección de los yernos.

Mi amo don Fermín, no sólo,
por su mal tuvo este empeño,
sino que quiso también
buscar un yerno perfecto;
y eso es, señor, imposible.
¿No es cierto?

D. Severo.

Cierto, y muy cierto.

Colasa.

Cuando al fin se decidió
por Ud. fué, por supuesto,
convencido de que había
encontrado aquel modelo
de perfección que buscaba
y ya ve Ud. si está lejos
de haberlo hallado: ¿no digo
bien?

D. Severo.

Muy bien.

Colasa.

Si sus defectos
de vd. sus calaveradas,
y todos sus devaneos
se pudieran descubrir,
no hay duda que nuestro viejo
andana se llamaría.
Entonces vd. perdiendo
el engañoso barniz
que ocultaba los remiendos,

se quedara tal cual es,
y tal cual son entre ciento
los noventa y nueve: entonces
libre del pasado empeño
pudiera vd. contratar
con Flora otro empeño nuevo,
y casarse, y tener hijos,
y conseguir luego un....

D. Severo.

¡Fuego
con el consejo que das!
¿Y quieres tú que yo mesmo
diga y confiese....?

Colasa.

¿Qué importa
que sea Ud. ó sea un tercero
en discordias, el que cuente
todo? Así siempre es muy bueno
el tomar la delantera.

D. Severo.

Con todo, tengo recelo;
y después el amor propio
padece mucho con estos
desenlaces.

Colasa.

¡Ay, señor,
el amor propio y los celos,
como á los paracaídas
los sostiene sólo el viento.

D. Severo.

Sí, pero yo me conozco
y aunque estuviera año y medio,
estoy seguro, Colasa,
que me faltara el aliento,
si tuviera que dicir
cara á cara....

Colasa.

¿No es sino eso?
Pues bien, corre de mi cuenta:
yo me encargo.

D. Severo.

Ni por pienso,
no quiero que me descubras.

Colasa.

Ud. lo que tiene es miedo
y pues milagrosamente
nuestro enemigo tenemos
en campaña, verá Ud.
si merezco ó no merezco
la confianza general.

D. Severo.

Calla, por Dios.

ESCENA IV.

D. FERMIN *y dichos.*

D. FERMIN.

D. Severo,
estoy contra Ud. lo mismo
que si fuera ya su suegro.

D. SEVERO.

Pues, señor, lo siento mucho.

D. FERMIN.

Dígame Ud., ¿qué embelecos,
qué enredos, qué trapisondas,
son éstas? ¿por qué está preso
Carlos? ¿por qué la Florita
llora? ¿por qué está Ud. serio,
cabizbajo, y taciturno?
Responda Ud.

D. SEVERO.

Yo me siento
algo malo, y á eso atribuyo
mi tristeza.

D. FERMIN.

¿Es del cerebro
el mal?

COLASA.

¡Jesús! no señor,
si es el mal del descontento,
dolencia, que solamente

suele cebarse en aquellos
qne han estado más robustos,
porque los encuentra menos
hechos á padecer.

D. Fermin.

Dime,
Colasa, y ¿qué sabes de eso?

Colasa.

Conque ¿no lo se? Pues vaya,
preguntadle á D. Severo,
sino es cierto que padece
una zozobra, un interno
disgusto, una comezón
á manera de recelos,
y sobre todo, señor,
un peso en la frente, un peso....

D. Fermin.

Ese es mal de novios

Colasa.

Suele
también muchas veces serlo:
pero aquí no es mal de novios,
que es sólo....

D. Fermin.

¿Qnó?

Colasa.

Descontento
de sí mismo, precisión

de hablar con Ud., gran miedo
de que se enfade, y por fin,
indigestión de un secreto
que necesita salir,
y no puede.

D. Fermin.

¿Es esto cierto? (*á Sev.*)

D. Severo.

Nicolasa se chancea,
y su genio placentero
quiere sin duda á mi costa....

Colasa.

No, señor, no me chanceo:
Ud. tiene un secretazo....

D. Severo.

Nicolasa.....

Colasa.

Yo no entiendo
de señas: harto he callado,
y si ahora no hablo, reviento

D. Severo.

Pues mejor será que yo
me retire. Hoy es correo
precisamente y dos cartas
tengo que escribir.

Colasá.

No quiero
que tales cartas se escriban

hasta salir del aprieto
consabido. Venga Ud.
acá, señor don Severo,
y diga al que en infusión
está para ser su suegro,
cómo ha pasado la noche;
no en su casa ni al sereno
sino en casa de la Pepa
la mujer del estanquero.

D. Fermin.

¿Fumando?

Colasa.

No tal, jugando
y perdiendo su dinero,
y aun el vuestro de Tafalla.

D. Fermin.

¿Y qué más?

Colasa.

Que si fué al juego.
fué sólo por disimulo;
pues estuvo antes riñendo
con Carlos.

D. Fermin.

¡Con Carlos!

Colasa.

Sí;
por unos ciertos requiebros
dichos á doña Florita.

D. Fermin.

¡Qué! ¡También ésa!

Colasa.

Y no fueron,
por parte del señorito,
infundados estos celos
que el señor gusta de Flora
y Flora no gusta menos
del señor. ¡Ay!....Ya salimos
del apuro.

D. Fermin.

¡Qué oigo, cielos!
Dígame Ud., señor mio,
si dar entera fe puedo
á lo que dice Colasa.

D. Severo.

Señor hay ciertos momentos
en que....

D. Fermin.

No quiero disculpas:
bien sé que no hay hombre cuerdo
á caballo, y por lo tanto,
sin dilación ni rodeos,
sólo exijo una respuesta
categórica.

D. Severo.

No encuentro
qué decir.

D. Fermin.

Vamos, ¿sí ó no?

D. Severo.

Pues, señor, yo lo confieso:
es verdad cuanto ella dijo.

D. Fermin.

¿Cierto?

D. Severo.

Cierto.

D. Fermin

Eso supuesto,
dame los brazos y aprieta,
que estoy loco de contento.

D. Severo.

¿Qué es esto?

D. Fermin.

¡Válgame Dios,
qué fortuna!

D. Severo.

¿Estoy durmiendo?

D. Fermin.

¿Un yerno amable, sensible
y enamorado en extremo;
un yerno pnndonoroso
y nada cobarde; un yerno
amigo de diversiones,
de trasnoches y de juegos?

¡Qué hallazgo! Yo, que esperaba,
teniendo un yerno perfecto
ser mártir de su virtud,
hallarme uno, de quien puedo
murmurar, quien sabrá darme
á cada instante pretextos
para reñirle, y quejarme
á los vecinos y deudos?
Vaya, vaya, ¡qué fortuna!
Ahora sí que seré suegro
en forma, sin menoscabo
de mi clase y privilegios.
Mas ¿qué es lo que me detiene?
¿por qué no marcho corriendo
á buscar un escribano
y un cura, que os casen luego?

COLASA.

¡Que los case! ¿Quién con quién?

D. FERMIN.

Mi Tomasa con Severo:
¡buena pregunta!

COLASA.

¿Y Florita?

D. FERMIN.

Que se vaya á los infiernos.
Adiós, adiós, yerno mío,
ten paciencia! pronto vuelvo.

D. SEVERO.

Esperad, por Dios, señor,
escuchadme.

D. Fermin.

Ya no hay tiempo,
pero cuando estés casado
te escucharé como un muerto.

ESCENA V.

D. SEVERO Y COLASA.

D. Severo.

Ahora bien, Colasa,
¿qué podrás decir
de tal aventura?

Colasa.

Callar y reír.

D. Severo.

¿Reír?

Colasa.

Sí por cierto.

D. Severo.

¿Te burlas de mí?

Colasa.

No tal; pero ¿cómo
podré resistir
el flujo de risa
cuando D. Fermín
en vez de enfadarse,
te casa?

D. Severo.

Y por tí,
por tí sólo ha sido.

Colasa.

¿Y quién presumir
pudiera este lance?
Mas, en fin, decid,
¿os casáis?

D. Severo.

¿Y cómo
lo puedo eludir?

Colasa.

Pronunciando un *no*
en lugar de un *sí*.

D. Severo.

¡Qué extraño suceso!

Colasa.

De un viejo mastín
es el tragadero
puerta de toril.

D. Severo.

Colasa ¿qué haremos?

Colasa.

Fuerza es discurrir
un medio.

D. Severo.

¿Y qué medio

COLASA.

¡Queréis por San Gil!
que os dé otro consejo?

D. SEVERO.

Vaya por Dios. Dí.

COLASA.

Quien es tan cobarde
que teme sufrir,
no busque en los otros
lo que no halla en sí;
que el valor ajeno
no puede servir
en daño tan propio
como el suyo; así
sufra su quebranto
ó aprenda á vivir.

ESCENA VI.

DOÑA TOMASA *y dichos*.

DOÑA TOMASA.

Severo, Colasa,
¡ay triste de mí!
perdidos estamos.

D. SEVERO.

¿Qué sucede? dí.

COLASA.

¿Qué es esto, señora?

DOÑA TOMASA.

¡Ay, que entrar yo ví
al señor D. Pedro!

COLASA.

¿Solo?

DOÑA TOMASA.

Un ministril
enjambre le sigue;
y vienen por tí,
sin duda, Severo.

D. SEVERO.

Dejadlos subir,
que nunca he temido
la cárcel por sí,
sino porque pude
antes delinquir,

ESCENA VII.

D. PEDRO *y dichos.*

D. PEDRO.

Señor D. Severo,
¿prometéis decir
verdad?

D. SEVERO.

Jamás supe
qué cosa es mentir.

D. PEDRO.

¿Sois vos quien con Carlos

hubo de reñir
ayer por la noche?

D. Severo.

Sí, señor, yo fuí.

D. Pedro.

?Qué puede excusaros?

D. Severo.

Ser hombre, y que en mí
se hallen las flaquezas
que en los otros ví.

D. Pedro.

Pues debo prenderos,

D. Severo.

Prended y cumplid
como juez, que yo
como hombre cumplí.

D. Pedro.

Alguaciles, ola,
al punto venid.

ESCENA ULTIMA.

D. FERMIN, D. CARLOS, *y dichos.*

D. Carlos.

Aquí está un cuñado

D. Fermin.

Y un suegro está aquí.

COLASA.

Dos son sólo, y sobra
más de un alguacil
para sujetar
aunque fuera al Cid.

D. SEVERO.

Pero señores, ¿qué es esto?
¡Qué dichosa novedad!
¿Carlos puesto en libertad
tan impensado, tan presto?
Todos callan: ¡lindo afán!
¿No se me quiere decir
de dónde pudo venir
tanta dicha?.... y ¿dónde están
los alguaciles, que preso
debieron ponerme ahora?
Dílo, Carlos; hablad, Flora,
ó ¿queréis que pierda el seso?
De una duda tan crüel
Evitadme los temores.

D. FERMIN.

Y ¿quién le pone, señores,
A este gato el cascabel?
¿quién le dice la verdad?

D. PEDRO.

A vos os toca.

D. FERMIN.

A mí no.

D. Carlos.

Yo no lo digo.

Colasa.

Ni yo.

D. Fermin.

D. Pedro, hablad.

D. Carlos.

Padre hablad.

D. Fermin.

Habla tú.

D. Carlos.

¿Quién esto vió?
Los hijos deben callar.

D. Severo.

Conque ¿nadie quiere hablar?

Doña Tomasa.

Si no quieren lo haré yo.
Ignoro si me asegura
mi sexo la impunidad;
pero sabed la verdad
aunque arriesgue mi ventura.
Señor D. Severo, si
de alguno os podéis quejar,
no tenéis que titubear,
pues debe de ser de mí.
Y en prueba, deciros quiero,
aunque á Flora hayáis querido,

que Flora es nombre fingido,
y Tomasa el verdadero.

D. Severo.

Señora, ¿vos sois Tomasa?

Doña Tomasa.

Sí señor, de mala gana.

D. Severo.

¿Y sois de Carlos hermana?

Doña Tomasa.

No tiene otra hermana en casa.

D. Severo.

Luego ha sido fingimiento
su pasión, vuestro desvío,
Sus celos y el desafío.

Doña Tomasa.

No hay duda: todo fué cuento.

D. Severo.

¿Y qué causa provocó
tal enredo?

Doña Tomasa.

Vuestra fama.

D. Severo.

¿Mi fama?

Doña Tomasa.

Sí que una dama
siempre un marido temió
con la rara cualidad

de perfecto en demasía,
que un necio sólo confía
en la ajena necedad.

D. Severo.

Luego quisísteis que yo
desatinos cometiera.

Doña Tomasa.

Y quisimos bien, pues era
el camino que se halló
para haceros conocer.
el valor de la indulgencia.

D. Severo.

¡Tan bella y con tal prudencia!

Doña Tomasa.

Siempre es bueno preveer.

D. Severo.

La lección es harto dura.

Doña Tomasa.

¿Cuándo es blanda una lección?

D. Severo.

¿Quién á tal conjuración
resistiera? la hermosura,
la amistad y la experiencia
se reunieron en mi daño;
por lo mismo no es extraño
sucumbiera mi inocencia.

Doña Tomasa.

Aquestas conjuraciones

sôlo os pueden enseñar:
temed las que han de formar
muy pronto vuestras pasiones
Estas son, sin duda alguna,
las que más debéis temer,
y si las lográis vencer,
bendecid vuestra fortuna;
sin que por eso, señor,
insultéis al que es vencido,
pues él hubiera querido
ser, como vos, vencedor.

D. Severo.

Conozco, señora mía,
Vuestra razón, y la aprecio
de tal modo, que en desprecio
de mi orgullo, quiero un día
ser de todos conocido
por tolerante y prudente,
que es lo mismo que indulgente.

Doña Tomasa.

¡De veras!

D. Severo.

Nunca he mentido.

Doña Tomasa.

Entonces ésta es mi mano,
si ss que mi padre lo aprueba,

D. Fermin.

Dios os bendiga y os llueva
más hijos que en el verano

hay chinches. Pero, Severo,
no olvides esta lección,
que siempre los buenos son
á perdonar los primeros.

D. Severo.

¿Olvidar esta lección?
¡Jesús, señor, qué demencia!
y en prueba de mi indulgencia
obtendréis vuestro perdón.

D. Fermin.

¿Qué dices? ¡oh qué delirio!
¡perdón yo! ¿de qué ó por qué?

D. Severo.

Porque vuestra casa fué
donde he sufrido el martirio
de una burla asaz pesada,
siendo los actores de ella
un anciano, una doncella
con ínfulas de casada,
un juez, y en fin, un amigo
á quien conocí en su infancia;
confesad, pues, que en sustancia
os excedisteis conmigo;
y pues por distintos modos
todos, D. Fermín, lo erramos,
bueno será que pidamos
Indulgencia para todos.

CONTIGO PAN Y CEBOLLA.

COMEDIA ORIGINAL

EN CUATRO ACTOS.

PERSONAJES.

DON PEDRO DE LARA.
DOÑA MATILDE, su hija.
DON EDUARDO DE CONTRERAS.
BRUNO, criado de DON PEDRO.
LA MARQUESA.
EL CASERO.
LA VECINA.

La escena pasa en Madrid; los tres primeros actos en una sala bien amueblada, aunque algo á la antigua, de la casa que habita D. Pedro, y el último acto en un cuarto muy miserable, y en donde habrá sólo una mala cama, dos ó tres sillas de paja vieja, un brasero de hierro etc.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DOÑA MATILDE Y BRUNO.

DOÑA MATILDE.

¡Bruno!

BRUNO.

Jesús, señorita, ¿ya se levantó usted?

DOÑA MATILDE.

Sí, no he podido cerrar los ojos en toda la noche.

BRUNO.

Ya, se habrá usted estado leyendo hasta las tres ó las cuatro, según costumbre....

DOÑA MATILDE.

No es eso....

BRUNO.

Se le habrá arrebatado el calor á la cabeza....

DOÑA MATILDE.

Repito que....

BRUNO.

Y con los cascos calientes ya no se duerme por más vueltas que uno dé en la cama.

DOÑA MATILDE.

Pero hombre, qué estás ahí charlando sin saber....

BRUNO.

¿Conque no sé lo que me digo? Y en topando cualquiera de ustedes con un libraco de historia ó sucedido, de ésos que tienen el forro colorado, ya no ha de saber dejarlo de la mano hasta apurar si D. Fulano, el de los ojos dormidos y pelo crespo, es hijo ó no de su padre, y si se casa ó no se casa con la joven boquirrubia que se muere por sus pedazos, y que es cuando menos sobrina del Papamoscas de Burgos: todo mentiras.

DOÑA MATILDE.

¿Acabaste?

BRUNO.

No señora, porque es muy malo, muy malo leer en la cama....

DOÑA MATILDE.

¡Aprieta!

DOÑA MATILDE.

¿Y no ha venido nadie?

BRUNO.

Nadie.... ah, sí, vino el aguador con su esportilla y su....

DOÑA MATILDE.

¿Qué tengo yo que ver con el aguador ni con su esportilla?

BRUNO.

¿Esperaba usted acaso otra visita á las siete de la mañana?

DOÑA MATILDE.

No.... Sí.... ¡Valgame Dios, qué desgraciada soy! (*Sentándose*)

BRUNO.

¡Desgraciada! ¿Qué dice usted?

DOÑA MATILDE.

¡Oh, muy desgraciada, muy desgraciada!

BRUNO.

Pues señor, qué ha sucedido.. acaso su papá de usted....

DOÑA MATILDE.

No, papá duerme todavía, y estará sin duda bien lejos de soñar ó de pensar que el terrible momento se aproxima en que va á decidirse para siempre el porvenir de su hija única y querida.... ¡para siempre! Ay, Bruno, si tú pudieras comprender toda la fuerza y la extensión de esta palabra *¡para siempre!*

BRUNO.

Sin contar que el día menos pensado nos va á dar usted un susto con la luz y la cortina.

DOÑA MATILDE.

Mira, Bruno, que estás muy pesado.

BRUNO.

Siempre las verdades pesan, señorita, amargan y se indigestan.

DOÑA MATILDE.

Qué disparate, sino que anoche cabalmente ni siquiera hojeé un libro. Buena estaba yo para lecturas.

BRUNO.

¿Estuvo usted mala, eh? Y cómo no quiere estar usted mala con ese maldito té que ha dado usted en tomar ahora en lugar del guisado y de la ensalada, qne todo cristiano toma á semejantes horas. Yo no digo por eso que el té no sea saludable.. Cuando duelen las tripas, ó cuando.. pero al cabo no pasa de ser agua caliente; sólo podia habernos venido de Inglaterra, que como allí son hereges, ni tendrán vino, ni bueyes, cebones, ni.... ¿Qué está usted curioseando por esa ventana?

DOÑA MATILDE.

Nada; miraba si.... ¿qué hora será?

BRUNO.

Las siete dieron hace rato en san Juan de Dios.

BRUNO.

¡Vaya, y qué tonto me hace usted! Conque no comprendo lo que quiere decir *¿para siempre?* Para siempre es lo mismo que decir á uno "hasta que te mueras."

DOÑA MATILDE.

Decia sólo que si tú pudieras discernir bien y avalorar las sensaciones de diferente naturaleza que semejante palabra excita, fomenta, inflama...

BRUNO.

No, en efecto, todo eso para mi es griego.

DOÑA MATILDE.

Y pone en combustión, entonces es cuando estarías en estado de.... ¿Pero quién anda en la antesala?

BRUNO.

Será quizá el gato que habrá olfateado ya su pitanza.

DOÑA MATILDE.

El es, él es.

BRUNO.

¿Quién había de ser? Minino, minino.

ESCENA II.

DON EDUARDO, DOÑA MATILDE Y BRUNO.

DOÑA MATILDE.

¡Eduardo!

DON EDUARDO.

¡Matilde!

BRUNO.

¡Calle, pues no era el gato!....

DOÑA MATILDE.

Creí que no acababa usted de llegar nunca.

DON EDUARDO.

Amanece todavía tan tarde.... y á no haber venido sin afeitarme....

DOÑA MATILDE.

¡Oh! eso no; hubiera sido imperdonable en un día tan solemne, como lo es éste, el que usted se hubiera presentado con barbas.

DON EDUARDO.

Y sobre todo, hubiera sido poco limpio.

DOÑA MATILDE.

Si usted hubiera tenido que viajar en posta tres ó cuatro dias con sus noches.... como á otros les ha sucedido.... para poder llegar á tiempo de arrancar á sus queridas del altar en que un padre injusto las iba á inmolar.... ya era otra cosa.... y aun cierto desorden en la *toilette*, hubie-

ra sido entonces de rigor; pero como usted viene sólo de su casa....

DON EDUARDO.

Que está á dos pasos de aquí, en la calle de Cantarranas.

DOÑA MATILDE.

Por lo mismo ha hecha usted bien en afeitarse y en.... mas á lo menos trataremos de recuperar el tiempo perdido. ¿Bruno?

BRUNO.

¿Señorita?

DOÑA MATILDE.

Anda, y díle á papá que el Sr. D. Eduardo de Contreras desea hablarle de una materia muy importante.

BRUNO.

No creo que el amo se haya dispertado todavía

DOÑA MATILDE.

¿Qué sabes tú?

BRUNO.

Porque nunca se despierta antes de las nueve, y porque....

DON EDUARDO.

Quizá valga más entonces que yo vuelva un poco más tarde.

DOÑA MATILDE.

No, no; ¿á qué prolongar nuestra agonía? Anda, Brunito, anda, si es que mi felicidad te interesa.

BRUNO.

Bueno, iré; pero lo mismo me ha dicho usted en otras ocasiones, y luego la tal felicidad se vuelva agua de borrajas.

DOÑA MATILDE.

¡Bruno!

BRUNO.

Iré, iré, no hay que atufarse por eso.

ESCENA III.

DOÑA MATILDE Y DON EDUARDO.

DOÑA MATILDE.

¡Estos criados antiguos, que nos han visto nacer, se toman siempre unas libertades!....

DON EDUARDO.

En justo pago de las cometas que nos han hecho, ó de las muñecas que nos han arrullado. Y este me parece además muy buen sujeto.

DOÑA MATILDE.

¡Oh, muy bueno!.... ¡Si viera usted la ley que nos tiene.... y lo que le queremos todos! ¡Pobre Bruno! Cuando estuvo el invierno pasado tan malo, ni un instante me separé yo de la cabecera de su cama

DON EDUARDO.

Con qué gusto oigo á usted eso, ¡Matilde mía!

DOÑA MATILDE.

Nada tiene de particular; sin embargo, una cosa es que sus vejeces me desesperen tal cual vez, y otra cosa es que.... ¡Ay Dios, y qué temblor me ha dado!

DON EDUARDO.

¿Está usted sin almorzar?

DOÑA MATILDE.

Por supuesto

DON EDUARDO.

Entonces es algún frío que ha cogido el estómago, y....

DOÑA MATILDE.

Entonces también temblaría usted, porque es bien seguro que tampoco habrá usted tomado nada.

DON EDUARDO.

Sí por cierto; he tomado, según mi costumbre, una jícara de chocolate, con sus correspondientes bollos y pan de Mallorca.

DOÑA MATILDE.

¡Chocolate y pan de Mallorca en un día como éste!

DON EDUARDO.

¿Es requisito acaso el pedir la novia en ayunas?(*Sonriéndose.*)

DOÑA MATILDE.

No; ciertamente que no.... con todo hay oca-

siones en que uno debe estar tan absorbido, que necesariamente olvida cosas tan vulgares como el almorzar y el comer. A lo menos yo hablo por mí, y puedo asegurar á usted que ni siquiera ha pasado esto mañana por mi cabeza el que había cacao en Caracas.

DON EDUARDO.

Así se ha llenado usted de flato.

DOÑA MATILDE.

¡De flato! Vaya que viene usted hoy muy poco fino.

DON EDUARDO.

Pero hija, ¿no puede usted tener flato?

DOÑA MATILDE.

No señor; no puedo tener flato. A mi edad, con mi sensibilidad, y en las circunstancias terribles en que me hallo, no se tiene nunca flato; y si una tiembla es de inquietud, de zozobra, de miedo. Ay, Eduardo, está usted demasiado tranquilo!

DON EDUARDO.

No veo el por que había yo de estar fuera de mí cuando me lisonjeo con la esperanza de que su padre de usted, que es íntimo amigo de mi tío, me concederá esa linda mano, en cuya posesión se cifra toda mi felicidad.

DOÑA MATILDE.

¿Y si se la niega á usted?

DON EDUARDO.

Si usted hubiera permitido alguna vez que la

informara de mi posición, de mi familia, como en varias ocasiones lo he intentado en balde, comprendería usted ahora si tengo ó no motivo para no temer el éxito de mi negociación; pero nunca me ha dejado usted hablar en esta materia, no sé por que, y así....

DOÑA MATILDE.

Porque ni entonces quise, ni ahora quiero oír hablar de intereses ni parentescos. Eso queda bueno cuando se trata de esos monstruosos enlaces que se ven por ahí, en donde todo se ajusta como libra de peras, y en donde se quiere averiguar antes si habrá luego que comer, ó si habrá con que educar los hijos que vendrán, ó que quizá no vendrán. ¿Y yo había de pensar en eso? No, Eduardo, no; yo le quiero á usted, más que á mi vida, pero sólo por usted, creame usted, por usted solo.

DON EDUARDO.

¡Matilde mía!

ESCENA IV.

BRUNO Y DICHOS.

BRUNO.

¡Vaya que estaba su papá de usted como un tronco de dormido!

DOÑA MATILDE

¿Y qué ha respondido?

BRUNO.

Ni oste ni moste: oyó mi relación, se sonrió y echó mano á los calzoncillos.

DON EDUARDO.

¿Se sonrió?

BRUNO.

¡Pues! como quien dice "ya sé lo que es."

DOÑA MATILDE.

Dios sabe además lo que tú le dirías.

BRUNO.

Esta es otra que bien baila: le dije sólo que usted me había mandado le anunciase que el Sr. D. Eduardo....

DOÑA MATILDE.

¿Ves como al fin habías de hacer alguna de las tuyas?

BRUNO.

¿Conque usted no me mandó?

DOÑA MATILDE.

Sí; pero ni había necesidad de decir que era yo la que te enviaba, ni de añadir, como sin duda habrás añadido, que había hablado antes ó me quedaba hablando con este caballero.

BRUNO.

Ya se ve, que le dije también entrambas cosas: y ¿qué mal hubo en ello?

DOÑA MATILDE.

Que ya papá no se sorprenderá, y que la escena pierde por lo mismo una gran parte de su efecto.

BRUNO.

Ande usted, señorita, que desde aquí á la hora de la *cena*, muchos *fetos* puede haber todavía.

DOÑA MATILDE.

¡Jesús qué hombre!

DON EDUARDO.

En cuanto á mí, le protesto á usted, Matilde, que me alegro mucho de que Bruno haya en cierto modo preparado á su papá de usted para lo que voy á decirle; porque ahora tendré menos cortedad, y podré desde luego entrar en materia.

DOÑA MATILDE.

Bueno... Si á usted le parece así, mejor....

BRUNO.

Ya siento al señor en la escalera.

DOÑA MATILDE.

¡Ay Dios.... qué susto!.... ¡No sé lo que por mí pasa!.... ¿Me he puesto muy pálida? Me voy, me voy á mi cuarto.... á suspirar.... á llorar.... á ponerme un vestido blanco.... Ven tú también Bruno.... y el pelo á la Malibrán.... ¡Oh, y qué crisis!.... Allí esperaré á que mi padre me llame.... ¡La crisis de mi vida!.... porque siempre me llama en tales casos.... ánimo Eduardo.... valor.... resignación.... si habrá planchado anoche la Juana mi collereta á la María Estuardo.... sobre todo confianza en mi eterno cariño. (*Vase, llevándose tras sí á Bruno.*)

BRUNO.

Señorita, señorita, que me desgarra usted la solapa.

ESCENA V.

DON EDUARDO *y luego* DON PEDRO.

DON EDUARDO.

¡Muchacha encantadora! Es lástima por cierto que haya leído tanta novela, porque su corazón....

DON PEDRO.

Buenos días, Sr. D. Eduardo, muy buenos días ¡y qué temprano tenemos el gusto de ver á usted en esta su casa!

DON EDUARDO.

En efecto, Sr. D. Pedro, la hora es bastante inoportuna, y bien sabe Dios que no sé como disculparme con usted.

DON PEDRO.

¿De qué, amigo mío?

DON EDUARDO.

Por una visita realmente demasiado matutina é inesperada.

DON PEDRO.

¿Y quién le dice á usted que yo no esperaba esta misma visita?

DON EDUARDO.

¿Qué me e

DON PEDRO.

Hoy precisamente, no; pero sí en una de estas mañanas, porque ya había yo notado ciertos síntomas.... ya se ve, á ustedes los enamorados se les figura que un padre cuando juega en un rincón al tresillo, ó que una madre cuando está más enfrascada en la letanía de las imperfecciones de su cocinera, no piensa en otra cosa sino en el codillo que le dieron, ó en las almondiguillas que se quemaron, y de consiguiente que no notan las ojeadas de ustedes, ni oyen los suspiros, ni se enteran de las peloteras.... pues, no señor, están ustedes muy equivocados; ni el padre ni la madre pierden ripio de cuanto va pasando....

DON EDUARDO.

Nada más natural, ciertamente.

DON PEDRO.

Y llevan también libro de entradas y salidas como si hubieran sido toda su vida horteras.

DON EDUARDO.

Así, Sr. D. Pedro, usted habrá ya observado....

DON PEDRO.

Sí, señor, ya sé que usted está muy prendado de mi Matilde.

DON EDUARDO.

Entonces adivinará usted también que el objeto de mi visita es....

DON PEDRO.

El de pedirme su mano. ¿No es ése?

DON EDUARDO.

Ese mismo; y si fuera yo tan dichoso que reuniera á los ojos de usted aquellas circunstancias....

DON PEDRO.

Muchas reune usted, por vida mia, Sr. D. Eduardo; nacimiento ilustre, mayorazgo crecido, educación, talento, moralidad....

DON EDUARDO.

Usted me confunde, Sr. D. Pedro.

DON PEDRO.

Y el ser sobre todo sobrino y heredero de mi mejor amigo.... de ahí, que yerno más á mi gusto sería muy difícil que se me presentase.

DON EDUARDO.

¿Entonces puedo esperar?....

DON PEDRO.

Pero mi hija es la que se casa, yo no; ella es pues, la que ha de juzgar si usted....

DON EDUARDO.

¡Oh, Sr. D. Pedro, y qué feliz soy! La amable, la hermosa Matilde, me corresponde, no lo dude usted, y está en el secreto, y....

DON PEDRO.

Tanto mejor, amigo mío, y ahora vamos á verlo, porque, con el permiso de usted, la haré llamar, en presencia de usted consultaremos su gusto y su voluntad.

DON EDUARDO.

No deseo otra cosa, y cuanto más pronto....

DON PEDRO.

Ahora mismo.... ¿Bruno? Que ella venga y se explique, y si dice que sí, entonces.... ¿Bruno?

BRUNO.

Mande usted. (*Desde adentro.*)

DON PEDRO.

Porque si dice que no.... ya ve usted.... un buen padre no debe nunca violentar la inclinación de sus hijos.

DON EDUARDO.

Repito á usted que ella misma....

ESCENA VI.

BRUNO Y DICHOS.

BRUNO.

¿Llama usted?

DON PEDRO.

Sí: ¿dónde está la niña?

BRUNO.

En su cuarto.... representando, á lo que parece, algún paso de comedia.

DON PEDRO.

¿Qué entiendes tú de eso?.... díla que venga.

BRUNO.

O de tragedia, ¿qué me sé yo?.... ello es que se la oye hablar alto.... que está sola.... y que á no haber perdido la chabeta.... (*Yéndose.*)

ESCENA VII.

DON PEDRO Y DON EDUARDO.

DON PEDRO.

Pues, y como le iba á usted diciendo, Sr. D. Eduardo, yo soy demasiado buen padre para pretender.... luego, ya voy á viejo, estoy viudo, no tengo más que esta hija.... á la que quiero como á las niñas de mis ojos.... no soy además amigo de lloros ni triztezas dentro de casa, y en suma...

DON EDUARDO.

Sí tiene usted en todo mil razones.

DON PEDRO.

Y en suma, ella hará lo que quiera, como lo hace siempre; aunque eso no quita el que la chica sea muy dócil, y muy bien criada, y muy temerosa de Dios....

DON EDUARDO.

¡Y es tan bonita!

DON PEDRO.

Y el que es muy buena hija, y será muy buena mujer propia.

DON EDUARDO.

Oh, excelente, excelente.

DON PEDRO.

Y si llega á ser madre....

DON EDUARDO.

Por supuesto, ¿no quiere u ted que llegue?

DON PEDRO.

Tendrá hijos á su vez, y será también muy buena madre, no lo dude usted, Sr. D. Eduardo....

DON EDUARDO.

¡Qué he de dudar yo eso Sr. D. Pedro! ¡Poco enamorado estoy á fe mia para dudar ahora de nada!

DON PEDRO.

Es que no crea usted que es el primero á quien yo le digo todo esto, no señor, y otro tanto, sin quitar ni poner, le dije á mi sobrino Tiburcio hará ahora unos cuatro meses, cuando se quiso casar con su prima.

DON EDUARDO.

Que fué sin duda la que se opuso al enlace, ¿eh?

DON PEDRO.

¡Quién había de ser! Y por más señas, que aunque no estuvo el tal enlace tan adelantado como el que seis meses antes tuvimos entre manos, lo estuvo sin embargo lo bastante para dar después mucho qué hablar á la gente ociosa.

DON EDUARDO.

¿Y dice usted que hubo otro seis meses antes que lo estuvo más?

DON PEDRO.

Cien veces más, con el vizconde del Relámpago, un caballero andaluz, maestrante de la de Ronda.... con no sé cuantos millares de pinares, peujares y lagares.... hombre muy bien nacido, y que yo....

ESCENA VIII.

DOÑA MATILDE Y DICHOS.

DON PEDRO.

Ven, hija mía, y nos dirás si....

DOÑA MATILDE.

¡Ah! Padre mío, y qué criminal debo de aparecer á los ojos de usted; ya sé que debía consultarle antes de comprometerme; ya sé que debía después....

DON PEDRO.

Cierto, muy cierto, mas ahora....

DOÑA MATILDE.

Haber seguido humilde los consejos de su experiencia, de su cariño: ¡pero ay! que no pude, porque arrastrada por una pasión irresistible....

DON PEDRO.

Si no es eso....

DOÑA MATILDE.

Que como una erupción volcánica....

DON EDUARDO.

Pero Matilde, si su papá de usted....

DOÑA MATILDE.

Calle usted; no me distraiga ... se apoderó de mi pobre corazón, que estaba indefenso.... que no había hasta entonces amado....

DON PEDRO.

Si me dejarás meter baza....

DOÑA MATILDE.

Con todo, padre mío, no crea usted que trato de rebelarme contra su autoridad, y si el hombre de mi elección no mereciese, como me temo, el sufragio de usted....

DON EDUARDO.

Dígole á usted que....

DOÑA MATILDE.

Entonces.... no seré nunca de otro.... eso no.... pero gemiré en silencio sin ser suya, ó iré á sepultarme en las lobregueces del claustro.

DON PEDRO.

¡Tú quedarte soltera! ¡Jesús que desatino! Primero te casaría con un bajá de tres colas, cuanto más que el Sr. D. Eduardo es muy buen partido por todos títulos....

DOÑA MATILDE.

¿Qué dice usted?

DON PEDRO.

De familia muy noble....

DOÑA MATILDE.

Eso para mí es tan indiferente como el que fuera inclusero.

DON EDUARDO. (*Aparte.*)

Para mí no.

DON PEDRO.

Y que será muy rico cuando herede á su tío....

DOÑA MATILDE. (*Aparte.*)

¡Será rico! ¡Qué lástima!

DON PEDRO.

De quien supongo que heredará también el título que aquel tiene de alguacil mayor de....

DOÑA MATILDE. (*Aparte*)

¡Alguacil mayor! ¡elegante título por vida mía!

DON EDUARDO.

¡Sí señor, si es de mayorazgo!

DOÑA MATILDE. (*Aparte*)

¡También mayorazgo!

DON PEDRO.

Así, hija mía, puedes tanquilizarte, porque elección más juiciosa, más á gusto mío, más á gusto de todos....

DOÑA MATILDE. (*Aparte.*)

¡Lo que engañan las apariencias!

DON PEDRO.

Vamos, era imposible hacerla mejor.... y ya

verá lo que se alegra tu tía Sinforosa, y las primas Velasco, y tu padrino el Señor Deán, y....

DOÑA MATILDE. (*Aparte.*)

¡Y todo el género humano; y sólo porque es rico! Gente sórdida!

DON EDUARDO.

¡Ah! ¡Sr. D. Pedro, tanta bondad! Cómo podré yo pagar nunca....

DON PEDRO.

Haciéndola feliz, Sr. D. Eduardo.

DON EDUARDO.

¡Lo será! ¿Cómo quiere usted que no lo sea? Adorada por su marido, mimada por sus parientes, respetada por sus amigos, pudiendo disfrutar de todo, sobrándole todo....

DOÑA MATILDE. (*Aparte.*)

¡Y eso se llama ser feliz!

DON EDUARDO.

¿Pero qué tiene usted, Matilde mía? ¿Por qué se ha quedado usted tan callada?

DON PEDRO.

La misma alegría que la habrá sobrecogido.... ¿No es eso, hija?

DOÑA MATILDE.

Pues.... en efecto.... y también ciertas reflexiones.... ya ve usted, la cosa es muy seria.... se trata de un lazo indisoluble, de la dicha ó de la desgracia de toda la vida....

DON PEDRO.

Como ya obtuviste mi consentimiento, que era lo que te tenía con cuidado....

DON EDUARDO.

Y queriéndonos tanto como nos queremos....

DOÑA MATILDE.

No digo que no.... y yo agradezco á usted infinito el que me quiera.... ciertamente es una preferencia que me debe lisonjear mucho, y que.... sin embargo, esto de casarse no es jugar á la gallina ciega, y no es extraño que yo me arredre y titubee, y....

DON EDUARDO.

Bien sabe Dios, Matilde, que no entiendo....

DON PEDRO.

Vaya, vaya, esos escrúpulos se quitan con señalar un día de esta semana para que se tomen los dichos.

DOÑA MATILDE.

Perdone usted, padre mio; yo no puedo en la agitación en que estoy ni decidir ni consentir en nada.... quédese la cosa así.... yo lo pensaré.... yo me consultaré á mí misma.... no digo por esto que este caballero deba perder toda esperanza.... no tal.... aunque por otra parte.... en fin, dentro de tres ó cuatro días saldremos de una vez de este estado de incertidumbre....entre tanto permítanme ustedes que me retire.... y.... beso á usted la mano.... (*Aparte.*) ¡Mujer de un alguacil mayor! ¡No faltaba más!

ESCENA IX.

DON PEDRO Y DON EDUARDO.

DON EDUARDO.

¡No sé lo que pasa por mí!

DON PEDRO.

A la verdad que yo no me esperaba tampoco.... la niña, como le dije á usted, es muy dócil, eso es otra cosa, y muy bien criada, pero....

DON EDUARDO.

Pero señor, por la Virgen Santísima, si ella apenas hace un cuarto de hora....

DON PEDRO.

Se lo parecería á usted quizá, Sr. D. Eduardo, porque como ella es tan afable.... quién sabe también si usted interpretaría....

DON EDUARDO.

Eso es lo mismo que decirme que soy un fatuo, presuntuoso, que....

DON PEDRO.

No señor; cómo había yo de decirle á usted eso en sus barbas, sino que á veces los amantes.... vea usted, ni mi sobrino Tiburcio, ni el marqués del Relámpago eran fatuos ni presuntuosos, y también se imaginaron que Matilde....

DON EDUARDO.

Ya, pero ellos no oirían, como yo oí de sus pre-

píos labios.... vaya.... lo mismo me he quedado que si me hubiera caído un rayo.

DON PEDRO.

Así se quedó cabalmeute el marqués del Relámpago cuando....

DON EDUARDO.

Y le juro á usted que si no la quisiera tan sinceramente....

DON PEDRO.

Además, no está todo perdido.... ella no ha dicho todavía que no, Sr. D. Eduardo.

DON EDUARDO.

Pero tampoco ha dicho que sí, Sr. D. Pedro.

DON PEDRO.

Es verdad, no lo ha dicho; mas quizá lo diga.... tenga usted paciencia.... tres ó cuatro días se pasan en un abrir y cerrar de ojos.... y.... conque, Sr. D, Eduardo, á la disposición de usted.... bueuo será que yo vaya á ver lo que hace la chica; y no dude usted que si puede influir....

DON EDUARDO.

Quede usted con Dios, Sr. D. Pedro, y mil gracias de todos modos.

DON PEDRO.

No hay de qué, amigo mio, no hay de qué .... (*Vdse.*)

DON EDUARDO.

Ya sé yo que no hay mucho de qué.... ¡Caramba y qué chasco! Lo peor es que conozco que estoy enamorado de veras. ¡Ah, Matilde!.... y quién pudiera presumir.... en fin ¡paciencia!.... y esperaré á estar más de sangre fría para determinar lo que me queda que hacer.... ¡Ah, Matilde, Matilde!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON PEDRO Y BRUNO.

BRUNO.

Aquí tiene usted una carta del Sr. D. Eduardo.

DON PEDRO.

Bueno. Déjala aquí.

BRUNO.

¡Qué! ¿No la lee usted?

DON PEDRO.

¿Para qué? Si ya sé, poco msá ó menos, lo que dirá.... que las.... lamentaciones.... como si uno pudiera remediar el que Matilde no le haya querido al cabo.

BRUNO.

Y vea usted, cualquiera hubiera dicho al principio que....

DON PEDRO.

También me lo creí yo.... y sólo cuando ella me hizo escribirle ayer aquella carta que tú le llevastes, fué cuando acabé de desengañarme.

BRUNO.

Valiente trabucazo fué la tal carta.

DON PEDRO.

¿Qué había de hacer?.... Decirle la verdad... que mi hija no se quería ya casar con él, y que yo lo sentía mucho.... porque en efecto me pesa de ello por mil y quinientas razones.... ya ves tú.... ¿qué dirá su tío?.... y luego.... no se encuentra así como quiera un partido tan ventajoso.

BRUNO.

Pero señor, ¡qué péro le puede poner la señorita á D. Eduardo! El es lindo mozo.... muy afable....

DON PEDRO.

Y muy callado.

BRUNO.

Y siempre que entraba ó salía me apretaba la mano.

DON PEDRO.

Y nunca me hablaba de dote.

BRUNO.

Como que es un caballero.

DON PEDRO.

¡Oh! Todo un caballero.

BRUNO.

¡Si las muchachas hoy día no saben lo que quieren!

DON PEDRO.

Ni quieren tampoco.

BRUNO.

No, lo que es querer.... con perdón de usted.... lo mismo que las de antaño.... sino que se las figura allá yo no sé que cosas del otro jueves, y.... y con nada se satisfacen.

DON PEDRO.

Quise indicar que no tienen al parecer tanta gana de casarse como tenían las de nuestros tiempos.

BRUNO.

Yo diré á usted, las nuestras pasaban sus días y sus noches haciendo calceta.... lo que no pide atención.... y podían pensar entre tanto en el novio y en la casa.... y.... pero las de ahora, como todas leen la Gaceta y saben donde está Pekín, ¿qué sucede? que se les va el tiempo en averiguar lo que no les importa.... y ni cuidan de casarse, ni saben como se espuma el puchero.

DON PEDRO.

Tienes mucha razón, Bruno, mucha.... aquellas eran otras mujeres.

BRUNO

Y éstas no son aquellas, Sr. D. Pedro.

DON PEDRO.

También es verdad.... en fin.... ¿cómo ha de ser? La cosa ya no tiene remedio.... así....

BRUNO.

Así, yo me vuelvo á mi antesala.... á darle sus garbanzos á la cotorrita.... que si me gusta por algo es porque de todas las del barrio es la única que no picotea el gabacho.

ESCENA II.

DON PEDRO.

(*Se sienta junto á la mesa, tomando la carta.*)

¡Pobre D. Eduardo!.... ¿Quizá pida respuesta? ¡Qué disparate! Lo que pedirá será lo que yo no le puedo otorgar.... que hable á Matilde.... que me empeñe.... que la oblige.... cosas imposibles.... ¿dónde habré puesto las antiparras? cosas que no pueden hacerse sin ruidos.... ya las encontré.... veamos sin embargo. (*Lee*) «Sr. D. Pedro de Lara, &c. &c. Nada de lo que usted me escribe me ha sorprendido, y yo ya estaba preparado para semejante fallo....» Más vale así, porque unas calabazas ex-abrupto son difíciles de digerir.... «lo que sí me ha llenado de satisfacaión y de gratitud hacia ustsd son las finas expresiones con que se sirve manifestarme lo que siente este desenlace....» Como que le decía que hubiera dado un ojo de la cara por poder anunciarle un re-

sultado favorable.... no podía estar más expresivo.... «y siendo aquellas, en mi concepto, sinceras, me animan por lo mismo á solicitar de usted un favor....» Ya pareció el peine.... «un favor de que va á depender la felicidad de toda mi vida....» ¡Si conoceré yo á mi gente! «la felicidad, quizá de su propia hija de usted, y es que cuando me presente otra vez en su casa me reciba usted lo peor....« ¿Qué ha puesto aquí este hombre?.... «lo peor que le sea posible» ¡Peor dice, y bien claro! «lo peor que le sea posible, esto es, que me trate desde hoy con el mayor despego, que murmure de mí en mi ausencia, que se burle sin rebozo de mi familia y circunstancias, que me calumnie, si fuese necesario, y finalmente....» ¡Vaya, está visto, hay que atarlo....«y finalmente, si Matilde algún dia cediere á mis votos, y consintiere en recompensar con el don de su mano tanta constancia y cariño, que nsted nos niegue entonces y después su licencia, por más que ella lo solicite, y por más que usted mismo lo apetezca, hasta tanto que yo se la pida á usted en papel sellado.» ¡Repito que se le fué la chabeta!.... «Si usted accede, pues, á mi súplica, y me promete, bajo su palabra de honor, hacer bien su papel, y no confiar el secreto á nadie, en este caso nada me quedará que desear, y estoy seguro que muy pronto se podrá firmar su obediente hijo el que ahora sólo se dice de usted atento y seguro servidor: Eduardo de Contreras.» Si comprendo una jota de toda esta geringonza.... «Posdata.» ¿Todavía le

quedaron más disparates en el buche?.... «Ya le explicaré á usted mi proyecto cuando pueda hacerlo á solas y sin dar que sospechar: entre tanto me urge el saber si usted me concede lo que tanto anhelo, y para ello iré dentro de una hora á su casa, y le haré entrar recado por Bruno de que deseo hablarle; usted entonces hágame decir secamente por el mismo que no me quiere recibir, y yo entonces interpretaré esta repulsa á mi favor. Por Dios Sr. D. Pedro, que no logre yo él ver á usted....» ¡Ah con que es un proyecto!.... que luego me explicará.... y á fe que buena falta me hace... y yo entre tanto sólo tengo que hacer... poco.... muy poco es lo que tengo que hacer; no recibirle, encerrarme en mi cuarto para mayor seguridad.... la cosa uo es difícil .... pero, y si tropiezo con él antes de que pueda ponerme al corriente.... entonces.... no le miraré á la cara, ahuecaré la voz.... y le volveré pronto las espaldas.... tampoco esto es muy difícil.... con todo no sé yo si podré.... y por otra parte me parece tan extravagante.....

ESCENA III.

BRUNO Y DON PEDRO.

BRUNO.

El Sr. D. Eduardo desea con mucho ahinco hablar con usted.

DON PEDRO. (*Aparte.*)

¡Jesús! Tan pronto....

BRUNO.

Dice que es materia muy grave....

DON PEDRO. (*Aparte.*)

¡Qué compromiso!

BRUNO.

Y que despachará en un santiamén.

DON PEDRO. (*Aparte.*)

¡Pero cómo puedo yo negarle un favor tan barato!

BRUNO.

Yo le he asegurado que usted tendría mucho gusto en recibirle.

DON PEDRO.

Has hecho muy mal.

BRUNO.

¡Como usted le estima tanto!

DON PEDRO.

¿Quién te ha dicho eso?

BRUNO.

Usted mismo no hace un credo; por más señas que....

DON PEDRO.

Qué señas ni qué berenjenas.... siempre has de meterte en camisa de once varas.

BRUNO.

Ya las quisiera yo de tres y media.

DON PEDRO. (*Aparte.*)

¿Pero yo qué arriesgo en darle gusto?

BRUNO.

¿Conque, por fin, qué le digo?

DON PEDRO.

Dile que.... que no le quiero recibir.... anda.

BRUNO.

Bueno.... le diré que había usted salido por la puerta falsa, y que....

DON PEDRO.

No, no; que estoy en casa, y que no le quiero recibir.

BRUNO.

Ya estoy, que siente usted mucho no poderle recibir, porque....

DON PEDRO.

¡Habrá mentecato igual con sus malditos cumplidos!.... No que no puedo, sino que no quiero recibirle, que no quiero: sin preámbulos ni sentimientos, ni.... ¿lo entiendes ahora?

BRUNO.

Pero eso no se le dice á nadie en sus bigotes.

DON PEDRO.

Pues tú se lo vas á decir en los suyos.... ¡y cuidado que no se lo digas!.... que no quiero recibirle, ni más ni menos ... (*Aparte.*) No dudará ahora de mi amistad. (*Vase.*)

ESCENA IV.

BRUNO, *y luego* DON EDUARDO.

BRUNO.

¡Qué mosca le habrá picado! Jamás le ví tan fosco.... la carta traeria sin duda alguna pimienta y.... pero esto no quita que yo trate de dorar la píldora.... no sea también que se enfade y que yo vaya á pagar lo que no debo.

DON EDUARDO.

¡Lo que tarda este Bruno! (*A la puerta.*) Ya me alta ia paciencia.... aquí esta solo.... ¡Dios mío, si no se lo habrá dicho todavía!

BRUNO.

Nadie puede responder de un primer pronto, y....

DON EDUARDO.

Bruno, le dijo ya usted á su amo....(*Entrando.*)

BRUNO.

Perdone usted, señor don Eduardo, si no he vuelto tan luego como.... me entretuve aquí en....

DON EDUARDO.

No importa, no importa; y ¿qué ha contestado su amo de usted?

BRUNO.

Ya ve usted.... el amo puede salir por la puerta trasera sin que nosotros lo sintamos....

DON EDUARDO.

¡Había salido!.... Y bien esperaré á que vuelva; ¡cómo ha de ser!.... *(Se sienta.)*

BRUNO.

No digo que haya salido, sino que....

DON EDUARDO.

¿No me quiere recibir? Acabe usted. *(Se levanta)*

BRUNO.

A veces, con la mejor voluntad del mundo, hay momentos tan ocupados en que no se puede ...

DON EDUARDO.

En que no se quiere recibir, ¿querrá usted decir?

BRUNO.

En que no se puede....

DON EDUARDO.

En que no se quiere.... ¿á qué andar con rodeos?

BRUNO. *(Aparte.)*

¡También es empeño el de los dos!

DON EDUARDO.

Vaya.... ¿no es cierto que D. Pedre no quiere recibirme?

BRUNO. *(Aparte.)*

Estoy por cantar de plano.

DON EDUARDO.

Ea, no tenga usted empacho.... ¿no es cierto?....

BRUNO.

Cierto.. ya que usted exige absolutamente....

DON EDUARDO.

¡Oh! ¡Qué fortuna!

BRUNO.

¡Fortuna!

DON EDUARDO.

La de no morirme aquí de repente al oir semejante desengaño.

BRUNO. (*Aparte*)

¡Qué lástima me da!

DON EDUARDO.

¿Y D. Pedro, por supuesto se serviria de palabras agrias y malsonantes?

BRUNO.

Oh no señor: el amo es incapaz de....

DON EDUARDO.

Pero al menos se expresaría.... así.... con cierta sequedad.... ¿eh?

BRUNO.

Oiga usted, no necesita uno humedecerse mucho, la boca para decir "no quiero."

DON EDUARDO.

¡Y bien, tanto mejor!

BRUNO.

Si es á gusto de usted....

DON EDUARDO.

Porque es bien claro que lo que más importa á un desgraciado es llegar á serlo tanto, que ya no pueda serlo más.

BRUNO.

¿Eso llama usted claro?

DON EDUARDO.

¿No ve usted que así se pierde toda esperanza y toma uno al cabo su partido?

BRUNO.

Cuando hay partido que tomar, no digo que no.

DON EDUARDO.

Ahora quisiera yo que usted, mi querido Bruno....

BRUNO. (*Aparte.*)

¡Su querido Bruno!....

DON EDUARDO.

Me concediera una gracia que le voy á pedir y que será probablemente la última que le pediré en mi vida.

BRUNO.

Si está en mi arbitrio....

DON EDUARDO.

Lo está, y consiste sólo en que usted me proporcione una conferencia de dos minutos con su señorita.

BRUNO.

Pero ¿cómo quiere usted que yo?....

DON EDUARDO.

Aquí mismo, en presencia de usted.... dos minutos tan sólo.

BRUNO.

¡Así podré oir!

DON EDUARDO.

Cuanto hablemos.... que yo no soy partidario de misterios ni de cosas irregulares.... lo único que solicito es ver todavía otra vez á doña Matilde.... y probarla con sólo tres palabras que yo no ero enteramente indigno del tesoro que codiciaba.

BRUNO.

¿Quién puede dudarlo?.... y muy digno que era usted. Con todo, ¿yo qué puedo hacer? decírselo cuando más á la señorita.... pero si ella sale con lo que su padre.... entonces....

DON EDUARDO.

Entonces, tendremos los dos paciencia....y no la volveré á importunar más.

BRUNÓ.

Siendo así, voy, pues, y Dios haga que no la coja de mal talante. (*Váse.*)

ESCENA V.

DON EDUARDO *y luego* BRUNO.

DON EDUARDO.

Qué miedo tenía que D. Pedro no quisiera pres-

tarme á mi proyecto sin saber antes.... y también que el buen Bruno.... pero hasta aquí todo va viento en popa, ahora sólo falta el que Matilde venga, y me dé ocasión para entablar la comedia.... porque sino consigo hablarla, entonces no sé cómo podré....

BRUNO.

Pues.... lo mismo que su padre. *(Entrando.)*

DON EDUARDO.

¡Malo!

BRUNO.

Me echó con cajas destempladas, y....

DON EDUARDO.

¿Tampoco quiere verme?

BRUNO.

Tampoco.

DON EDUARDO. *(Aparte.)*

Voto vá.... ¿Qué haré? si tuviera papel y tintero.... quizá cuatro renglones.... bien torcidos, como si me temblara mucho el pulso.... y cuatro expresiones bien campanudas.... bien misteriosas....

BRUNO.

Dijo que nada tenía que añadir ni quitar á lo que la carta rezaba....

DON EDUARDO.

Allí creo hay uno y otro, *(Se dirige á la mesa).*

BRUNO.

Y que de consiguiente era iuútil que ustedes se hablasen.

DON EDUARDO.

En efecto, aquí hay papel.... (*Sentándose y escribiendo.*) y también pluma.... escribamos. «Matilde ....» sin adjetivo; cuando uno está muy agitado deben dejarse los adjetivos en el tintero.

BRUNO

¿Qué escribirá?

DON EDUARDO.

«¡¡Matilde!!» Dos signos de admiración.... «no tema usted que la importune, no....« Este segundo no vale un Perú. «Ya sé que las condenas de amor no admiten apelación, y que no es culpa de usted el que yo no haya sabido agradarla;» Punto y coma.... «pero al menos que la vea yo á usted hoy, que la vea á usted siquiera otra vez, antes que nos separe para siempre el océano....» ¡No vaya á parecerla todavía poco el océano!.... «el océano ó la eternidad....» Ahora sí que hay tierra de por medio.... nada de firma.... ni de sobre.... Bruno, entre usted este papel á Dª Matilde.

BRUNO.

Sí.

DON EDUARDO.

Entrele usted por la Virgen.

BRUNO.

Cuando....

DON EDUARDO.

Mire usted que me va la vida.

BRUNO.

¡Santa Margarita! (*Entra precipitadamente.*)

ESCENA VI.

DON EDUARDO *y luego* DOÑA MATILDE *y* BRUNO.

DON EDUARDO.

Si esto no la ablanda, digo que es de piedra berroqueña.... ¡Pobre de mí, y á lo que me veo obligado para obtener á Matilde!.... ¡á engañarla, á fingir un carácter tan opuesto al mío!.... ¡Oh! si yo no estuviera tan convencido como lo estoy de que Matilde me prefiere á pesar de pesares.... y que me deberá su futuro bienestar.... jamás apelaría.... ¡pero ella es!.... Pongámonos en guardía. (*Se sienta como absorbido en una profunda meditación.*)

BRUNO.

Allí le tiene usted hecho una estatua. (*A doña Matilde.*)

DOÑA MATILDE.

No nos ha sentido.... y en efecto, le encuentro muy desmejorado.... retírate un poco.... no no tan lejos.

BRUNO.

¿Si se habrá dormido?

DOÑA MATILDE.

He consentido, caballero.... (*Aparte.*) no me oye.

DON EDUARDO.

¡Ay!

DOÑA MATILDE.

¿Suspira? (*A Bruno.*)

BRUNO.

Ya lo creo.... y de mi alma. (*A doña Matilde.*)

DOÑA MATILDE.

He consentido, Sr. D. Eduardo.... (*Acercándose.*)

DON EDUARDO.

¿Quién?.... ¡Ah! Perdone usted, Matilde, si absorbido en mis tristes meditaciones.... perdone usted.... la desgracia hace injusto al mísero á quien agobía.... y yo ya me había rendido al desaliento, persuadido á que usted persistiría en su cruel negativa.

DOÑA MATILDE.

Quizá hubiera sido más prudente; porque.... ya ve usted, antes de tomar un partido irrevocable he debido pesar todas las circunstancias, y.... no soy ninguna niña de quince años.

BRUNO.

Como que tiene usted ya sus diez y siete.

DOÑA MATILDE.

Diez y ocho son los que tengo, si vamos á eso.

BRUNO.

Diez y siete.

DOÑA MATILDE.

Diez y ocho. ¡Habrá pesado igual!

BRUNO.

Pero hija, si nació usted el día de los innumerables mártires de Zaragoza, que cayó en Viernes en el mes pasado, y entonces hizo usted los diez y siete.

DOÑA MATILDE.

Bueno, diez y siete; y lo que va desde entonces acá. ¿no lo cuentas? Si sabré yo que tengo diez y ocho años.

DON EDUARDO:

¡Indudablemente! Diez y ocho años tiene usted, y más bien más que ménos, edad, por mi desgracia, en que ya se calcula y se tiene la experiencia necesaria para conocer lo que se quiere y lo que conviene. Por eso, Matilde, no tema usted que la importune con mis súplicas, ni la entristezca con el relato de mis padecimientos.... no por cierto.... ¿de qué serviria? Usted ha hecho lo que ha debido.... cerciorarse primero de que no me amaba, y quitarme luego de una vez toda esperanza.... nada más natural, ni más de agradecer.... otro más afortunado que yo habrá quizá obtenido....

DOÑA MATILDE.

Oh, no, por lo que es eso, puede estar usted bien satisfecho... ni siquiera me he vuetlo á acordar de que hay hombres en este mundo, desde ayer que creí necesario el desengañar á usted.

DON EDUÁRDO.

Siempre es ése un consuelo.... aunque por otra parte, si usted podía ser dichosa con otro hombre, ¿por qué no me había de alegrar? ¡Ah! Matilde, su felicidad de usted es la única idea que me ha preocupado siempre, y si algún día, en medio de los países remotos en que voy á arrastrar mi mísera existencia, me llegara por acaso la noticia....

DOÑA MATILDE.

¡Qué! ¿Se va usted tan lejos?

DON EDUARDO.

¡Oh! Sí muy lejos.

DOÑA MATILDE.

Arrima unas sillas, Bruno.... ¿Y dónde? Esto es, si usted no tiene interés en callarlo.

DON EDUARDO.

Apenas lo sé yo todavía.... cualquiera país me es indiferente con tal que sea bien agreste y selvático.

BRUNO. *(Aparte.)*

¿Si se irá á Sacedón?

DON EDUARDO.

He titubeado algún tiempo entre Californias y la Nueva Holanda; pero al cabo puede ser que me decida por la isla de Francia.

DOÑA MATILDE.

¡Allí nacieron Pablo y Virginia!

DON EDUARDO.

Y el negro Domingo también.

DOÑA MATILDE.

En efecto.... siéntese usted, siéntese usted.

DON EDUARDO.

Es que temería....

DOÑA MATILDE.

No, no; siéntese usted.... y como iba diciendo allí fué donde pasó toda su trágica historia, qué tengo bien presente.

DON EDUARDO. (*Aparte.*)

Más la tengo yo, que la leí anoche de cabo á rabo.

DOÑA MATILDE.

¡Y aquella madre, señor, aquella madre tan cruel que se empeñó en que su hija había de ser rica!

BRUNO.

Más cruel me parese á mí que hubiera sido si se hubiera empeñado en lo contrario.

DON EDUARDO.

Luego hallaré en dicha isla todo cuanto puedo apetecer en mi posición actual; cascadas que se

despeñan, rios que salen de madre, precipicios, huracanes....

BRUNO. *(Aparte.)*

No iré yo á la tal isla.

DON EDUARDO.

Y bosques inmensos de plátanos, cocoteros y tamarindos, con cuyos frutos podré sustentarme, ó á cuya sombra podrán reposar tal cual vez mis fatigados miembros.

DOÑA MATILDE.

¡Y qué! ¿No tendrá usted miedo de los negros cimarrones?

BRUNO. (*Aparte.*)

¿Quiénes serán esos demonios?

DON EDUARDO.

¿Y por qué quiere usted que les tenga yo miedo? ¿Qué me pueden quitar por ventura? ¿la vida, que es lo único que me queda?

BRUNO. (*Aparte.*)

¿Y es grano de anís?

DON EDUARDO.

¡Ah! ¡Matilde, si viera usted qué poco vale la vida cuando se vive sin deseos, ni porvenir!

DOÑA MATILDE.

¡Pobre Eduardo!

DON EDUARDO.

¿Se enternece usted?

BRUNO.

También á mí me empiezan á escocer los ojos, si vamos á eso.

DOÑA MATILDE.

Ciertamente que no puedo menos de agradecer y admirar el que vaya así á exponerse por mi causa á tantos peligros un joven de tales esperanzas, tan rico....

DON EDUARDO.

¿Yo rico?

DOÑA MATILDE.

Contando con la herencia del tio....

DON EDUARDO.

No hay duda que he podido ser rico, pero....

DOÑA MATILDE.

¿Pero qué?

DON EDUARDO.

Nada, nada.

DOÑA MATILDE.

Explíquese usted.

DON EDUARDO.

Son cosas mías, que ya no pueden interesar á usted.

DOÑA MATILDE.

¡Oh! sí, sí.... hable usted.... lo quiero.... lo exijo....

DON EDUARDO.

Bueno; sepa usted que cuando el Sr. D. Pedro creía que mi tío aprobaba nuestro proyectado enlace, éste me instaba á que me casase con la hija única de el conde de la Langosta....

BRUNO. (*Aparte.*)

Familia muy noble en tierra de Campos.

DOÑA MATILDE.

¿Y bien?

DON EDUARDO.

Y que mi tío me ha desheredado en seguida, porque no he querido darle gusto!

DOÑA MATILDE.

¿Le ha desheredado á usted?

DON EUDARDO.

Así me lo anuncia en una carta que recibí ayer suya, dos ó tres horas antes que Bruno me entregara la de su padre de usted.

DOÑA MATILDE.

¿Le ha desheredado á usted?

DON EDUARDO.

Pues, y por lo mismo nada sacrifico, en punto á bienes de fortuna, al desterrarme para siempre de mi patria.

DOÑA MATILDE.

¿Y había de consentir yo en ese destierro?

BRUNO.

Perrada fuera.

DOÑA MATILDE.

¡Yo, qué tengo la culpa de todas las desgracias de usted!

DON EDUARDO.

Pero qué remedio....

DOÑA MATILDE.

No, jamás se realizará tan terrible separación.... si es cierto que usted me quiere....

DON EDUARDO.

¿Lo duda usted todavía?

DOÑA MATILDE.

¡Desheredado por mí! ¡Y yo he podido, Dios mio, desconocer un instante tanto mérito!

DON EDUARDO.

¡No llore usted, por mi vida, Matilde mía!

DOÑA MATILDE.

¡Sí, hace usted bien en llamarme suya.... que de usted soy y seré.... que de usted he sido siempre; porque ahora lo conozco, y no tengo vergüenza en confesarlo!

BRUNO.

¡Pobrecita, qué ha de hacer más que conocerlo y confesarlo!

DON EDUARDO.

¡Puedo creer tamaña dicha!

DOÑA MATILDE.

Ojalá estuviera aquí mi padre, para que en su presencia....

ESCENA VII.

DON PEDRO Y DICHOS.

DON PEDRO. (*Aparte.*)

Si se habrá ya ido.

DOÑA MATILDE.

Papá, papá, aquí está D. Eduardo.

DON PEDRO.

¡Hola! Conque.... *[Risueño.]*

DON EDUARDO.

Hum. [*Tosiendo.*]

DON PEDRO. *[Aparte.]*

¡Canario! que se me olvidaba el encargo....

DOÑA MATILDE.

Y ya nos hemos explicado cierto *qui pro quo* que había.... y.... nos hemos mutuamente satisfecho.... y....

DON PEDRO.

¡Oh! pues si se han satisfecho ustedes, entonces.... [*Risueño.*]

DON EDUARDO.

Hum. [*Tose.*]

DON PEDRO, [*Aparte.*]

¡Maldita carraspera!

DOÑA MATILDE.

¿No es verdad, papá, que usted se alegra de ello' y que?....

DON EDUARDO.

Achí. *(Estornuda fuerte.)*

BRUNO

Dominus tecum.

DON PEDRO.

No, hija mia, no me alegro de semejante co sa ni tampoco puedo aprobar.... porque ... después de todo, y.... en fin, yo me entíendo, yo me entiendo.

DOÑA MATILDE.

Yo soy la que no entiendo á usted, papá mio, porque. ..

DON EDUARDO.

Su papá de usted, Matilde mia, se habrá irritado al verme aquí en conversación con usted, cuando me habia hecho decir que no qnería recibirme.

DON PEDRO.

Precisamente.

DON EDUARDO.

Y creerá que en esto le hemos faltado al respeto.

DON PEDRO.

Cabal. .

DON EDUARDO.

Y que nuestra conferencia clandestina es contra las leyes del decoro.

DON PEDRO.

Sí, señor, clandestina, y contra las leyes del decoro.

DON EDUARDO.

Y al notar yo el furor de sus miradas y el calor con que se expresa, le protesto á usted empiezo á temer además que ya no quiera atender á otras razones, que nos quiera separar, y aun para separarnos más pronto que la coja ahora mismo del brazo y se la lleve á su gabinete.

DON PEDRO.

Eso es, eso es, ni más ni menos, lo que voy á hacer.... Vente conmigo. *(A Matilde.)*

DOÑA MATILDE.

¿Pero papá?

DON PEDRO.

Vente conmigo. (*Llevándola como por fuerza.*)

DON EDUARDO.

Pero Sr. D. Pedro....

DON PEDRO.

¡Eh! (*Volviéndose para oír lo que va á decir.*)

DON EDUARDO.

Decia que yo también me retiraba para no ofender á usted más con mi presencia.

DON PEDRO.

Bien hecho. —Vamos. (*A Matilde.*)

DOÑA MATILDE.

Adiós, Eduardo.

DON EDUARDO.

Adiós, Matilde.

DON PEDRO.

Vamos, repito.

DOÑA MATILDE.

Fíate en mi constancia (*Al entrarse.*)

DON EDUARDO.

Ya me fío. (*Yéndose.*)

DOÑA MATILDE.

Adiós. (*Desde adentro.*)

DON EDUARDO.

Adiós. (*Vase.*)

BRUNO.

¡Cómo se quieren! Como dos tortolillos.... y el amo, á pesar de eso, y sin saber por qué los separa y los.... vaya, no hiciera otro tanto Herodes el Ascalonita.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON PEDRO Y DOÑA MATILDE.

DOÑA MATILDE.

Por Dios, papá, déjese usted ablandar.

DON PEDRO.

No, no; nunca consentiré en semejante bodorrio.

DOÑA MATILDE.

¿Pues no lo aprobaba usted antes?

DON PEDRO.

No sabía entonces lo que sé ahora.

DOÑA MATILDE.

¿Pero qué sabe usted?

DON PEDRO.

Mil cosas.... sé en primer lugar que tu D. Eduardo no tiene un ochavo.

DOÑA MATILDE.

¿Y ése es acaso gran defecto?

DON PEDRO.

No te lo parece á tí ahora, que te sientas, por ejemplo, á la mesa, y si hay tortilla comes tortilla, sin informarte siquiera de á como va la docena de huevos; pero cuando seas ama de casa y veas volver á Toribio con la esportilla vacía, porque tu marido no dejó una blanca con que llenarla, ya verás entonces si se te cae la baba por la gracia.

DOÑA MATILDE. (*Aparte.*)

¡Qué preocupación!....

DON PEDRO.

En fin, te repito que no me acomoda el yerno que me quieres dar.... ni yo sé tampoco lo que te prenda en él, porque fisonomía menos expresiva....

DOÑA MATILDE.

¡Calle usted, señor, y tiene dos ojos como dos carbunclos!

DON PEDRO.

Lo dicho dicho, Matilde; no cuentes jamás con mi licencia.... si te quieres casar con ese hombre y morirte después de hambre.... cásate enhorabuena, y buen provecho te haga, con tal que yo no te vuelva á ver en mi vida.... Esto es lo único y lo último que te digo... adiós... (*Aparte.*) Bueno será que me vaya antes que empiecen los pucheros.

ESCENA II.

DOÑA MATILDE.

¡Que me case y que no le vuelva á ver en su vida!.... y él mismo me lo indica.... ¡Dios mío, qué entrañas tienen estos padres! ¡Que me case!.... ¡Si sospechará alguna cosa de lo que Eduardo y yo tenemos tratado para cuando ya no haya otro recurso! ¿Y queda ya alguno por ventura? ¡Que me case!.... Y bien, sí.... me casaré.... me casaré con el hombre de mi elección, con el único mortal que me es simpático, y que puede proporcionarme la mayor felicidad posible en este mundo.... la de amar y ser amada; porque ó yo no sé en lo que se cifra el ser una mujer dichosa, ó ha de consistir necesariamente en estar siempre al lado de lo que ella ama; en jurarle á cada instante un eterno cariño; en respirar el aire que él respire.... ¿y cuesta acaso algo de esto dinero? No, no.... por fortuna todo esto se hace de balde, por más que digan lo contrario.... y todo esto lo haré con mi Eduardo.... Con él pasaré mi vida en un contínuo éxtasis, y cuando una misma losa cubra al cabo de muchos años nuestras cenizas, todavía inseparables, que vengan entonces á echarme en cara si lo que comí en vida fué potaje de lentejas, ó si mi esposo tenía un miserable arriero por tatarabuelo.

ESCENA III.

DOÑA MATILDE, BRUNO *y después* DON EDUARDO.

BRUNO.

¿Está usted sola? (*Entreabriendo la puerta.*)

DOÑA MATILDE.

Sí; ¿qué hay?

BRUNO.

¿Qué hay?.... lo de siempre.... que el Sr. D. Eduardo está ya ahí con ganas de parleta, y que yo, como me han hecho ustedes, *velis nolis*, su corre vé y dile, me adelanto á reconocer el campo.

DOÑA MATILDE.

¿Dónde le dejas?

BRUNO.

En el descanso de la escalera.

DOÑA MATILDE.

Que suba.... y tú oye.

BRUNO.

Suba usted caballerito.... y yo oigo.

DOÑA MATILDE.

Es necesario que te pongas en el cancel de esa puerta (*A Bruno.*). y que nos avises de cualquier ruido que adviertas en el cuarto de papá, no sea que salga y nos sorprenda.

DON EDUARDO.

¿Qué tenemos, Matilde mía?

DOÑA MATILDE.

Nada bueno, Eduardo; papá me acaba de asegurar que jamás me dará su consentimiento.

DON EDUARDO.

¡Será posible!

DOÑA MATILDE.

Y tanto como lo es..... me ha dicho también mil horrores de usted.....

DON EDUARDO.

¡De mí!

DOÑA MATILDE.

En primer lugar, y según costumbre, que era usted pobre.

DON EDUARDO.

Pero usted le habrá respondido, según costumbre.....

DOÑA MATILDE.

Lo bastante para indicarle que esto es la mayor perfección que usted tiene á mis ojos.

DON EDUARDO.

Muchas gracias.

DOÑA MATILDE.

¡¡En segnida se ha ensangrentado con la familia de usted..... con su persona..... vamos, le aborrece á usted con sus cinco sentidos..... ya ve usted si es injusticia!

DON EDUARDO.

¿Y ya ve usted si me lo parecerá á mí?

Dª MATILDE.

Así confieso que ya no me queda esperanza alguna.

DON EDUARDO.

Ni á mí tampoco.... verdad es que nunca la tuve....de ahí que no me haya dormido, y que si usted quiere.....

Dª MATILDE.

Explíquese usted.

DON EDUARDO.

Sepa usted que si bien es cierto que he gastado hasta el último real que poseía, también lo es que ya tengo todo listo para nuestro casamiento .... dispensa, cura, testigos, cuarto en que vivir, un poco alto sin duda....como que está en un quinto piso.... pero en buena calle....en la calle del Desengaño....en fin, nada falta....sino que usted se decida....y dentro de media hora.....

Dª MATILDE.

¡De media hora!

DON EDUARDO.

Nos sobra aun tiempo, porque ni usted necesita más de diez minutos para prepararse, ni yo más de veinte para dar mis últimas órdenes, volver á esta calle, aprovechar el primer momento en que no pase gente, avisar á usted de ello con tres pal-

madas, recibirla cuando baje y conducirla en dos brincos á la iglesia, cuya puerta, por fortuna, tenemos casi enfrente de esa reja.

D.ª MATILDE.

No decía yo eso, sino que tanta precipitación... estas cosas, Eduardo, necesitan siempre pensarse algo.

DON EDUARDO.

¡Al revés Matilde! estas cosas, si se piensan algo no se hacen nunca.... porque.... ya ve usted ....á cada paso ocurren nuevas dificultades. Se trasluce entretanto el proyecto....se suscitan persecuciones.... hay encierros á pan y agua en calabozos subterráneos, hay vapuleo no pocas veces....y si desgraciadamente hubiera esto para nosotros, no sé yo luego como nos habíamos de casar.

D.ª MATILDE.

¡Oh! Eso es muy cierto.....dígalo si no Ofelia..... la del castillo negro.

DON EDUARDO.

Y Malvina, y Etelvina, y Coralina, y otras mil víctimas desventuradas de la injusticia paternal, á quienes han enterrado con palma por andarse en miramientos.

D.ª MATILDE.

No, lo que es Etelvina murió de parto, si es que no he olvidado su historia.

DON EDUARDO.

Llámelo usted hache.... de parto ó emparedada.... allá se va todo.... ello es que Etelvina debió de hacer mala sangre con los disgustos que le dieron para que..... con que vamos Matilde mía, ¿qué resuelve usted? Mire usted que cada instante se pierde.....

D.ª MATILDE.

No sé lo que haga.... salirse una así de su casa sin....

DON EDUARDO.

Pues si no, ¿qué otro camino tenemos? A menos que usted, arredrada con los peligros que pueden amenazarnos, no se arrepienta de sus juramentos y.....

D.ª MATILDE.

¡Yo arredrada! ¡yo arrepentida! No creía yo que me calumniara usted de ese modo. Eduardo, después de tantas pruebas como le tengo á usted dadas de mi amor.....

DON EDUARDO.

No es que yo dude.... ¿ni cómo había de dudar.... cuando esta misma mañana.... allí.... delante de aquel cuadro de Atala moribunda, me prometió usted casarse conmigo y seguirme, aunque fuera al fin del mundo? sino que.... haciendo una hipótesis casi imposible, decía....

D.ª MATILDE.

Dichoso usted que tiene la cabeza para hipóte-

sis..... no me sucede á mí otro tanto.... y si al cabo cedo á las instancias de usted ...

DON EDUARDO.

¿Cede usted á mis instancias? ¡Oh! ¡qué ventura!

Dª MATILDE.

Sí, hombre injusto; y para ceder mejor á ellas cierro los ojos sobre todas las consecuencias.... diga usted ahora que soy tímida, ó que soy....

DON EDUARDO.

Digo, Matilde, que es usted una hembra extraordinaria.... una verdadera heroína de novela.... y arrojándome á sus pies protesto.

BRUNO.

Que el amo bosteza. (*Sin dejar su puesto.*)

DON EDUARDO.

¡Caranba! si se fastidia de estar solo y sale.... no, no.... (*Levantándose*) aprovechemos los momentos..... ahora son las ocho de la noche.... conque así, Matilde, á las ocho me tiene usted al pie de aquella reja.

Dª MATILDE.

Bueno entonces ya me tendrá usted también pronta.

DON EDUARDO.

No olvide usted la seña, tres palmadas mías.

Dª MATILDE.

Me parece mejor que intercale usted entre la segunda y la tercera un gran suspiro para que no

sea tan fácil el que yo pueda equivocarme, si acaso hubiera otra intriga amorosa en la calle.

DON EDUARDO.

Observación muy prudente.... suspiraré entre la segunda y la tercera.

Dª MATILDE.

Pues lo demás déjelo á mi cargo, que Bruno y yo dispondremos el cómo burlar la vigilancia de mi padre.

DON EDUARDO.

No hay más que hablar. Adiós bien mio.

Dª MATILDE.

Adiós.

DON EDUARDO.

Ah, se me pasaba el recomendar á usted que no traiga consigo alhaja alguna, ni dinero ni cosa que lo valga, porque dirian que yo....

Dª MATILDE.

Pierda usted cuidado....una muda ó dos cuando más, con las cartas que usted me ha escrito, el retrato de Atala, la sortija de alianza, y la rosa que usted me dió en el primer rigodón que bailamos juntos, y que conservo en polvo, envuelta en un papel de seda; esto es todo lo que pienso llevar.

DON EDUARDO.

Ni necesita usted más. Adiós otra vez.

ESCENA IV.

DOÑA MATILDE Y BRUNO.

DOÑA MATILDE.

Adiós.... Bruno.

BRUNO.

¿Señorita?

DOÑA MATILDE.

¿Te enteraste de lo que hemos tratado?

BRUNO.

Ni jota.... como tenía que atender á lo que pasaba por allá dentro....

DOÑA MATILDE.

Pues has de saber.... pero antes jura que no lo has de decir á nadie.

BRUNO

Digo que no lo diré á nadie.

DOÑA MATILDE.

Júralo.

BRUNO

Cuando prometo yo una cosa....

DOÑA MATILDE.

Bueno.... escucha ahora.

BRUNO.

¿Qué es ello? *(Con curiosidad.)*

DOÑA MATILDE.

¿Me quieres, Bruno?

BRUNO.

Toma, ¿y para eso tantos aspavientos?

DOÑA MATILDE.

Es que si tú no me quieres.... (y mira, Bruno, que me has de querer mucho) de lo contrario es inútil que te refiera nada, porque ni me ayudarías ni.... conque así responde, ¿me quieres mucho, Bruno?

BRUNO.

¿Qué si la quiero á usted? Buena pregunta, cuando la he visto á usted nacer, como quien dice, y la he arrullado, y la he dado papilla y la he..

DOÑA MATILDE.

Tienes razón.... y por lo mismo me decido ahora á confiarte que me caso esta noche con Don Eduardo.

BRUNO.

¡Oiga! Su padre de usted consintió al cabo....

DOÑA MATILDE

No tal, antes al contrario se opone á ello.

BRUNO.

¿Y dice usted que se casa?

DOÑA MATILDE.

Dentro de media hora.... ahí está el misterio.

BRUNO.

No puede ser eso entonces, niña.

DOÑA MATILDE.

Te digo que sí.... D Eduardo lo ha arreglado ya todo, y me vendrá á buscar dentro de media hora para llevarme á la iglesia.

BRUNO.

No será el hijo de mi madre el que le abrirá la puerta.

DOÑA MATILDE.

No importa, porque precisamente tengo decidido el salir por la ventana.

BRUNO.

¿Por la ventana?

DOÑA MATILDE.

Por esa reja, quise decir, cuya llave tienes tú, y que está tan baja que con la ayuda de una silla, cualquiera puede....

BRUNO.

Según eso, ¿usted cree que yo le voy á dar la llave?

DOÑA MATILDE.

¿Por qué no?

BRUNO.

¿Y también quizá que yo mismo le pondré la silla para encaramarse?

DOÑA MATILDE.

¿Quién había de ser?

BRUNO.

¿Y quien la sostendrá de los brazos hasta que el Sr. D. Eduardo la recoja en los suyos?

DOÑA MATILDE.

Sí.

BRUNO.

Pues se engañó usted de medio á medio.

DOÑA MATILDE.

¡Cómo!

BRUNO.

Y ahora mismo voy á noticiar al amo todo este fregado. (*Hace que se va.*)

DOÑA MATILDE.

¡Detente!

BRUNO.

No faltaba más.... ¡una niña bien nacida pensar en semejante gitanada!

DOÑA MATILDE.

¡Bruno!

BRUNO.

¡Y proponérmela á mí, que he comido treinta y cinco años el pan de su padre!

DOÑA MATILDE.

Pero escucha, por Dios.....

BRUNO.

Ni por la virgen.... todo lo sabrá el señor D. Pedro.

DOÑA MATILDE.

Recuerda que prometiste....

BRUNO.

Si prometí fué en la suposicion de que sería cosa inocente....

DOÑA MATILDE.

¿Qué hará luego mi padre?

BRUNO.

¿Que? Encerrar á usted bajo llave si no desiste....

DOÑA MATILDE.

¡Encerrarme.... á mí!.... Bruno, está visto... me quieres precipitar.... pues bien.... lo lograrás.... ¿ves este papel?....

BRUNO.

¿Y que hay en ese cucurucho?

DOÑA MATILDE.

Píldoras.

BRUNO.

¿De jalapa?

DOÑA MATILDE.

De rejalgar.

BRUNO.

¡Jesús mil veces!

DOÑA MATILDE.

Que D. Eduardo me trajo esta mañana.

BRUNO.

¡Habrá bribón!

DOÑA MATILDE.

A petición mía.... porque una mujer desgraciada no puede estar sin un poco de veneno en su ridículo.

BRUNO.

Maldita la necesidad que veo yo de eso....

DOÑA MATILDE.

A grandes males, grandes remedios... así... tenlo por cierto.... si das otro paso hacia la puerta con tan vil propósito, ni una píldora dejo de todo el cuarterón que no me trague.

BRUNO.

¡Condenadas boticas!

DOÑA MATILDE.

Y me verás caer aquí redonda, lo mismo que si me hubieras dado un trabucazo.

BRUNO.

No haga usted tal.... tenga usted compasión de su pobre padre y de mí....

DOÑA MATILDE.

Tenla tú de la desventurada Matilde.

BRUNO.

Yo.... sí.... pero....

DOÑA MATILDE.

¿En fin, qué determinas?

BRUNO.

Vaya.... no diré nada, con tal que me dé usted esas píldoras para....

DOÑA MATILDE.

¿Y me ayudarás también?

BRUNO.

Eso no, porque....

DOÑA MATILDE.

Que me las trago.

BRUNO.

Sí, sí, ayudaré.... haré todo lo que usted quiera.... pero vengan esas píldoras, repito.

DOÑA MATILDE.

Qué desatino.... no ves que me desarmaría si te las diera.... Lo que haré será guardarlas en donde las guardaba antes, para el caso en que intentes todavía venderme.

BRUNO.

¡Paciencia!

DOÑA MATILDE.

Ahora paso á decirte lo que exijo de tí, y es que si papá viene á esta sala, en tanto que yo entro en mi cuarto á recoger algunas frioleras, trates de alejarle de aquí con cualquier pretexto.

BRUNO. *(Aparte.)*

Ojalá viniera.

DOÑA MATILDE.

Que cuides de que no haya luz....

BRUNO.

En soplando las que están encendidas....

DOÑA MATILDE.

Y que la reja esté abierta para cuando yo vuelva.

BRUNO.

Si sé donde puse la llave, que me....

DOÑA MATILDE.

Ya la encontrarás.... no se te olvide nada.... ¿lo entiendes? y yo me voy á lo que dije.... cuidado que es menester que una mujer tenga cabeza para atar tantos cabos.

ESCENA V.

BRUNO.

Más cabeza se necesita para desatarlos.... y á fe que la mía no acierta el cómo.... ello sin las malditas píldoras.... bastaba con que yo cantara de plano.... pero si la chica.... ¡que se ha echado el alma atrás... lo sospecha y en un abrir y cerrar de ojos.... zas.... se engulle media docena de los tales confites.... ¡vea usted entonces qué desgracia!... ¡qué sentimiento para todos!... y que es capaz de hacerlo lo mismo que lo dice.... sí, señor, lo mismo, porque hay mujeres que por salirse con lo que se les pone entre ceja y ceja comerán.... no digo yo rejalgar, sino.... ¿por otra parte puedo yo callarle á mi pobre amo

una cosa que tanto le interesa? que tanto interesa al honor de la familia.... imposible.... y mucho más cuando quizá su merced encontraría algun medio término.... alguna estratagema... calle, ¡una palmada junto á nuestra reja! ¡otra! si pudiera atisbar.... ¡San Bruno y qué suspiro! ¡suspiro de alma en pena!.... ¡tercer palmada!.... si será nuestro perillán.... (*se asoma á la ventana y habla con D. Eduardo, que está en la calle....*) cabalito.... el es.... cé, cé, D. Eduardo.... soy yo.... el mismo que viste y calza ... ¿eh? no, no está todavía aquí.... tenga usted un poco de paciencia.... en efecto van á dar las ocho y media.... ya veo que es una pistola lo que usted me enseña.... ésta es otra que bien baila: que se levantará la tapa de los sesos si al dar la campanada de la media no está ya doña Matilde en la calle ¡qué diablura! Diga usted, D. Eduardo.... diga usted.... sí; se marchó renegando á la esquina opuesta.... pues por Dios.... que estamos frescos.... veneno por aquí.... pistoletazo por allá, y á todo esto el amo metido en su aposento....

ESCENA VI.

DON PEDRO Y DICHO.

DON PEDRO. (*Aparte.*)

Necesito no descuidarme si he de llegar á tiempo de ponerme junto á un confesonario sin que me vean....

BRUNO.

¡Ah! ¡Señor D. Pedro de mi vida!.... ¡algúu ángel le ha traído á usted tan á punto!

DON PEDRO.

No me entretengas, Bruno, que estoy muy de prisa.

BRUNO.

Dos palabras tan sólo.

DON PEDRO.

Ni media.

BRUNO.

Sepa usted....

DON PEDRO.

No quiero saber nada, déjame.

BRUNO.

Que la señorita....

DON PEDRO.

Ya me lo dirás cuando vuelva.... suelta.

BRUNO.

Es que cuando usted vuelva ya no quederá mucho que decir, porque doña Matilde....

DON PEDRO.

Suelta, suelta, ó vive Dios....

BRUNO.

Ya suelto, pero luego no se queje usted....

DON PEDRO.

Luego me las pagará todas juntas el que haya contribuido á ofenderme.

BRUNO.

¡Oìdos que tal oyen!

DON PEDRO.

Y para eso hice afilar el otro día mi espadìn de acero.

BRUNO.

Y por eso cabalmente quiero yo hablar ahora, y contar á usted....

DON PEDRO.

Calla.

BRUNO.

Pero si no me deja usted hablar, cómo quiere usted....

DON PEDRO.

Calla, y hasta después que ajustaremos cuentas.... (*aparte*) pobre Bruno, no le queda mal susto en el cuerpo.

ESCENA VII.

BRUNO, *y después* DOÑA MATILDE.

BRUNO.

¡No sabia yo lo de la afiladura del espadín! Con esto, y con que después se le antoje el que yo tuve arte ó parte en el negocio.... y me atraviese como un palomino.... Dígole á usted que.... vamos, por más que lo miro y lo remiro.... no hay

escapatoria.... tiene que acabar la tragedia.... porque á la altura en que estamos.... es claro que ó se matan ellos ó los mata D. Pedro, ó me mata éste á mí.... ó se mata él.... ó nos morimos todos de pesadumbre.... lo dicho.... tiene que haber muertes.... tiene que haberlas necesariamente.... á menos que un milagro....

DOÑA MATILDE.

¿Salió mi padre?

BRUNO. (*Aparte.*)

Adiós con mi dinero.... ya está aquí doña Matilde.

DOÑA MATILDE.

¿No me respondes si salió mi padre?

BRUNO.

Salió, y como un regilete.... no sé yo lo que podía urgirle tanto.... pero.... ¿qué hace usted?....

DOÑA MATILDE.

Lo que tú has olvidado... apagar las velas...

BRUNO.

¿Qué es de rigor en tales aventuras el andar á tientas?

DOÑA MATILDE.

Es prudencia por lo menos para evitar el que la vecina de enfrente fisgonee lo que va á pasar en este cuarto.

BRUNO.

¡Ay! (*Dáse con la cabeza contra la pared.*)

DOÑA MATILDE.

¿Qué es eso?

BRUNO.

No es cosa, un chichón que debo á la vecina de enfrente.

DOÑA MATILDE.

¡Y todavía no has abierto la reja!

BRUNO.

¿Para qué? ¿Si se ha de ir usted al cabo, no vale mas el que se salga usted por la puerta?

DOÑA MATILDE.

No lo creas.... eso cualquiera lo haría.... y es también menos dramático.

BRUNO.

¿Menos qué?

DOÑA MATILDE.

Vaya, despáchate en abrir la reja.... mira que creo que ya ha dado la media.

BRUNO.

Qué había de dar, no, señora.... ni por pienso.... Dios nos libre de que hubiera dado.

DOÑA MATILDE.

¿No abres?

BRUNO.

Aquí tengo la llave; pero antes reflexione usted,

hija mia, la pesadumbre que va usted á dar á su padre con este escándalo.... y lo que....

DOÑA MATILDE.

¿Oyes ahora la media?

BRUNO.

Vírgen del Tremedal.... (*Corriendo á la ventana.*) Allá va, allá va.... (*Gritando á Don Eduardo.*)

DOÑA MATILDE.

¡Cómo! ¿A quién gritas?

BRUNO.

Nada, nada.

DOÑA MATILDE.

¡Ah traidor! ya te entiendo.... pero antes que vengan á sorprendernos apelaré á mi último recurso. (*Hace como que saca las píldoras.*)

BRUNO.

Tenga usted el brazo; (*Corriendo á doña Matilde.*) tire usted esas píldoras, que es á D. Eduardo á quien yo avisaba.... (*Vuelve á la ventana.*) Allá va, allá va.... Repito que es D. Eduardo á quien yo.... (*vuelve á doña Matilde*) ¡ay qué sudor frío me ha entrado!

DOÑA MATILDE.

¿Pues por qué no me decías que D. Eduardo estaba ya esperándome?

BRUNO.

Porque.... porque.... bueno estoy yo ahora

para decir el porqué de nada, y si me sangrar tan....

DOÑA MATILDE.

¿En suma, quieres ó no quieres abrir la reja?

BRUNO.

En este instante.... (*Aparte.* Empecemos al menos por salvar dos vidas....) ¡qué premiosa está!

DOÑA MATILDE.

Pon luego una silla.

BRUNO.

Pongo una silla.

DOÑA MATILDE.

¿Y está ya D. Eduardo?

BRUNO.

Le estoy tocando con la mano la copa del sombrero.

DOÑA MATILDE.

Entonces.... ¿dónde dejaré la carta para papá?....y muy contenta que estoy con ella... ¡oh! me ha salido muy tierna y muy respetuosa.... mucho más tierna que la de Clari en la ópera.... aquí la pondré sobre la mesa... ahora vamos... no; me falta todavía que implorar al cielo, y rogar también por mi padre. (*Se pone de rodillas.*)

BRUNO.

¡Si la tocará Dios en el corazón!

DOÑA MATILDE.

Ahora quiero besar la poltrona (*se levanta*) en que duerme papá la siesta.... la mesa.... la jaula de la cotorra... adiós, muebles queridos... adiós, paredes que me guarecísteis durante mis primeros.... mis más dichosos años.... y que quizá no volveré á ver más.... dame la mano, Bruno.... adios, Bruno. . que seas feliz.... que me vengas á ver.... ay, que me caigo....

BRUNO.

No tenga usted cuidado... y déjese usted ir... maldito alfiler!

DOÑA MATILDE.

Que consueles á mi padre.

BRUNO.

A buena hora, mangas verdes.... téngala usted, D. Eduardo.... así.... ya llegó al suelo.... y corren como gamos.... y ya llegan á la iglesia.... y ya entran.... y ... Dios los haga buenos casados.... quitémonos ahora de la reja.... cerrémosla.... y cuidemos antes de todo de esconder el espadín de acero.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

DOÑA MATILDE Y DON EDUARDO.

DOÑA MATILDE.

¡Lo que tarda en encenderse esta lumbre!

DON EDUARDO.

Si no soplas derecho.

DOÑA MATILDE.

Será culpa del fuelle.

DON EDUARDO.

Mira cómo se va el aire por los lados.

D.ª MATILDE.

¡Ay! que no puedo más.

DON EDUARDO.

Vaya, se conoce que éste es el primer bracero que enciendes en tu vida.... dame, dame el fuelle.

D.ª MATILDE.

Tómale enhorabuena.... y despáchate, por Dios, que me siento muy débil.

DON EDUARDO.

Ya lo creo; no cenaste anoche.

D.ª MATILDE.

¡Qué descuido el tuyo!.... no tener siquiera un bocado de pan en casa.

DON EDUARDO.

Como nunca tienes apetito en semejantes días...

D.ª MATILDE.

Ya, pero.... ¿y tú?

DON EDUARDO.

Oh, lo que es por mí no te inquietes, y si no te enfadaras te confesaría....

D.ª MATILDE.

¿Qué?

DON EDUARDO.

Que por lo que podía tronar, me forré el estómago con un buen par de chuletas antes de ir á buscarte.

D.ª MATILDE.

¡Pues estuvo bueno el chiste!

DON EDUARDO.

Ya pienso que puedes arrimar la chocolatera al fuego.

D.ª MATILDE.

¡Y qué enorme armastote!

DON EDUARDO.

¿Sabrás hacer chocolate?

Dª MATILDE.

Creo que se echa primero el chocolate partido á pedazos....

DON EDUARDO.

No me parece que es eso....

Dª MATILDE.

Entonces echaré primero el agua....

DON EDUARDO.

Tampoco.

Dª MATILDE.

Pues hay más que echar las dos cosas á un tiempo.

DON EDUARDO.

Dices bien.... y una onza entera, otra partida.... así podemos errarla de mucho.... pon más agua.

Dª MATILDE.

¡Si le he puesto cerca de un cuartillo!

DON EDUARDO.

Y qué es un cuartillo para dos jícaras.... llena la chocolatera, llénala.

Dª MATILDE.

¡Hombre!

DON EDUARDO.

Llénala, y no empecemos con economías.

D.ª MATILDE.

Ya lo está.

DON EDUARDO.

Divinamente; y volviendo á lo de anoche, ¿crerás, Matilde, que todavía me río al recordar lo asustada que estabas durante la ceremonia?

D.ª MATILDE

Pues mira, mayor fué si cabe mi congoja al subir esta eterna escalera á tientas, al tardar diez minutos en acertar con el agujero de la llave, al encontrarme después sola y sin luz en este aposento desconocido y frío, sin atreverme á dar un paso por no tropezar con algún mueble, hasta que volviste con el candelero que te prestó la vecina..

DON EDUARDO.

¡Bendita vecina!.... por ella nos escapamos anoche sin un chichón cada uno cuando menos, y á fe que hubiera sido de mal agüero.

D.ª MATILDE.

Ya empieza á hervir el agua.

DON EDUARDO.

Y también deduzco del gesto que hiciste involuntariamente al entrar yo con la luz y recorrer tú con la vista el cuarto en que te hallabas, que te sorprendió en gran manera su pelaje.

D.ª MATILDE.

¡Qué disparate!

DON EDUARDO.

Vaya, la verdad. ¿No esperabas hallar otra cosa?

Dª MATILDE.

¡Oh! lo que es eso....

DON EDUARDO.

¿No esperabas el que los muebles, aunque pocos y sin embutidos, fueran siquiera de caoba y nuevos? el que hubiera cortinas de muselina blanca, aunque sin guarniciones ni flecos?

Dª MATILDE.

¡No, eso no... ya sé yo que la caoba y la muselina no se han hecho para casas pobres.... pero hay muebles bastante bonitos de cerezo ó de nogal... hay cortinas muy baratas de percal ó de zaraza.... y si juntas á eso unas paredes recién blanqueadas, unos pisos muy fregados, unas ventanas con sus correspondientes tiestos de flores, y otras bagatelas semejantes que cuestan poco ó nada, resultará de todo cierta elegancia en la misma pobreza, que....

DON EDUARDO.

Díme, Matilde, ¿has entrado en muchas casas pobres?

Dª MATILDE.

En la de la vieja de la Alameda....

DON EDUARDO.

Ya me lo sospechaba yo....

D.ª MATILDE.

Y además he leído mil descripciones muy verídicas, y por ellas....

DON EDUARDO.

¡Que se va el chocolate!

D.ª MATILDE.

¿Qué dices?

DON EDUARDO.

Quítalo presto de la lumbre.

D.ª MATILDE.

¡Ay!

DON EDUARDO.

¿Te quemaste!

D.ª MATILDE.

Todo el dedo meñique.

DON EDUARDO.

¡Qué desgracia!

D.ª MATILDE.

No es eso lo peor, sino que como me dolía solté la chocolatera, y....

DON EDUARDO.

¿Y se habrá apagado el fuego?

D.ª MATILDE.

Completamente.

DON EDUARDO.

¡Cómo ha de ser! En encendiéndola otra vez...

D.ª MATILDE.

¡Otra vez!

DON EDUARDO.

Aquí tengo las dos onzas restantes....

D.ª MATILDE.

¡Pero eso de soplar otra hora y media!....

DON EDUARDO.

¿Qué remedio tiene? á menos que no prefieras el que cada cual se coma cruda la onza que le corresponde....

D.ª MATILDE.

Ello todo es chocolate.

DON EDUARDO.

Y en bebiendo luego un buen vaso de agua....

D.ª MATILDE.

Así tendremos también más lugar para hablar de nuestras cosas.

DON EDUARDO.

Para establecer desde luego nuestro método de vida.

D.ª MATILDE.

Y el empleo de las horas del día.

DON EDUARDO.

Y de la noche.... hasta que nos vayamos á acostar.

D.ª MATILDE.

Ea, pues, venga mi onza, y sentémonos.

DON EDUARDO.

Tómala, y sentémonos.... ¿en qué piensas?

D.ª MATILDE.

En nada.... en que papá estará ahora desayunándose, y....

DON EDUARDO.

También nosotros.... más frugalmente.... pero....

D.ª MATILDE.

¡Oh! lo que es por eso.... en estando á tu lado.... y la ventaja de no tener criados que nos murmuren, ni sibaritas que nos importunen con sus visitas....

DON EDUARDO.

¿Qué habíamos de tener?

D.ª MATILDE.

Disfrutando en cambio de independencia y de tranquilidad.

DON EDUARDO.

Por supuesto.

D.ª MATILDE.

Y esto de vivir tranquilos, Eduardo, esto de que nadie venga á desencantarnos con su odiosa presencia en uno de aquellos momentos deliciosos.

DON EDUARDO.

¡Calla! ¿Llamaron?

D.ª MATILDE.

Creo que sí.

DON EDUARDO.

Habla bajo.

Dª MATILDE.

Pero que....

DON EDUARDO.

Más bajo.

Dª MATILDE.

¿Quieres que abra?

DON EDUARDO.

No, no.... pero vé de puntillas, y mira si por la rendija puedes atisbar quien es.

Dª MATILDE.

Voy.... es un viejecito barrigoncito, con calzones de pana y medias rayadas.

DON EDUARDO.

¡El es!

Dª MATILDE.

¿Quién dices?

DON EDUARDO.

El diablo.

Dª MATILDE.

¡Jesús mil veces!

DON EDUARDO.

Ó el casero, que es lo mismo.... ¿dónde me esconderé?

Dª MATILDE.

¡Esconderte!

DON EDUARDO.

Allí.... debajo de la cama.... y tú abre luego, y díle que he salido muy temprano, y que no volveré hasta la noche.

Dª MATILDE.

Eduardo....

DON EDUARDO.

Abre ya.... antes que nos rompa la puerta. (*Al meterse debajo de la cama*)

Dª MATILDE.

Pero, Eduardo, no entiendo....

DON EDUARDO.

Abre, abre. (*Se mete enteramente.*)

Dª MATILDE.

¡Dios mío! ¿Qué querrá decir esto?

ESCENA II.

EL CASERO Y DICHOS.

CASERO.

¡Vaya, y qué dormida estaba usted!

Dª MATILDE.

No señor, sino que....

CASERO.

¿Y el Sr. D. Eduardo?

Dª MATILDE.

Acaba de salir....

CASERO.

¡Calle! ¡Y me había prometido que me pagaría por la mañana el mes adelantado!

D.ª MATILDE.

Es que....

CASERO.

¡Mal principio.... muy malo, á fe mía! ¿Y cuando estará de vuelta?

D.ª MATILDE.

Me dijo que volvería al anochecer, y que luego....

CASERO

¡Al anochecer!.... Salir en un día de tornaboda á las ocho de la mañana y no volver hasta el anochecer, dígole á usted que no me da buena espina.

D.ª MATILDE.

Puede que vuelva más pronto, y....

CASERO.

Pues no crea que á mí me ha de traer como á un zarandillo.... y lo que son los trastos no valen ni treinta reales.

D.ª MATILDE.

Caballero, mi marido es incapaz de....

CASERO.

¡De pagar á su casero, eh!

D.ª MATILDE.

No digo eso, sino que aunque somos pobres somos personas de honor, y que....

CASERO.

Sí, sí, personas de honor sin dinero.... eso es lo que yo me temía.... y ésos son los peores inquilinos.

DOÑA MATILDE. (*Aparte.*)

¡Qué insolencia!

CASERO.

Pero repito que no se juega conmigo.... díga-selo usted así, y que si esta noche no me baja los tres duros, mañana pongo á ustedes en la calle con todos sus cachivaches....

ESCENA III.

DOÑA MATILDE Y DON EDUARDO.

D.ª MATILDE.

¿Tratar de ese modo á una señora?

DON EDUARDO.

¡Matilde! ¿Se fué ya? (*Asomando la cabeza.*)

D.ª MATILDE.

Ya se fué.

DON EDUARDO.

Pues entonces prosigue aquello que decías (*Saliendo de debajo de la cama*), de que era gran cosa el poder vivir tranquilos y sin que nadie....

D.ª MATILDE.

Sí, buena es la tranquilidad que vamos disfrutando por cierto.

DON EDUARDO.

¡Toma, ya te desanimas!

D.ª MATILDE.

No, pero sí extraño cómo has tenido paciencia para oír tanta grosería.

DON EDUARDO.

En efecto, merecía el gran vinagre que le hubiera tirado los tres duros á la cabeza.

D.ª MATILDE.

Y ¿por qué no lo has hecho?

DON EDUARDO.

En primer lugar porque no tenía los tres duros.

D.ª MATILDE.

Podías haberle castigado de otro modo.

DON EDUARDO.

No, hija, que para castigar con dignidad á un acreedor que se insolenta hay siempre que empezar por pagarle.

D.ª MATILDE.

¡Siempre!

DON EDUARDO.

¿No ves que si no se puede creer que uno ha querido zafarse á un mismo tiempo del acreedor y de la deuda?

ESCENA IV.

LA VECINA Y DICHOS.

VECINA.

Buenos días, vecinita.... ¿qué tal se ha dormído?.... ¿Oyeron ustedes los truenos á eso de las cuatro?.... La encajera que vive en la guardilla dice que ha caído un rayo en Santa Bárbara.... pero yo no lo creo.... porque basta que la encajera diga una cosa para que yo no la crea....

Dª MATILDE.

Nosotros no hemos oído....

VECINA.

Ya lo supongo.... qué habrían ustedes de oír... si es una grandísima embustera.... muy tonta y muy presumida.... sin que yo sepa en qué se funda.... porque al cabo, ¿qué ha sido antes de casarse? ¿doncella en casa de un consejero? Y bien, también yo he sido doncella, si vamos á eso.... en casa de un covachuelista.... y un consejero y un covachuelo allá se van.... los dos tienen usía.... conque diga usted, vecina, ¿acabó usted con mi candelero?

DOÑA MATILDE.

Sí, señora, aquí está.... y muchas gracias....

VECINA.

Jesús, señora, no hay de qué.... entre vecinas y amigas hoy por tí, mañana por mí.... ¡y noso-

tras que vamos á ser tan amigas!.... como que vivimos en el mismo piso.... porque aquí en esta casa, como en todas, con el vecino de al lado es con quien se trata.... y nadie quiere bajarse.... ni subir escaleras.... muy bien hecho.... cada oveja con su pareja.... la marquesa con el canónigo en el piso principal.... en el segundo, el abogado con el comerciante.... en el tercero, el agente de negocios con la viuda del coronel.... así en los demás pisos.... por eso también nadie trata con la encajera.... verdad es que no hay más guardilla que la suya.... y luego ya le dije á usted que es muy necia y muy vana.... Pero voyme corriendo, que dejé la sartén á la lumbre, no sea que se me queme la salchicha.... porque ha de saber usted que mi marido almuerza todos los días salchicha. (*A Don Eduardo.*)

DON EDUARDO.

¡Hola!

VECINA

Como usted lo oye.... y á fe que lo acierta.... para eso es casi un empleado.... con siete reales y lo que cae.... guarda de á caballo, para servir á usted y á Dios.... Ea, quédense ustedes con él.

DON EDUARDO.

¿Con su marido de usted?

VECINA.

No señor, con Dios.... decía que se quedasen ustedes con Dios.... vaya, que según veo me pa-

rece usted pieza.... Ah, vecina, se me olvidaba, necesita usted de una lavandera?

D.ª MATILDE.

Precisamente iba yo....

DON EDUARDO.

Dí que no. *(Bajo á D.ª Matilde)*

DOÑA MATILDE.

No, señora, ya tenemos una....

VECINA.

Lo siento, porque mi hermana lava muy bien... como que lava á todas las colegialas de Loreto.... y si no fuera por cierta desgracia que tuvo.... ya se lo contaré á usted otro día.... porque ahora estoy de prisa.... agur.... ¿pues no me huele á salchicha quemada?

ESCENA V.

DOÑA MATILDE Y DON EDUARDO.

DON EDUARDO.

¡Qué taravilla!

DOÑA MATILDE.

Y ¡qué mujer tan ordinaria!

DON EDUARDO.

¡Así hablas de tu amiga! (*Sonriéndose.*)

DOÑA MATILDE.

¡Pobre de mí si no tuviera otras amigas!

DON EDUARDO.

¿Cuáles? (*Sonriéndose.*)

DOÑA MATILDE.

Toma, las mismas que tenía antes de ayer.

DON EDUARDO.

¿Viven todas ellas en quinto piso? (*Sonriéndose.*)

DOÑA MATILDE.

¿Qué sabe esa mujer lo que dice? Amigas tengo yo, con quienes me he criado en las Salesas, que si me vieran pidiendo limosna....

DON EDUARDO.

Te la darían quizá. (*Sonriéndose.*)

DOÑA MATILDE.

Se gloriarían entonces de llamarse tales, más que si me vieran habitando en palacios de cristal.

DON EDUARDO.

O, lo que es lo mismo, en casa de un vidriero. (*Ibid.*)

DOÑA MATILDE.

Ya, sino crees tampoco en aquellas amistades que se engendran en la edad preciosa.....

DON EDUARDO.

En que no se sabe todavía lo que se quiere.

DOÑA MATILDE.

¡Qué terrible estás, Eduardo!

DON EDUARDO.

¿Pero no conoces que te estoy embromando?

¿De otro modo pudiera yo contradecirte en materias tan evidentes?

DOÑA MATILDE.

Eso era lo que me confundía.... pero ahora que me acuerdo.... ¿por qué me hiciste responder á la vecina que no necesitábamos de su lavandera?

DON EDUARDO.

Porque como no nos había de lavar de balde..

DOÑA MATILDE.

Alguien ha de lavar lo que emporquemos, sin embargo.

DON EDUARDO.

Preciso.... pero lo harás tú.

D.ª MATILDE.

¡Yo!

DON EDUARDO.

¿Quién quieres que lo haga en tanto que no tengamos con qué pagar á otra mujer?

D.ª MATILDE.

Se me pondrán las manos perdidas.

DON EDUARDO.

Es más que probable.

D. MATILDE.

¡Y se me llenarán de grietas!

DON EDUARDO.

Como que no hay cosa peor que el jabón y el

agua caliente.... mas puedes estar segura, Matilde mía, que con la misma ilusión con que tu Eduardo te besa ahora esta mano tan suave y blanca, con la misma te la besará cuando la tengas áspera como una lija y colorada como un tomate.

D.ª MATILDE

No lo dudo, Eduardo; pero.... pero ello de todos modos es muy desagradable.... ¡y mi pobre papá que tenía tanta vanidad con mis manos!.... ¿Qué buscas?

DON EDUARDO.

Dí, Matilde, ¿has visto por ahí algún cepillo?

DOÑA MATILDE.

¿Para qué?

DON EDUARDO.

Quisiera cepillarme un poco, antes de salir porque el polvillo del carbón.....

DOÑA MATILDE.

¿Que vas á salir?

DON EDUARDO.

Ya te dije que el apoderado de mi tío, que es escribano del consejo, me ha ofrecido emplearme en su despacho como copiante.... cuando tenga que copiar, se entiende.... y voy á ver si me adelanta cien reales, á cuenta de mis futuros garabatos, para pagar el casero y para ir viviendo.

DOÑA MATILDE.

Y qué me he de hacer yo entretanto, sin libros, sin piano.....

DON EDUARDO.

En efecto, no tienes hoy mucho que trabajar.....

DOÑA MATILDE.

¡En qué trabajar!

DON EDUARDO.

Sólo levantar la cama, barrer el cuarto, y.... pero, lo que es desde mañana, ya me dirás si te queda tiempo para fastidiarte.

DOÑA MATILDE.

¿También tendré que barrer mañana?

DON EDUARDO.

Todos los días, ¡á tí que te gusta tanto la limpieza! y tendrás asimismo que guisar, fregar, jabonar, planchar, coser, remendar, y hacer, en fin, todo aquello que hace una mujer casada sin criada.

D.ª MATILDE.

Ay, Eduardo, ¿sabes que es dinero muy bien gastado el de los salarios?

DON EDUARDO.

¿Quién dice que el dinero no sirve alguna vez de algo? pero no muy á menudo.... y si uno va á considerar todos sus inconvenientes ¿crees tú que.... no son éstas que dan las nueve? Cáspita y qué tarde!.... Con esto y con que haya salido

ya mi escribano, y nos quedemos también sin comer.... Adiós vida mía, abrázame.

D.ª MATILDE.

Anda con Dios.

DON EDUARDO.

¡Otro abrazo.... otro.... es tanto lo que te quiero! Adiós.

ESCENA VI.

DOÑA MATILDE.

Ay, no sé lo qué tengo....pero.... no, no me siento muy buena....¡Ay! ¡Si se pudiera lavar con guantes de encerado! ¡Qué se ha de poder! ¡Luego cásese usted para estar todo el día sola! ¡Paciencia! ¡Pícaros autores! dejarse precisamente en el tintero lo que las pobres habían tenido que trabajar entre sus cuatro paredes!....y ello ninguna tenía criada.... como yo.... y habían tenido todas que empezar cada mañana por levantar sus camas.... como yo voy á levantar la mía.... porque si yo no la levanto....vamos allá..¡aquella Juana si que despachaba en casa todas estas cosas en un santiamén! como que estaba acostumbrada....y yo desgraciadamente no lo estoy.... ¡Lo que pesa el colchón! *(Lo pone en el suelo)* ¡Pues el jergón!.... (*Idem.*) ¡Ay, descansemos un poco! (*Se sienta sobre uno de ellos.*)

ESCENA VII.

LA MARQUESA Y DICHA.

MARQUESA.

¿Vive en este cuarto una mujer que lava encajes?....¿Pero qué ven mis ojos? ¡Matilde!

Dª MATILDE.

¡Clementina!

MARQUESA.

¡Tú aquí!

Dª MATILDE.

¡Oh! ¡qué gusto tengo en verte!

MARQUESA.

¡Y yo!....Pero ¿qué haces en este desván?

Dª MATILDE.

Ya te diré.... es que .. ... ¿y tú, estás todavía en las Salesas?

MARQUESA.

Qué, si me casé hace cinco meses, y vive precisamente en el cuarto principal de esta misma casa.

DOÑA MATILDE.

Cuánto me alegro.... así estaremos todo el día juntas y.... pues me habían dicho que era una marquesa la que....

MARQUESA.

Esa soy yo.

D.ª MATILDE.

Entonces no te has casado con aquel cadete de Algarbe....

MARQUESA.

Qué disparate; una cosa es hacer telégrafos por entre las ventanas, y otra cosa es casarse.

DOÑA MATILDE.

Pero supongo que siempre te habrás casado enamorada de tu marido.

MARQUESA.

No lo creas.... ni le ví hasta que todo estaba tratado y firmado.

DOÑA MATILDE.

¿Y eres dichosa?

MARQUESA.

Así, así.... tengo coche....dos mil reales al mes de alfileres.... y en cuanto á mi marido.... es como todos los maridos, ni feo, ni bonito, ni.... tu suerte, Matilde, es la que no me parece muy envidable.

DOÑA MATILDE.

Al contrario.... ayer me casé con el hombre que adoraba.

MARQUESA.

¡Calla! ¿Serías tú acaso la novia que estuvo á pique de acostarse anoche á oscuras?

DOÑA MATILDE.

Verdad es que....

MARQUESA.

¡Ja, ja!....y que no tuvo que cenar.... [*Riéndose.*] ¡ja, ja!.... Vaya, quién me hubiera dicho cuando las criadas me contaban al desnudarme tu fracaso, ¡ja, ja!.....

DOÑA MATILDE.

¡Clementina!

MARQUESA.

Perdona, Matilde; pero es un lance tan gracioso.... ¡ja, ja!.... ¡tan inesperado!

DOÑA MATILDE.

Inesperado no; y acuérdate que siempre te juré que no me casaría sino á gusto mío, y con quien no tuviera nada.

MARQUESA.

Sí, es cierto.... también yo lo juré, si mal no me acuerdo, y ya ves como lo he cumplido..... ¡pobre Matilde!

DOÑA MATILDE.

¡Me compadeces!

MARQUESA.

Criada con tanto regalo, y obligada ahora á tener que ganar tu vida, cosiendo ó bordando, ó.... porque algo tendrás que hacer para ayudar á tu marido.... que por su parte también trabajará sin duda....

DOÑA MATILDE.

Un escribano le ha dicho que le dará que copiar.... cuando tenga.

MARQUESA.

Pues....á dos reales el pliego....y tres ó cuatro pliegos al día en escribiendo corrido....buena ocupación, por vida mía...., pero dime, y tu padre ¿está furioso, eh?

DOÑA MATILDE.

Ya ves, habiéndome casado sin su consentimiento....

MARQUESA.

Y tiene mucha razón.... ningún padre puede aprobar el que su hija se case con un perdulario.

DOÑA MATILDE.

¡Perdulario mi Eduardo! ¡Y se ha dejado desheredar de diez mil ducados de renta á trueque de casarse conmigo!

MARQUESA.

Entonces tu Eduardo es un loco de atar, porque.....,

DOÑA MATILDE.

Basta Clementina.... tu marquesado no te autoriza para que me insultes porque me ves ahora pobre.... y mucho más cuando nada pienso pedirte.

MARQUESA.

Harás muy mal....que si no se pide á las amigas cuando no se tiene que llevar á la boca, no sé yo cuando se ha de pedir....., y yo lo he sido tuya, Matilde.... no de las íntimas.... pero.... pero siempre te he querido bien....ya lo sabes..

y te lo voy á probar ahora mismo.... allí tengo en casa cuatro docenas de camisas de batista sin hacer del agua, y te las enviaré.....

DOÑA MATILDE.

No, Clementina, mil gracias, pero.....

MARQUESA.

Sí, te las enviaré.... para que las bordes.... y para que.... lo que había de ganar otra....tú bordabas muy bien....

DOÑA MATILDE. *(Aparte.)*

¡Qué humillacion!

ESCENA VIII.

LA VECINA Y DICHAS.

VECINA.

Vecinita, perdone hsted que me entre así de rondón....como la puerta estaba abierta.... y como somos uña y carne quería enseñar á usted cierta cosa.... ¡mas oiga! si tendré telarañas... ¡su señoría la marquesa aquí! ¡subir una marquesa ocho tramos de escalera!

MARQUESA.

¿Quién es esta buena mujer? [*A Doña Matilde.*]

DOÑA MATILDE.

Es una vecina que....

VECINA.

Soy la Nicolasa, señora..... la mujer del guar-

da de á caballo.... que vive en ese otro cuarto.. ya se ve.... su señoría no se acordará de mí.... porque nunca me ha visto.... ó por mejor decir nunca me ha mirado á la cara, cuando me ha encontrado al subir ó bajar del coche.... aunque yo saludo siempre... pero doña Manuela la doncella me conoce muy bien....y le habrá hablado de mí á su señoría.... toma si le habrá hablado muchas veces....como que por ella me tomó su señoría el otro día aquella pieza de batista.

MARQUESA.

¡Ah! ya caigo.... usted es la que suele proporcionar ropa y géneros de lance.

VECINA.

Cabalito.... como mi marido es guarda....

MARQUESA.

¿Y tiene usted ahora algo de nuevo?

VECINA.

Sí, señora, y de bueno....á eso venía, á enseñar á la vecinita un corte de vestido de punto de Flandes.... como es recién casada.... y como nada cuesta el ver.... pero, con permiso de su señoría, cerraré la puerta....no sea que la encajera lo olfatee y vaya con el chisme.... porque la tal encajera es capaz de todo.... y si yo fuera á contar....

MARQUESA.

No, no, mejor será que veamos ese corte.

VECINA.

Aquí está.... ¡cosa superior! y por un pedazo de pan.... ochocientos reales.... ni nn ochavo menos.

DOÑA MATILDE.

¡Qué bonito!

MARQUESA

¡Precioso!

DOÑA MATILDE.

Y qué punto tan igual.

MARQUESA.

¿Y la cenefa?.... también es de mucho gusto.

DOÑA MATILDE.

Y de las más anchas....sobresaldrá mucho sobre un viso caña....¿no te parece?

MARQUESA.

En efecto, y me irá muy bien como tengo bastante color....y luego como tú....en tus circunstancias, no puedes soñar en comprarlo....

VECINA.

¡Oh! es caro bocado para un estudiante.

MARQUESA.

No te debe importar el que yo lo tome....y que al fin lo tomaré....¿qué he de hacer? son tentaciones que.....

VECINA.

¿Y para qué es el dinero, señora, si no para gas-

tar?.... como dijo el otro.... y Dios le de á su señoría mucho....porque lo sabe emplear, y porque no regatea.... como otras usías de medio pelo que conozco yo, y que.....

MARQUESA.

Así, Nicolasa, baje usted y le haré dar los cuarenta duros....adiós, Matilde, ya nos veremos.. ya te avisaré alguna vez cuando esté sola.... y diré que te suban entretanto las camisas.

DOÑA MATILDE.

No, Clementina, no....te lo agradezco....pero no tengo tiempo ahora.

MARQUESA.

Como quieras.... por tí lo hacía.... mas si lo tienes á menos.... ¡Pobrecilla, me da mucha lástima! *(A la vecina.)* Ella siempre fué un poco tiesa.... pero ya amansará, ya amansará....

ESCENA IX.

DOÑA MATILDE, *y luego* BRUNO.

DOÑA MATILDE.

¿Sueño por ventura? ¡Es ésta aquella Clementina tan sentimental, de cuya amistad estaba yo tan segura! ¡Cómo me ha tratado con su aire de protección!....¡peor que el casero con su grosería! y compró el vestido sólo por darme en ojos..... porque vió que me gustaba, y que.... ¡ah si yo hubiera tenido ochocientos reales! Sí, ¡cuándo vol-

veré yo á tener ochocientos reales! Lo que tendré serán trabajos.... y humillaciones....y enjabonaduras.... ¡ah Eduardo! mucho te quiero, muchísimo, pero si hubiera sabido....

BRUNO.

¡Señorita!

DOÑA MATILDE.

¡Bruno! (*Corre á abrazarle.*)

BRUNO.

¡Pobrecita mía! Metida en esta pocilga.

DOÑA MATILDE.

¿Y papá? ¿Cómo está papá? Pobre papá, cómo le he ofendido.

BRUNO.

Está bueno....no tenga usted cuidado....y él es quien me ha dicho donde vivían ustedes.

D.ª MATILDE.

¡Papá! Pues cómo sabía....

BRUNO.

Qué se yo....algún duende....lo cierto es que ahora me llamó, y me dijo que le siguiera hasta aquí.... que subiera sólo.... y que le avisara si D. Eduardo estaba fuera de casa, para que su merced entonces....

DOÑA MATILDE.

¡De veras! ¿Será posible que me quiera ver?

BRUNO.

Si estaba desde anoche como si tuviera hormi-

guillo.... y aunque no descosía sus labios, se le conocía á la legua que.... pero voy á abrirle.

DOÑA MATILDE.

Sí, corre, despáchate ¿adónde vas? por allí está la escalera.

BRUNO.

No hay necesidad de que yo baje.... que su merced se quedó de centinela en la puerta principal de los Basilios, y así con una seña que yo le haga desde aquella ventana con el pañuelo.....

DOÑA MATILDE.

Con el pañuelo no, que quizá no lo advierta.... toma esta sábana.....

BRUNO.

Venga. (*Vanse los dos á la ventana*)

ESCENA X.

DON EDUARDO Y DICHOS.

DON EDUARDO.

Apretemos otro poco el tornillo (*Al salir y aparte*) ¡Maldito sea el primer escribano que pisó los consejos! ¡Negarme á mí la miseria de cien reales! [*Sale ahora, tira el sombrero, y se pasea como muy agitado.*] Es una infamia.

DOÑA MATILDE.

Válgame Dios, ¡qué es esto!....¡qué te ha sucedido. [*Quitándose de la ventana.*]

DON EDUARDO.

Déjame en paz.... bribón.... tunante. Estoy por volver, y por....

DOÑA MATILDE.

Pero, Eduardo....tranquilízate por la Virgen.

DON EDUARDO.

Te digo que me dejes.

DOÑA MATILDE.

Mira que te va á dar algo.

DON EDUARDO.

No será indigestión á buen seguro; pero, mujer, ¿qué has hecho en todo este tiempo? ¿Cómo tienes todavía así el cuarto? Vaya, que no es mala porquería.

DOÑA MATILDE.

Yo....si....ay, Eduardo, cómo te puedes enfadar tanto conmigo. [*Llora.*]

DON EDUARDO.

No, Matilde mía, yo no me enfado contigo.... ¿cómo había yo de enfadarme contigo? Vamos, no llores....¿quién no tiene un momento de mal humor? sobre todo cuando vuelve uno á su casa sin una blanca y....

BRUNO.

Y por eso se dijo que casa donde no hay harina.... (*Quitándose de la ventana.*)

DON EDUARDO.

Calle.....¿aquí estaba Bruno?

ESCENA ULTIMA.

DON PEDRO Y DICHOS.

DON PEDRO.

¡Hija de mis entrañas!

DOÑA MATILDE.

Papá, papá de mi vida....! (*Se quiere arrodillar.*)

DON PEDRO.

¿Qué haces? Levántate

DON EDUARDO. (*Aparte.*)

Qué pronto ha venido este demonio de hombre.

DOÑA MATILDE.

No señor, dejeme usted que le pida de rodillas que me perdone.

DON PEDRO.

Todo está ya perdonado y olvidado con tal qne me jures que no nos volveremos á separar en la vida.

DOÑA MATILDE.

Oh, nunca, nunca.

DON PEDRO.

¿Y qué, no me abraza usted, Sr. D. Eduardo? Ea, déme usted uno bien apretado, y salgamos pronto de este camaranchón.... que se me va la cabeza sólo de acordarme....

DON EDUARDO.

Pero, Sr. D. Pedro, me parece que usted no ha comprendido bien á Matilde.... ella se alegra, como buena hija, de que la vuelva á su gracia... pero por lo demás está muy satisfecha con su suerte, ahí donde usted la ve.... y lejos de querer dejar su casa.....

DON PEDRO.

No; no; vivirán ustedes conmigo.

DOÑA MATILDE.

Sí, sí, con usted, papá, con usted. (*A su padre en voz baja.*)

DON EDUARDO.

Y si no....con permiso de usted, Sr. D. Pedro. Oye, Matilde, [*Se la lleva á un lado del teatro*] ¿no es cierto que lo que á tí te acomoda es vivir tranquila en un rincón como éste, y comer conmigo un pedazo de *pan y cebolla*?

DOÑA MATILDE.

Si la cebolla no me recordara siempre que la como....luego, Eduardo, hazte cargo.... ¿podemos acaso desairar á papá cuando se muestra tan bondadoso?

DON EDUARDO.

Según eso te resignarías y.....

DOÑA MATILDE.

¿Qué hemos de hacer?

DON EDUARDO.

El caso es que cada cual tiene su amor propio.... y para mí.... la verdad.... no puede ser plato de gusto el entrar en tu familia como un pobretón.

DOÑA MATILDE.

¿Qué importa eso?

DON EDUARDO.

A mí mucho.... y se me caeria la cara de vergüenza.

DOÑA MATILDE.

Pero, hombre, ¿no ves que tu tío te tiene, por fuerza, que perdonar también pronto?

DON EDUARDO.

Y ¿crees tú que me volverá á nombrar su heredero?

DOÑA MATILDE.

Como tres y dos son cinco.

DON EDUARDO.

Es que entonces tendríamos la dificultad del alguacilazgo y.....

DOÑA MATILDE.

Tanto mejor, es un título muy distinguido.... casi tanto como maestrante.

DON PEDRO.

Vaya, hijos, ¿qué sale de esta consulta?

DOÑA MATILDE.

Que nos vamos con usted.

DON PEDRO.

¡Alabado sea Dios!

DON EDUARDO.

Y que mi Matilde, sólo por vivir con su padre y por disfrutar á su lado de las ruines comodidades de la vida, sacrifica magnánima todos los placeres de la indigencia, que por más que digan aquellos que los han conocido sin buscarlos....ni merecerlos....tienen con todo mucho mérito á los ojos de .... las jóvenes de diez y siete años que leen novelas.

EL JUGADOR,

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

A LA SEÑORA CONDESA DE REGLA.

Siendo bella y amable, ¿cómo no sería Ud. bondadosa? ¿cómo no disculparía Ud. el atrevimiento de un compatriota suyo, que fiado sólo en aquella cualidad la dedica una de sus comedias? Imposible que se engañe en su cálculo; porque si la naturaleza es á veces caprichosa, nunca es inconsecuente: nunca deja incompletas sus obras maestras. Así, lleno de confianza en usted, y únicamente en Ud., ofrece á sus pies "El Jugador."

M. E. DE GOROSTIZA.

Bruselas, 1° de Julio de 1825.

PERSONAS.

D. MANUEL DE GOYENECHE,
tio de D. Carlos.
D. JACINTO, amigo de
D. CARLOS, amante de
DOÑA LUISA, joven bajo la tutela
de D. Manuel.
TOMASA.
PERICO.
D. SIMEON.
UN SASTRE.
UN ZAPATERO.

(*La Escena en Madrid, en una Fonda.*)

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

PERICO *solo.*

Son las ocho, y mi señor
no viene. ¡Ah cuán desdichado
es el mísero criado
de un maldito jugador!
¡qué compasión no merece!
¡velar las horas enteras
y correr tras las prenderas
desde el punto que amanece!
Y hoy lo mismo que mañana,
y ahora y siempre tener hambre,
y comer sólo fiambre,
y málo, y poco y con gana.

Más valiera ser poeta...
¡Válgame dios lo que díje!
La debilidad me aflige
y trastorna mi chaveta.
¿Pedro, quieres ser coplero?
¿No te estuviera mejor
el ser administrador
de un ilustre caballero
que no supiera contar?
ya se vé que me estaría:
noble vida gastaría,
comer, beber, y roncar.
El primer año yo fuera
servicial y complaciente;
el segundo más prudente
mis reflexiones hiciera,
aunque al cabo prestaría
á mi amo (de su dinero
se entiende) algún millón; pero
sin usura, llevaría
un treinta y cinco por ciento
cuando más, que no es prudencia
emporcar nuestra conciencia
por cosa de tal momento.
El tercero, ya no debo
servir, y de consiguiente
dejo un amo impertinente,
y á mi vez soy amo nuevo.
Tomo casa y cocinero,
tengo mesa y soy discreto,
convido, robo un soneto,

y me tienen por Homero.
¡Qué ventura! Ya me veo
en la testera de un coche
correr de día y de noche,
ir al prado, al coliseo,
al café, tener usía,
mirar fosco, hablar muy mal,
y siempre en impersonal,
olvidar que he sido un día
pobre, y despreciar al pobre,
sólo porque soy ya rico,
ser sabio si fuí borrico,
ser oro lo que era cobre.
¡Ea don Pedro, valor,
quién sabe!.... ¡mas ay de mi!
Tomasa viene: volví
á criado de jugador.

ESCENA II.

TOMASA *y dicho.*

TOMASA.

¿ Y tu amo?

PERIÇO.

Duerme.

TOMASA.

Pues yo
quiero hablarle.

PERICO.

No se puede.

TOMASA.

Es fuerza, pues, que le vea.

PERICO.

No vé á nadie cuando duerme.

TOMASA.

Tengo que darle un recado.

PERICO.

No grítes.

TOMASA.

Que se despierte
en buen hora: eso deseo.

PERICO.

Pues amiga, no consiente
mi lealtad...

TOMASA

Vamos, aparta
mostrenco.

PERICO.

Ni te conviene
tampoco, Tomasa mía,
que así en su cuarto te cueles;
pues es verano y no sea
que de ropa se aligere
para dormir, y...

TOMASA.

¿Qué importa?

PERICO.

Ya ves, no fuera decente

que doncella como tú,
viesen desnudos donceles.

TOMASA.

¿Y á qué hora me dará audiencia?

PERICO.

Vuélvete á eso de las nueve,
y quizá....

TOMASA.

Mira, tan pillo,
tan bribón, tan insolente
eres tú como tu dueño.

PERICO.

¡Bien haya quien se parece
á lo suyo!

TOMASA.

Y sí dijera
lo que yo pienso de Udes.

PERICO.

Muchacha, dí lo que quieras,
porque insultos de mujeres
cuando estáis....así..enfadadas
más me agradan que me ofenden.

TOMASA.

¿Por qué señor?

PERICO.

Porque entonces,
de su afecto me convencen.
Los hombres también solemos

decir de Udes. mil pestes:
que sois..lo que sois....y luego,
dime, por Dios, ¿qué sucede?
que el hombre grita y complace
y la mujer calla y vence.

TOMASA.

¿Conque vence?

PERICO.

Y yo te diera
una prueba convincente
de mi subordinación,
á no temer....ya me entiendes

TOMASA.

¡Uua prueba! ¿Y esa prueba
cuál es? ¿por qué te detienes?

PERICO.

Porque la verdad, yo temo
que te enfades.

TOMASA.

¡Qué sandeces!
Vaya dila.

PERICO.

Es que conozco
tu carácter impaciente.

TOMASA.

Hombre, mira, te prometo....

PERICO.

¿Y qué, qué es lo que prometes?

TOMASA.

Que si no despachas pronto,
agarro este taburete
y te rompo....

PERICO.

Basta; gusto
el ver que así te moderes,
y en premio de tal victoria
voy luego á satisfacerte.
Has de saber que don Carlos
no está en casa.

TOMASA.

Tú me mientes.

PERICO.

No tal.

TOMASA.

Pues, ¡cómo! ¿ha salido?

PERICO.

Mira, chica, no lo entiendes:
es que no entra todavía
desde ayer tarde á las siete;
sin duda algunos negocios
de importancia....

TOMASA.

Muy urgentes
deben de ser por lo menos,
pues las horas que otros duermen,
en evacuarlos emplea
tu amo.

PERICO.

¡Toma! si es su fuerte
estos negocíos nocturnos.

TOMASA.

¡Ya se vé! por eso siempre
tarsnocha. ¡Habrá picardía
semejante! ¿Te parece
que no sé yo donde pasa
las noches? ¿Donde se mete
las tardes y las mañanas?
en el garito.

PERICO.

¡Valiente
impostura! Mi señor
juega en casas muy decentes,
todos títulos de Italia.
Verdad es que siempre pierde
su dinero; pero al cabo
si lo pierde es noblemente.

TOMASA.

¡Maldito juego! Pues mira,
ya que don Carlos prefiere
la bayeta á mi señora,
sus vicios á sus deberes,
dile de su parte misma
que jamás en ella piense,
ni vuelva á verla en su vida,
ni de su mano se acuerde.
Esto me manda le diga:

harto tiempo sus infieles
juramentos ha creído.
¡Bribonstero! Nos promete
ayer tarde no volver
á jugar, también ofrece
no poner nunca los piés
en casas donde se juegue,
y después....¡Que rabia! pasa
la noche en un indecente
garito. Así, así se arruina
el necio; así se envilece,
así olvida sus principios,
así se pierde y nos pierde.

PERICO.

No hay duda, rival tenemos
y rico.

TOMASA.

¿De qué lo infieres?

PERICO.

De que nunca, Tomasita,
te he visto tan elocuente
como ahora; lo que me prueba
que tú has impuesto á intereses
sobre la necia confianza
de quien dá cuando agradece.

TOMASA.

Y aun cuando eso así fuera,
¿no tuviera suficiente
razón? ¿Puede mi señora

por ventura prometerse
felicidad con don Carlos?

PERICO.

Hija, yo no sé si puede;
pero en cuanto á mi amo, digo,
que si se enmienda....

TOMASA

Ni quiere,
ni puede....¡Cuánto mejor
fuera, que sin detenerse
en tan locos devaneos,
en esperanzas tan febles,
diese su mano....

PERICO.

¡Ola! ¿A quién?

TOMASA.

A un nuevo amante que tiene,
juicioso, fiel, moderado,
constante, tierno y prudente.

PERICO.

Ya será mayor de edad.

TOMASA.

Que aunque rico, se contiene
y vive con cierto arreglo....

PERICO.

Hace mal ese pobrete,
que el amor siempre gustó
del desorden.

TOMASA.

Y que debe
la preferencia de Clara
á sus prendas eminentes,
no á su edad, ni á su figura
como algunos mequetrefes:
no es ningún viejo tampoco,
mas no cumplirá los veinte,
ni los treinta....

PERICO.

¿Ni los treinta?
¡Pobre caballero! ¿Y quieres
que temamos tal rival?
¡Ay Tomasita! No sueñes,
tú conocerás los hombres;
pero en cuanto á las mujeres,
yo las conozco mejor,
y en ellas he visto siempre
como en los niños, que gustan
mucho de la fruta verde;
y en estando ya madura
la escupen y la aborrecen,
sólo porque los gorriones
han podido entretenerse
con ella.

TOMASA.

¡Qué disparate!
una mujer que prefiere
su bienestar á tan necias
consideraciones, ¿tiene

acaso en qué titubear?
¿Preferiría un mozalvete,
barbilampiño, lindito,
todo gesto, todo dengues,
y tan poquísima cosa
que al primer vaivén se quiebre?
¡Cierto que con tal muñeco
pudiera una prometerse
tremendas felicidades!
¡Qué ocupaciones! ¡Qué muebles!
Hacer de la noche día,
fumar, jugar, componerse,
acicalarse, mirarse
al espejo, llevar lente
por tono, tener luneta,
decir á todas se mueren
por ellas y ser mentira,
cuando sólo á sí se quieren:
no bailar, porque se suda,
no cantar, porque se siente
la garganta del esfuerzo,
no discurrir, porque duele
la cabeza; ¿abrir un libro?
ni se diga ni se piense,
que la maldita jaqueca
al instante sobreviene.
En fin, no ser nunca nada
sino meros petimetres,
fastidiosos para amantes,
y para maridos peste,
¿te parece, Periquito,

que un dije así nos conviene
á las que ya, por desgracia,
hemos pasado de trece?

PERICO.

No por cierto; harto mejor
os estuviera un vejete,
á quien sobre de malicias
lo que le falte de dientes;
con su gorro puntiagudo,
su bata de seda verde,
su moquero, y sus chinelas
de encarnado tafilete..
Con él se tiene, Tomasa,
un comodín, pues se tiene
un reloj de carne humana
que con su tos nos despierta;
un predicador en casa,
un doctor sin su bonete,
un consejero sin paje,
un enfermo á quien se vele;
y en fin, un ejemplo vivo
que sin cesar nos recuerde
en lo que paran al cabo
los gustos y los deleites:
ello es verdad que también
suele ser impertinente,
regañón y desconfiado,
que pueden tener los duendes,
los trasgos y los cortejos;
mas ¿qué importa? las mujeres
que se casan con un viejo,

no se casan; pero siempre
cuando otra cosa no sea
ganan mucho, pues obtienen
casa y médico de valde.

TOMASA.

Don Manuel de Goyeneche,
está, por más que te canses,
muy lejos de parecerse
al retrato consabido.

PERICO.

Pero señor, ¿á qué viene
ahora sacar á colada
al mejor de los Manueles?
¿Qué tiene que ver el tío
de don Carlos, el prudente
tutor de doña Luisita
con el nuevo pretendiente?

TOMASA.

Nada, sino ser el mismo
don Manuel quien la pretende.

PERICO.

¡Don Manuel!

TOMASA.

El mismo.

PERICO.

¿El tío
de mi amo?

TOMASA.

Precisamente,

PERICO.

¿El tutor de tu señora?

TOMASA.

Ese, don Periquito, ése.

PERICO.

Pues digo, que no lo creo

TOMASA.

Harás muy mal.

PERICO.

Ni te empeñes
Tomasita en asustarnos,
que es pequeño nuestro vientre
para mentiras tan gordas.

TOMASA.

Por estas cruces....

PERICO.

No apeles
tampoco á tales testigos,
porque ellos nunca desmienten

TOMASA.

¿Conque miento?

PERICO.

Más que un sabio
á su casero.

TOMASA.

¿Y te atreves
á dudar de lo que dice
tu novia?

PERICO

Sí, que las leyes
matrimoniales permiten
este desahogo, á quien debe
tragar después de casado
cuantas píldoras le dieren.
¿Y pudistes esperar
creyera yo tan solemne
disparate? don Manuel
es mucho más que pariente
de don Carlos, es su padre;
su hacienda nos pertenece,
nos la tiene prometida,
la esperamos impacientes,
y sin ella, ¿que sería
de nosotros? ¿cuál la suerte
de tanto honrado usurero,
con quien tenemos pendientes
y sin cerrar nuestras cuentas?
¿Qué fuera del sastre Lesmes
del Zapatero Damián,
del sombrerero Vicente,
de la sucia Lavandera,
y de cuantos nos protegen,
esperando como pobres
á que don Carlos herede?
Además, tú has olvidado
sin duda que quien pretende
casar á tu señorita
con mi amo, que quien revuelve
cielo y tierra por lograrlo,

es el mismo á quien conviertes
de casamentero en novio,
como si tan diferentes
y encontrados elementos
confundirse asi pudiesen.
¿No sabes....?

TOMASA.

Si, lo sé todo,
nada nuevo me refieres:
sé muy bien que mi señor,
rico hacendado de Yepes
y amigo de don Manuel,
en articulo de muerte
le encargó la tutoría
de su hija.

PERICO.

Pues díme aleve
¿por qué nos quieres aguar
el suspirado clarete?

TOMASA.

Sé también que desde entonces
se dispuso formalmente
la boda de su sobrino
con la niña, y que los bienes
del pariente solterón
se esperan para alfileres;
pero al mismo tiempo sé
que anoche, estando presente
una servidora tuya,
y quejándose agriamente

la pupila á su tutor
de los locos procederes
del extraordinario novio
que el destino la previene,
don Manuel la respondió
que la conducta imprudente
de su sobrino, no sólo
nuestra cólera merece,
sino la suya también,
y que como no se enmiende
muy pronto, no será extraño
que al cabo lo desherede.

PERICO.

Antes que tal cabo vea
permita el cielo que ciegue.

TOMASA.

Luego dijo conocía
que era imposible que fuese
buen marido tan mal novio,
que don Carlos era un débil,
un vicioso incorregible,
un calavera imprudente,
un loco, un necio, un batata.

PERICO.

¡Jesús cuál le favorece!
y qué pronto á conocer
se da al viejo por pariente.
¡Y de mí! ¿no dijo nada?

TOMASA.

Sólo que eras su alcahuete.

PERICO.

Pues, siendo, como es, empleo
de pluma, en nada me ofende.

TOMASA.

Y después en voz muy baja
y un poquito balbuciente
dijo.... yo no sé qué cosa
de un lazo más conveniente,
de un cariño paternal,
de más fáciles deberes,
de los manes del difunto,
de los encantos presentes,
y de poner á sus pies
mano, corazón y bienes

PERICO.

¿Bienes dijo?

TOMASA.

Bienes dijo.

PERICO.

¡Ay salario de diez meses!
díme pronto la respuesta
de tu Señorita.

TOMASA.

Breve
y lacónica. Callar

PERICO.

Sobre todo, es conveniente.

TOMASA.

Y tanto, que cada cual
la traduce como quiere.
Ahora, pues, sólo me resta
asegurarte que puedes
contar siempre con mi amor;
pero que los intereses
de don Mannel son los míos.

PERICO.

Pues mira, no se te teme.

TOMASA.

Allá lo veredes, Pedro,

PERICO.

Tomasa allá lo veredes.

TOMASA

Agur, y no te se olvide
mi recado.

PERICO

Dios te premie
con su infinita bondad
la voluntad que nos tienes.

ESCENA III.

PERICO, *solo.*

¡Qué noticia tan funesta!
¿que acontecimiento es éste
tan impensado, Señores?

¿Es hoy Martes? Es hoy Viernes.
Adiós, vestido de boda,
adiós prometidos bienes,
que al fin como prometidos
os habéis quedado en ciernes,
y no es eso lo peor,
¿sino que quién nos mantiene?
¿quién nos calza? ¿quién nos viste?
¿quién lava los arandeles?
¿quién cubre nuestras cabezas?
¿nuestros vicios quién sostiene?
No hay remedio, de esta hecha
la miseria nos envuelve,
y amanecemos un día,
por librarnos de sus redes,
ahorcados de algún pingajo,
si no nos prestan cordeles.
¿Ahorcados? no, que mis padres
fueron nobles montañeses,
y no es de hijos bien nacidos
morir tan cochinamente.
Venga, pues, un tabardillo,
una pútrida, una fiebre,
ó un médico catalán
que me mate prontamente;
pero venga muy despacio,
por si acaso, no conviene
precipitar un suceso
que tiene mucho de hereje.
Bueno es siempre meditarlo,
Mas; ¡ola! pasos se sienten

¿si será ese perdulario?
El es, y no viene alegre.
Parto largo, y parir hija.
Paciencia.

ESCENA IV.

DON CARLOS Y PERICO

CARLOS.

¡Maldita suerte!
¿qué hora es?

PERICO.

Son las.... siempre es hora
propia para recogerse.

CARLOS.

No es eso lo que pregunto
¿sino, qué hora es?

PERICO.

La de siempre.

CARLOS.

Bribón; ¿te burlas de mí?

PERICO.

No por cieeto: son las nueve
poco más ó poco menos,
y como siempre anochece
á estas horas para usted,
por lo mismo....

CARLOS.

No me tientes
la paciencia: ya me cansan
tus chistes impertinentes,
tus necias bufonerías:
sirve y calla, si exponerme
no quieres á que te rompa
una costilla. ¿Lo entiendes?

PERICO.

Sí señor: no hay como hablar
español, para entenderse
en España.

CARLOS.

¿La levita?

PERICO.

Aquí esta ya.

CARLOS.

¡Qué perdiese
una sota tan en juego!
Una sota contra un siete,
lado, mayor y judia,
y quebrarse cabalmente
cuando á mi me dió la gana
¡de copar!.... Vaya, suceden
cosas que.... dame cigarros.

PERICO.

Voy por ellos....; ¡qué tal! viene
sin un cuarto: esto faltaba.

CARLOS.

¡Qué murmuras entre dientes!

PERICO.

Nada

CARLOS.

¡Qué albur tán maldito!
Luego, ya sé vé, se pierde
la chaveta y ganaranes,
gallo, carambola, entreses,
á todo se apunta, á todo.

PERICO.

Aquí están cigarros.

CARLOS.

Siempre
me has de perseguir fortuna.

PERICO.

Tome usted.

CARLOS.

¡Ah! tú bien puedes
hacer que pierda el dinero,
pero que pague.... ya es ése
otro punto bien distinto,
y por más que tú te empeñes,
perder y pagar son cosas
para mí muy diferentes.

PERICO.

¿No dijo usted que quería
fumar?

CARLOS.

Sí....no....dame....vete.

PERICO.

A cuatro ordenes opuestas
una sola se obedece,
y ésa es siempre la postrera.

CARLOS.

¡Qué, te vas?

PERICO.

Así parece.

CARLOS.

¡Lindo modo de servir!
Dame, dame prontamente
un cigarro.

PERICO.

Vaya en gracia.
Tome usted.

CARLOS.

¿Y en qué se enciende?

PERICO.

Voy por lumbre.

CARLOS.

¡Habrá maldito!
y que cachaza que tiene.
¡Qué desgraciado que soy!
En dos noches solamente
he perdido la ganancia
brillante de cuatro meses.
Es cosa de darse un tiro.
Si por lo menos hubiese

pagado mis acreedores,
tuviera indudablemente
crédito, y préstamos nuevos
me armaran, mas ¿quién se atreve
á pedirles en el día?
Luego, son tan descorteses,
tan groseros.... una cara
tienen tan griega, que mete
miedo.... cara de acreedores.
Si mi tío complaciente
quisiera por cuarta vez
pagarles.... nada se pierde
en ensayarlo: es tan bueno,
que ¿quién sabe?

ESCENA VI.

PERICO Y DON CARLOS.

CARLOS.

¡Ola! ¿Ya vuelves?
Yo pensé que te quedabas
por allá,

PERICO.

Si usted supiese
lo que hice en tan poco tiempo.

CARLOS.

¿Pues qué hiciste?

PERICO.

Hice valiente

que el ejército enemigo
se volviera á sus cuarteles,
y levantase el asedio
de nuestro indefenso fuerte.

CARLOS.

Explicate.

PERICO.

El Zapatero
y el Sastre con sus mujeres,
oficiales y aprendices,
leznas, tijeras y muebles
estaban....

CARLOS.

¿Dónde?

PERIDO.

En la puerta
de vuestro mismo retrete.

CARLOS.

¿Qué dices?

PERICO.

Ya era imposible
é inútil entretenerme
en disculpas, y promesas;
y así con semblante alegre
é impertérrito, abracé
el partido más prudente:
les pido albricias, me miran,
como si no lo creyesen;
los felicito, y entonces

me presentan sus papeles.
Yo, sin tomarlos, añado
que tenemos ya corriente
aquella letra de cambio
que nos sirvió tantas veces
(sin haber nunca existido)
de Palladium; que usted quiere
pagarles; pero que fuera
en extremo conveniente
que volviesen á las doce
en punto, porque ahora duerme
el amo, y yo no me atrevo
por aquestas pequeñeces
á dispertarle. Ea Damián.
adiós; adiós señor Lesmes,
cuidado con la escalera,
y no me falten ustedes
á la cita; no se olviden
las cuentas, y si pudiesen
estar en papel sellado,
mejor. En fin los corchetes
se marchan, y hasta las doce
respiramos.

CARLOS.

¡Lindamente!
A las doce ya estaré
en donde ellos no me encuentren:
no obstante; siempre esta fonda
tuvo el grave inconveniente
de tener sólo una puerta
á la calle; y si sucede

que me acechan, ¿cómo diablos
podré escapar de sus redes?
Por lo mismo será bueno
que pensemos seriamente
en mudar de alojamiento.

PERICO.

Si al menos usted tuviese
una recomendación
de algún amigo ó pariente
para el administrador
del hospicio.

CARLOS.

Ciertamente *Riendo.*
¡fuera un líndo alojamiento!

PERICO

Para quien nada posee,
yo no encuentro otro mejor,
ni que más barato cueste.

CARLOS.

¡El hospicio!

PERICO.

Mucho temo
que sólo este arbitrio os quede;
y para casa de baños
la fuente de la Cibeles.

CARLOS.

¿Estás loco? ¿Estás borracho?

PEIRCO.

Sí, borracho; buena gente

son los tales taberneros
de Madrid, para que presten
su cristiana mercancía
á quien la plata no suelte.
No Señor, no estoy borracho,
sino aburrido, impaciente,
desesperado, mortal.

CARLOS.

Y dime. ¿podrá saberse
la causa de tu quebranto?

PERICO.

Sepa usted....

CARLOS.

¿Qué te detiene?

PERICO.

que don Manuel....

CARLOS.

¿Está enfermo?

PERICO.

Ojalá

CARLOS.

Quizá la muerte....
Santo Dios terrible idea....!

PERICO.

No ha muerto, no, pero quiere
casarse:

CARLOS.

¡Caspita!

PERICO.

Y como
la novia es como un trinquete,
no será extraño que tengan
sucesión, y que se lleven
los demonios vuestra herencia,
y mi salario los duendes.

CARLOS.

¿Quién es la novia?

PERICO.

La vuestra.

CARLOS.

¿Qué dices?

PERICO.

Que si no mienten
los informes de Tomasa,
es su señorita.

CARLOS.

Imbécil,
mentecato, ¿no conoces
que han querido entretenerse
á tu costa?

PERICO.

Dios lo quiera.

CARLOS

Una mujer que se muere
por mí, que me ha prometido
ayer tarde su celeste

retrato, sí, su retrato
que cien diamantes guarnecen,
como prueba de su amor
¿quieres ahora que me deje?

PERICO.

No lo quiero, ni por pienso.
Bien sabe Dios me enternece
esa prueba del retrato
aun más de lo que os parece:
pero ¿cuando nos lo dá?

CARLOS.

Hoy mismo, si concluyere
el diamantísta su encargo,

PERICO.

Dios mio, si nos conviene,
(que si convendrá, señor)
haced que se nos despene
antes que dé medio día:
pero ¡ay de mi! y si fuera
exacta mi relación,
¿qué haremos?

CARLOS.

¿Otra vez vuelves
á las andadas?

PERICO.

Un pobre
teme más que diez mujeres.

CARLOS.

No temas nada; mi tío

me quiere tan tiernamente,
que si Dios no lo remedia,
me dejará cuanto tiene:
luego, mira el celibato
como un estado que debe
hacer su felicidad;
y tanto los otros teme,
que en hablándole de boda
pierde el color, y enmudece.

PERICO.

Se acordará de las suegras.

CARLOS.

Así pues, no me recuerdes
semejante tontería,
y dime si viste al jefe
de mi ejército Israelita.

PERICO.

Si Señor, estube á verle.

CARLOS.

¿Que dice don Simeón?

PERICO.

Que no tiene inconveniente
en prestar los cien doblones.

CARLOS.

¿Cierto?

PERICO.

No dejó de hacerse
de pencas; mas lo reduje
por fin.

CARLOS.

¿A los intereses
consabidos?

PERICO.

Se supone:
cinco reales cada veinte.

CARLOS.

Ven, Perico de mi vida,
á que en mis brazos te apriete:
ven te digo.

PERICO.

Soy un tuno,
un bufón impertinente,
un pesado.

CARLOS.

No lo creas:
siempre fuiste el confidente
el amigo, el consejero
de tu amo, y....dí, ¿se conviene
supongo, don Simeón
con la firma solamente
como en otras ocasiones?

PERICO.

Ese es el item; que quiere
prenda.

CARLOS.

¿Prenda?

PERIÇO.

Si señor.

CARLOS.

Maldito seas, imbécil,
bruto....

PERICO.

¿Pues soy el que pido?

CARLOS.

Bribón....

PERICO.

¿pues presto á intereses?

CARLOS.

¡Prenda yo! prenda dijistes

PERICO.

Si don Simeón quisiese
contentarse con trapajos,
pero el vinagre prefiere
oro, plata, ó bien diamantes
según me dijo: mas éste
que viene; ¿no es vuestro tio?

CARLOS.

El es,

PERICO.

Pues sermón me fecit.

CARLOS.

¡Ay Dios! huyamos Perico.

PERICO.

Huyamos, si es que se puede.

ESCENA VII.

DON MANUEL, *solo.*

MANUEL.

¿Carlos, Carlos, Periquillo?
es bien inútil que piensen
escaparse de mis uñas.
Corran, corran como liebres
nada importa; porque al cabo
aunque logren esconderse,
yo sabré por vida mía
encontrarlos. Cabinete
y alcoba he de registrar,
y en dando con sus mercedes,
por las orejas vendrán
á escuchar, mal que les pese,
las postrimeras razones
de un irritado pariente.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON MANUEL, DON CARLOS, Y PERICO.

MANUEL.

Aquí ha de ser, sin remedio;
aquí de grado ó por fuerza
tienes que escucharme.

CARLOS.

Pero
¿no pudiera en la otra pieza
haberse hablado lo mismo?

MANUEL.

Quiero yo que en ésta sea:
sin embargo, no te asustes,
que ni será muy molesta
ni larga mi relación

PERICO.

¡Ay! si escurrirme pudiera. (*aparte.*)

MANUEL.

¿A dónde va ese tunante?

PERICO.

Si no me engañan las señas
habla conmigo. (*aparte.*)

MANUEL.

Bribón
cuidado con que te muevas;
porque tengo que ajustarte
después una larga cuenta.

PERICO.

Pues, señor, si yo entendiese
eso de cuentas, ¡no fuera
ya lotero ó sacristán
en vez de gastar librea!
Así no se canse usted.

MANUEL,

Yo haré que tú las entiendas.
Carlos, quiero recordarte,
aunque extraño te parezca,
que á mi cariño le debes
tu educación y carrera.

CARLOS.

¡Ah señor! os debo tanto....

PERICO.

Y son tantas nuestras deudas,

que ni olvidarlas podemos
ni pagarlas

MANUEL.

Sin mi tierna
compasión, huérfano triste
y abandonado en la tierra,
¿qué hubiera sido de tí?
¿cuál tu existencia rastrera?
Mi hermano fué caballero,
fué pobre, y por consecuencia
hubo al cabo de abrazar
la carrera de las letras
ó la de las armas....

PERICO.

Ambas
son en pelo.

MANUEL.

Preferencia
á la de las armas dió,
y en el sitio de Figueras
halló una muerte gloriosa.

PERICO.

Lo mejor que se halla en ella. *(aparte.)*

MANUEL.

Tu madre, que tiernamente
le amaba, cedió á su pena
y murió también. Tu sólo
quedaste sin resistencia,
tierno infante, desvalido

y entregado á la miseria;
pero no quedaste tal,
pues sabia naturaleza
quiso conservarte un tío
que de padre te sirviera.
Tu padre he sido, cuidé
con esmero de tu ciega
infancia: supe después
procurarte una existencia
digna de tu nacimiento,
ya dándote una discreta
y costosa educación,
ya renunciando á las tiernas
delicias de esposo y padre,
por conservarte mi hacienda,
Aun hice más; un amigo
confiándome la tutela:
de su hija joven y rica,
quiso que yo presidiera
á la elección del que debe
ser su esposo. La belleza,
la inocencia de Luisita,
su candor, su inexperiencia,
desde luego me inspiraron
un afecto, que pudiera
muy bien llamarse pasión,
si nna pasión se venciera
como yo vencí la mía:
y en vez de satisfacerla
como pude y como puedo,
preferí que tú te unieras

á ella, la traje á Madrid,
la hospedé en la fonda mesma
en que habitas; procuré
que mutua correspondencia
entre ambos se estableciese,
y como por dicha nuestra
[efecto, sin duda alguna
de la cacareada influencia
de las luces] son ahora
las amorosas cadenas
más fáciles de llevar
ó menos etiqueteras;
conseguí por fin y postre,
que te murieses por ella
antes del tercero día,
que al quinto se lo dijeras,
y que al sexto ya tuvieses
el sí de tu amada prenda.

PERICO.

Eso es amar, y no como
amaban nuestras abuelas,
quienes antes de explicarse,
ayunaban diez cuaresmas.

CARLOS.

Sí señor, confieso humilde
que vuestra beneficencia,
vuestro amor, vuestros desvelos....

MANUEL.

¿Y para qué lo confiesas?
¡para agravar más y más

tu ingratitud? ¡Para hacerla
mas criminal á mis ojos?
¡Piensas, insensato, piensas
que tales deudas se pagan
sólo con agradecerlas?
Pues no, amigo, esto no basta,
y tu conducta indiscreta
desmiente lo que tus labios
en persuadirme se empeñan.
Un modo noble y sincero
hay de agradecer finezas,
y este modo nunca es otro
para mí que merecerlas.
¿Mereces tú las que yo
te dispensé? ¿tu obediencia,
tu respeto, tus acciones
acaso, dime, concuerdan
con tus palabras? ¡Qué has hecho
para probarme tu tierna
gratitud?

CARLOS.

¿Qué le diré?

MANUEL.

Si yo aguardo tu respuesta
tarde ó nunca acabaremos:
así, pues, con tu licencia
voy á responder por tí.

PERICO.

Ahora sí que granillea. *[aparte].*

MANUEL.

Jugador incorregible,
inmoral y calavera,
has seguido de los vicios
la siempre funesta senda:
has hollado tus principios,
has burlado mis severas
instrucciones, despreciaste
mis consejos, y con befa,
con baldón, con vituperio
has pagado mis ternezas.

PERICO.

Cuando se paga, se escoge
siempre la peor moneda. [*aparte.*]

MANUEL.

Compañero inseparable
del garito y la bayeta,
entre trampas y barajas,
arrastras una existencia
bien inútil. Carlos, Carlos,
¿qué hiciste de tus primeras
inclinaciones? ¿Por qué
has trocado tu inocencia,
tu candor y tus virtudes,
por la inquietud, por la negra
avaricia, por placeres
infames y por bajezas?

CARLOS.

¡Ah señor!

MANUEL.

¡Cómo te encuentro!
Tu palidez, tus ojeras,
ese pelo desgreñado,
ese desaliño, ¿dejan
acaso ninguna duda
de las penas que atormentan,
que despedazan tu pecho?
¿Cualquiera que así te viera,
no te juzgara por uno
de los muchos que se emplean,
vagando de monte en monte
en robar la hacienda ajena?
¿No creyera que has pasado
la noche en una caverna?

PERICO.

Entre caverna y garito *(aparte)*
la distancia es bien pequeña.

MANUEL.

Pues no amigo, yo no puedo
sin gravar más mi conciencia,
consentir que así te olvides.
Mi honor, mi delicadeza,
mi deber, y mi sosiego
sufrieran, si tal hiciera
por más tiempo. Mientras tuve
esperanzas de tu enmienda,
todo lo llevé con bien;
pero pues que tú te empeñas
en desengañarme, debo

desistir ya de mi empresa,
y á tus locos extravíos
dejarles la rienda suelta.
Busca necio el precipicio,
sigue, sigue enhorabuena
la conducta que te infama:
nada me importa. Ya cesan
para siempre las disputas
entre nosotros. Tú juega
de sol á sol si te place,
porque yo, con tu licencia,
he tomado mi partido.

PERICO.

También mi amo.

MANUEL.

¡Habrá insolencia
igual!

PERICO.

Pero si....

MANUEL.

¡Bribón!

PERICO.

Aquí nadie bribonea,
sino dice la verdad:
y aunque usted se enfade, sepa
que su sobrino, después
de reflexiones muy serias
también tomó su partido.

MANUEL.

¿Y cuál es?

PERICO.

El que les queda
á todos los jugadores
que conocen su demencia
y se arrepienten.

MANUEL.

Sí, cuando
no tienen una peseta.

PERICO.

Ya, en desconfiando de todo....
mire usted la Magdalena,
después que fué pecadora,
fué santa y....

MANUEL.

¿Y qué tu amo piensa
también en canonizarse?

PERICO.

No señor; pero resuelta
tiene su enmienda: si no
pregúntele usted cuál era
de nuestra conversación
la delicada materia
cuando usted llegó á su cuarto.

MANUEL.

Y vamos, ¿cuál era? cuenta.

PERICO.

Toma, que está ya resuelto

á pagar todas sus deudas,
y á no volver á jugar
en la vida.

MANUEL.

¡Ya, protestas
de jugadores, que duran
hasta que la flota llega!

PERICO.

Pero señor, si Don Carlos
tuviese la infame idea
de volver á las andadas,
¿sus deudas satisfaciera?
¿se quedara sin dinero?

MANUEL.

¿Conque según eso piensa
en pagarlas todas?

PERICO.

Todas.

MANUEL.

¿Es esto Carlos de veras?

CARLOS.

Si señor, he conocido
del juego las consecuencias;
y para siempre detesto
vicio que tan caro cuesta.

MANUEL.

No me engañes.

CARLOS.

Si lo hiciere
permita el cielo....

PERICO.

Que llueva
por Abril. *(aparte.)*

MANUEL.

Basta, no jures;
y si quieres que te crea,
tus trampas paga al instante.

CARLOS.

Mi intención, señor, es esa.

MANUEL.

Pues bien, ¿en qué te detienes?
marcha.

CARLOS.

Es que....

MANUEL.

Vaya, ¿qué nueva
dificultad se te ofrece?

CARLOS.

Ninguna: sólo desea
mi voluntad complaceros;
y así con vuestra licencia
iré á llenar mis deberes.

MANUEL.

Anda con Dios. Si las señas *(aparte.)*
no me engañan, me parece
que de esta vez va de veras.
El pobre está arrepentido,
conoce ya su demencia,
y luego.... ¿Qué no te has ido?

CARLOS.

No señor.

MANUEL.

¡Pues está buena
la cachaza!

CARLOS.

¿Y culpa mía
será acaso que no tenga
yo suficiente dinero
para cumplir mi promesa?

MANUEL.

¿Ahora salimos con eso?

CARLOS.

Cada cual sus cuentas echa
en razón de lo que tiene;
y así, si usted no me presta
algún dinero, no sé
cómo hacerlo.

MANUEL.

¡Linda treta
á la verdad! pero, amigo,
de puro vieja no cuela.
Sólo siento que me juzgues
tan necio que presumieras.
engañarme.

CARLOS.

¿Yo engañaros?

MANUEL.

Y atrapar á buena cuenta

mi dinero, con el cebo
engañoso de tu enmienda.

CARLOS.

No señor, y si usted quiere
satisfacerse....

MANUEL.

¿Que intentas
hacer?

CARLOS.

Daros el dinero
que tengo en la faldriquera
y con él, que usted se encargue
de pagar cuanto se adeuda,
supliendo lo que me falte:
de este modo usted se queda,
sin escrúpulos, y yo
también me quedó sin esas
malditas trampas.

PERICQ.

Señor
Don Manuel, si usted no acepta,
no tiene perdón de Dios.

MANUEL.

Pero hombre, deja que sepa
á cuanto asciende el caudal
de tu amo.

PERICO.

En una cuenta
tan larga, ¿qué monta un cero
más ó menos?

MANUEL.

Interesa
sin embargo....

CARLOS.

Amado tío,
no olvidéis vuestra terneza
en tan crítica ocasión.

PERICO.

Por santa Polonia excelsa
abogada y protectora
de los dolores de muelas,
dejaos, señor, arrancar
las que tenéis en talegas:
haced el postrer esfuerzo.

CARLOS.

Por Dios....

PERICO.

Por la Virgen....

MANUEL.

Ea,
bien está, lo haré, mas juro
que si otra vez....

CARLOS.

Nada tema
usted; y pues merecí
volver de nuevo á su tierna
gracia, permitidme que
me retire.

MANUEL.

¡Ya me dejas!

CARLOS.

Es preciso que me vista
para ponerme en presencia
de Luisa y desenojarla.

MANUEL.

Dices bien; no te detengas.

ESCENA II.

DON MANUEL Y PERICO.

MANUEL.

Y tú Perico; bien puedes
presentarme cuando quieras
la cuenta de vuestras trampas
pero cuidado, no sea
cuenta del gran capitán.

PERICO.

Está bien.

MANUEL.

Mira que arriesgas
si te cojo en un renuncio,
mucho más de lo que piensas.

PERICO.

¡No sabe Vd. que soy noble!

MANUEL.

¿Si? pues obra con nobleza.

ESCENA III.

DON MANUEL *solo*,

¡Valgate Dios por sobrino!
¡no es nada lo que me cuesta!
Dinero, quietud y novia;
porque al fin, si yo quisiera
aprovecharme, no hay duda
que me casara con ella.
Es tan linda y tan amable....
Luego la conducta necia
de Carlos, la enfada tanto,
que casi, casi.... Me tiemblan
las carnes sólo en pensarlo.
¿Y de mi Carlos que fuera
entonces? ¡Pobre sobrino!
Vaya vaya, si se enmienda,
todo lo demás es menos;
y aunque yo mi dicha pierda,
si logro labrar la suya
si por mi deja la senda
del vicio, en en el pecho mío
hallaré la recompensa.

ESCENA IV.

DICHO D.ª LUISA Y TOMASA

LUISA.

¿Señor D. Manuel?

MANUEL.

¿Señora?

LUISA.

Me alegro infinito hallaros.

MANUEL.

Y yo no pensé encontraros
ni en tal sitio, ni en tal hora

LUISA.

Mi fiero pesar no deja
Lugar á la reflexión

MANUEL.

Tenéis Luisita razón;
mas suspended vuestra queja;
que en los extremos de un mal
suele encontrarse el remedio.

LUISA.

Yo no encuentro ningún medio

MANUEL.

Pues yo sí.

LUISA,

Decidme cuál.

MANUEL.

Mi sobrino arrepentido
de sus locos devaneos
y cediendo á mis deseos
abjurarlos ha ofrecido.

LUISA.

¿Cómo puedo yo creer
á quien siempre me engañó?

MANUEL.

Mirad que lo prometió.

LUISA.

Lo mismo me dijo ayer,
y no ha dejado por eso
de jugar la noche entera.

MANUEL.

Ha sido por vez postrera,
y os pido por tal exceso
en mi nombre su perdón.

LUISA.

Mucho en verdad me admiráis

MANUEL.

¿Y por qué?

LUISA.

Porque olvidáis
su culpa y vuestra razón.

MANUEL.

No puedo olvidar que ayer
os hablé de otra manera
pero amor mi intérprete era
y hoy lo es sólo mi deber
Don Carlos es mi sobrino,
y pues que os pudo agradar,
no debo sacrificar
su destino á mi destino.
Una loca ligereza
pudo causar su extravío

y merecer que en desvío
se trocase la terneza;
pero al cabo la razón
con vuestros dulces encantos
disipa delirios tantos
y le vuelve á su pasión.
Gozad pues, de la victoria,
recibidle, perdonadle,
que si yo logro mirarle
digno de su misma gloria,
podré á pesar de mi amor
ser dichoso lo bastante,
que si pierdo como amante,
ganaré como tutor.

ESCENA V.

DOÑA LUISA Y TOMASA.

LUISA.

¡Ay Tomasa! ¿Has escuchado?

TOMASA.

Si señora que escuché.

LUISA.

Y bien, ¡qué me dices?

TOMASA.

Que
Don Manuel es un dechado
de nobleza y de bondad.

LUISA.

Y á tal punto me interesa,
que le premiara sin esa
maldita debilidad
que en favor de su sobrino
agita mi corazón.

TOMASA.

¿Con que obtendrá su perdón?

LUISA.

¿Su perdón? ¡qué desatino!
no lo pienses por tu vida,
¿pues no ves que me ofendió
demesiado?

TOMASA.

Lo que yo
os veo es muy derretida,
y me temo....

LUISA.

¡Qué locura!
no temas, no, que le abone
ni que jamás le perdone.

TOMASA.

O arriesgáis vuesta ventura.

LUISA.

Pero mira que te advierto
que nunca me hables por él.

TOMASA.

¿Soy acaso Don Manuel?

LUISA.

Es que te miro por cierto
inclinada á su favor.

TOMASA.

¡Jesús! No tal, señorita
si sólo el verlo me irrita
¿qué no hará su loco amor?

LUISA.

¿Me lo ofreces?

TOMASA.

Sí señora.

LUISA.

Pues yo sabré en mi despecho
desterrar de un tierno pecho
una imagen que aun adora.

TOMASA.

Dejadme, pues, preguntar
qué supo decir ó hacer
para tanto merecer.

LUISA.

¿Qué supo? supo agradar.

TOMASA.

¿No más?

LUISA.

¿Y qué, no es bastante?
¿Puede haber mayor talento
que aquel que nos da el contento
y hace feliz un amante?

De un vasallo de Cupido
nunca el mérito es dudoso,
y es galán si es venturoso,
feo y necio si aborrecido;
pero no importa, te juro
que venceré mi pasión.

TOMASA.

Y vuessro fiel corazón
que nunca ha sido muy duro,
¿podrá acaso resistir
ni á sus quejas, ni á su llanto?

LUÍSA.

Sabrá burlar su quebranto,
y también sabrá sufrir.

TOMASA.

¿De veras?

LUISA.

Tú lo verás.

TOMASA.

Eso sí que es ser mujer
de provecho y de saber.

LUISA.

Pronto lo conocerás;
pues temiéndose mi enfado
vendrá el necio á suplicar,
y yo no le he de escuchar.

TOMASA.

¡Ay señorita! cuidado:
mire Ud. que del amor

la táctica es conocida,
y toda plaza es rendida
cuando escucha al sitiador;
por eso, aunque un si es no es
humildito y ruboroso
venga el galán engañoso
y se arroje á vuestros pies,
y os coja la blanca mano,
y la bese, y llore y diga:
" perdóname dulce amiga
" alivia mi mal insano,
" duélete de mi sufrir,
" vuélveme tu corazón,
" ó á mi desesperación
" le resta sólo morir".
No le oigáis, y si volvéis
el rostro, haced que los ojos
le digan vuestros enojos;
que aunque entonces le miréis
fingir, como que se vá,
ó en estudiado despecho
maltratarse rostro y pecho,
nada importa, pues tendrá
en no herirse buen cuidado,
y aunque se arranque el cabello
tampoco os duela por ello
que sin duda está pagado.

Luisa.

Dices bien; y es de admirar
por cierto tu gran saber

TOMASA.

El gallego y la mujer,
si llegan á despuntar,
no hay matemático fino,
ni estudiante, ni letrado
que pueda ser comparado
á su ingenio peregrino:
por lo tanto, no extrañéis
que yo sepa....; mas ¡ay Dios!
Don Carlos viene, y con vos
quiere hablar no lo dudéis.

LUISA.

Pues que venga, y su traición
recibirá un desengaño.

TOMASA.

Para conocer su engaño
no hay que olvidar mi lección.

ESCENA VI.

DOÑA LUISA, TOMASA Y D. CARLOS.

CARLOS.

¿Querrá mi dueño adorado
tornar los divinos ojos
y curar de sus enojos
á un amante desdichado?

TOMASA.

¡Qué tal! ¿No lo dije yo?

CARLOS.

¿Podrá esperar su perdón?

TOMASA.

Esta sí que es ocasión
para decirle que no.

CARLOS.

Conozco que su furor
por un vergonzoso vicio
dificulta el beneficio,
y justifica el rencor;
mas si el verle arrepentido,
si postrándose á sus pies....

LUISA.

No es ésta la primer vez
en que ya engañada ha sido:
así que vuelva en buena hora
en pos del tapete verde
y nunca de mí se acuerde.

TOMASA.

¡Bravísima, mi señora!

CARLOS.

Y qué ¿por siempre un desdén
le priva de la esperanza?
Dejadle tener confianza
en la bondad de su bien.

LUISA.

Hará muy mal.

TOMASA.

Señorita,
pocos dimes y diretes,
porque tales matasietes
matan con la lengüecita.

LUISA.

Idos don Carlos.

CARLOS.

Mirad
que....

TOMASA.

Si Dios no lo remedia
ahora empieza la tragedia.

CARLOS.

Haré vuesta voluntad;
pero me voy á morir.

LUISA.

¿A morir?

CARLOS.

Quedad con Dios.

LUISA.

¿Donde vais? ¿Estáis en vos?
detened....

CARLOS.

No.

TOMASA.

Dejadle ir.

LUISA.

Detened por vida mía.

CARLOS.

¿Me lo mandáis?

LUISA.

Sí señor.

CARLOS.

¿Y me volvéis vuestro amor?

LUISA.

También, aunque no debía.

CARLOS.

¡Cielos, qué felicidad!
Permitid....

LUISA.

Dejad extremos,
y con tal que nos amemos
bendeciré mi bondad.

CARLOS.

Os juro....

LUISA.

Callad ingrato;
que sin que juréis os creo;
y en prueba daros deseo
el consabido retrato.

CARLOS.

Será talismán á veces
en favor de mi deber.

LUISA.

Venid pues.

TOMASA.

Al fin mujer
mucho ruido y pocas nueces.
Y no hay ninguna por más
ofendida que se crea,
que si no la llaman fea
no perdone lo demás.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON CARLOS, Y PERICO.

CARLOS.

¿Perico?

PERICO.

¿Señor?

CARLOS.

Ven pronto.

PERICO.

Aqui estoy.

CARLOS.

Mira hombre, mira
el retrato prometido
de mi idolatrada Luisa,

PERICO.

¿El de los diamantes?

CARLOS.

Si,

el mismo.

PERICO.

¡Jesus que dicha!

CARLOS.

¡Repara que lindos ojos!

PERICO.

¡Qué gordos que son!

CARLOS.

¡Qué pupilas

tan negras!

PERICO.

Por poco más

como el puño

CARLOS.

Tú deliras

PERICO.

No tal.

CARLOS.

¿Pues dime qué dices?

PERICO.

Dígame usted que decía.

CARLOS.

Yo de sus ojos hablaba,

PERICO.

Yo de sus diamantes.

CARLOS.

Quita,
botarate, y con tus chistes
no distraigas la delicia
que me enajena al mirarla.
¡Ay qué boca! ¡Qué sonrisa!
¿Perico?

PERICO.

¿Señor?

CARLOS.

Te juro
que jamas la ví tan linda
como ahora.

PERICO.

Ya ve usted, siempre
una mujer que se pinta,
vale más que sin pintar.

CARLOS.

Es que está muy parecida
y con todo..yo la encuentro
un no sé que...

PERICO.

Si: la misma
cosa me sucede á mi.

CARLOS.

¿Y te agrada?

PERICO.

Y maravilla

CARLOS.

¿Qué la encuentras? vaya, dilo.

PERICO.

Lo que puso el diamantista.

CARLOS.

¡Maldito seas!

PERICO.

¿Pues acaso
brillaba lo que ahora brilla?

CARLOS.

Si tú vieras qué enfadada
conmigo estaba Luisita,
y qué trabajo, Perico,
me ha costado reducirla,
te admirara.

PERICO.

Lo supongo.

CARLOS.

Pero al fin, dos lagrimitas
á tiempo y cuatro razones
de las que llaman bien dichas,
pudieron más que su enojo,

PERICO.

Vaya, que también habría
su juramentito al canto,

CARLOS.

Si lo hubo.

PERICO.

Cosa precisa;
porque en la Ermita de Amor,
después de pasadas riñas,
si los votos se colgaran
fuera almacén y no hermita

CARLOS.

Juré dejar para siempre
el juego.

PERICO.

Y también las citas,
las bromas, las francachelas
y lo demás.

CARLOS.

También.

PERICO.

¡Viva!
Bueno es que con el autor
se vaya la compañía.

CARLOS.

Ea, Perico, vida nueva,
sin esperar la otra vida.

PERICO.

¡Vaya en gracia!

CARLOS.

Los principios
siempre se harán cuesta harriba,

no hay remedio; porque al cabo
las horas que entretenía
en el juego, será fuerza
ocuparlas de distinta
manera.

PERICO.

Pues ya se ve,

CARLOS.

Escucha. Yo no leía
jamás; pero determino
leer dos veces cada día
desde ahora.

PERICO.

¡Bien hecho!

CARLOS.

El Diario
caerá por la mañanita,
y la gaceta después
de cenar.

PERICO.

¡Bravo!

CARLOS.

En seguida
emprenderemos algún
estudio útil, que nos sirva,
y nos deleite: verbí-gracia.
el ajedrez.

PERICO.

¡Qué maldita
inclinación! ¿Otro juego?

CARLOS.

Si; pero se necesita
para jugarlo, saber
un poco de Astrología

PERICO.

¡Lindo estudio para un novio!

CARLOS.

En fin, Perico, mi vida
pasará gustosamente
en teatro, café ó visitas,
y si acaso sobra tiempo,
para eso tengo la dicha
de casarme.

PERICO.

Siempre os quedan
los placeres de familia.

CARLOS.

¿Quién lo duda? Los chiquillos
no siempre lloran ni gritan;
también dan sus buenos ratos.

PERICO.

¡Muy buenos!

CARLOS.

Ya se imagina
mi cariño que los vé
trepar por mesas y sillas,
romper cristales, tirar
pedradas, cantar la pía,

ó revolcarse, ensuciarse
y descalabrarse.

PERICO.

¡Linda
perpesctiva!

CARLOS.

De mi esposa
nada digo: sus caricias,
á la par de sus encantos,
aumentarán á medida
de los años....sí, no hay duda
aumentarán.

PERICO.

Exquisitas
novedades

CARLOS.

Por lo mismo
diremos en resumidas
cuentas, que por ella sólo
logro la quietud perdida.
Y tú, seductora imagen
de mujer tan peregrina
ven, y nunca te separes
de mí: los labios impriman
mil besos, y luego el seno
de digno templo te sirva.

PERICO.

Conque ya ¿no sale de ahi?

CARLOS.

Primero me moriría,

PERICO.

¿Ni tampoco jugáis más?

CARLOS.

Di mi palabra, y cumplirla
sabré.

PERICO.

Pues á buen tiempo
llega aquel camaradita
de antaño.

CARLOS.

¿Qnien?

PERICO.

Don Jacinto.

CARLOS.

Si, pues viene de perilla.

ESCENA II.

DICHOS Y DON JACINTO.

CARLOS.

¡Jacinto¡

JACINTO.

Adiós chico mio.

CARLOS.

Con cuidado me tenias:
como no te he visto anoche
en casa de doña Rita,
pensé que estabas enfermo.

JACINTO.

!Ojala¡

CARLOS.

Pues qué desdicha
te ha sucedido?

JACINTO.

¿No sabes
mi catástrofe?

CARLOS.

No.

JACINTO.

Pues admira
mi desgracia. Antes de anoche
me mataron.

PERICO

¡Virgen mía!

CARLOS.

¿No es más que eso?

JACINTO.

¿Te parece
poco?

CARLOS.

¡Valiente pamplina!
Pues. hombre, sí me parara
en tamañas tonterias,
también debiera quejarme.

JACINTO.

¿Tronaste?

CARLOS.

En regla.

JACINTO.

¿Y con risa
me lo dices?

CARLOS

Si por cierto:
las almas grandes no chistan
cuando se quedan sin blanca.

JACINTO.

Caramba !Y yo que venia....
pero cuentame á lo menos
tu entierro.

CARLOS.

Fué una maldita
sota, que en negarse dió,
y yo tuve la mania
de quebrar; pero, Jacinto,
no ví otro tanto en mi vida:
diez albures y tres gallos
perdí seguidos.

JACINTO.

¿Y mira,
quién tallaba?

CARLOS.

El italiano
de las gafas.

JACINTO.

Lagartija
igual, con dificultad
se encuentran en la Gregueria.

CARLOS.

Paciencia. Así como así
es la última vez.

JACINTO.

No finjas

CARLOS.

Es el caso que al fin tomo
estado.

JACINTO.

¿Tú?

CARLOS.

Mi familia
se empeña....

JACINTO.

Pues, majadero,
te cayó la lotería.

CARLOS.

No tal, que mi novia es joven.

JACINTO.

Ya será vieja.

CARLOS.

Y bonita.

JACINTO.

Ya será vieja.

CARLOS.

Y la adoro.

JACINTO.

Ya será vieja.

CARLOS.

Y muy rica.

JACINTO.

Eso sí que no envejece:
lo demás es mercancía
cuya moda pasa pronto,
y se arrincona en seguida.

CARLOS.

Por lo mismo estoy resuelto
á no tomar en mis días
la baraja.

JACINTO.

¿Ni apuntar?

CARLOS.

Menos: no vez que podía
perder la dote.

JACINTO.

Es muy cierto,
y según la recibida
opinión, nadie jugar
debiera sin la precisa
condición de no tener
que perder.

PERICO.

La maximita, (*aparte*)
cuán ventajoso es el juego
á lo menos nos indica!

JACINTO.

Conque según eso Carlos,
¿no querrás ver la partida
que desde hoy se ha establecido
en casa de aquella prima
que tuvo don Sisebuto?

CARLOS.

Nada de juego me digas,
y dí: ¿quien talla?

JACINTO.

Don Pedro.

CARLOS.

¿Aquel de caballería?

JACINTO.

El mismo.

CARLOS.

¡Voto va sanes!
y yo le tengo cogida
la suerte de un modo, que....
vaya no se verifica
vez que le apunte, que no
le desbanque.

JACINTO.

¡Hombre; qué dicha!

CARLOS.

¿No ves que está enamorado
de aquella muchacha bizca
sobrina del Racionero,
y por hacerla señitas
y muecas y carantoñas,
se entretiene y se descuida,
y da siempre un juego eterno?

JACINTO.

Entonces no es maravilla
que le ganen.

CARLOS.

Por supuesto:
¿y cuánto pone?

JACINTO.

Cien lindas
medallas.

PERICO.

Y muy devotas. *(aparte)*

CARLOS.

¡Cáspita, qué bien vendrían!

JACINTO.

¿No te tientas?

CARLOS.

Hombre....no,
no me atrevo, y ganaría
indudablemente.

JACINTO.

¿Tienes
corazonada?

CARLOS.

Muy fija.

JACINTO.

Pues haces hombre, muy mal
que á la fortuna la pintan
calva, y nunca hay disculpa
para el que la desperdicia.

CARLOS.

Ya se vé; pero he jurado
ahora mismo....

JACINTO.

¡Tonterías!

CARLOS.

Luego mi novia si llega
á saberlo....

JACINTO.

Gran salida
Carlos por cierto tendrás
esa frente echando chispas.
¿Cómo quieres, botarate,
que una linda señorita
en vísperas de casarse
piense en su novio? La niña
harto tiene en que pensar
con saber sí su modista

la hace el vestido de boda
á la virgen: si las cintas
han de guarnecer á tablas,
ó si se pone cotilla:
así apuesto mi cabèza
á que nunca lo sabía.

CARLOS.

Con todo, chico, no quiero
exponerme.

JACINTO.

Cobardía.

CARLOS.

Además, no tengo uu cuarto.

JACINTO.

Eso es peor,

CARLOS.

Ni caspicias
me quedaron ayer noche.

JACINTO.

¡Qué diablura!

CARLOS

Y yo tenia
seguridad de ganar.

JACINTO.

Ya se vé que ganarías.

CARLOS.

¡Voto á!....¿Perico?

PERICO.

¿Señor?

CARLOS.

¿Te queda alguna reliquia
de tus salarios cobrados?

PERICO.

Señor, por santa Cecilia,
si hace díez meses que no
se me pagan.

CARLOS.

¿No podías
tener de estrangis algún
dinero, y....?

PERICO.

Para cerilla
lo quisiera, si no fuera
porque me acuesto de día

CARLOS.

¿Y tú, Jacinto, no tienes?

JACINTO.

Precisamente venia
á que me armases.

CARLOS.

Pues hombre
el juego nos perjudica,
más vale que no juguemos.

JACINTO.

¡Qué lastima de partida!

CARLOS.

¡Qué dolor de cien medallas!

PERICO.

¡Qué conversión tan divina! *(aparte)*

ESCENA III.

DON SIMEON *y dichos.*

SIMEON.

Señores, santos y buenos
días.

CARLOS.

¡Jesús qué visita!
¿don Simeón?

JACINTO.

¿Quién es éste? *(en voz baja.)*

CARLOS.

Un usurero. *(en voz baja)*

JACINTO.

Una silla *(á Perico)*
al señor.

CARLOS.

Siéntese usted.

JACINTO.

Cúbrase usted.

SIMEON.

No debía,
pero supuesto que ustedes
me lo permlten....

CARLOS.

¡Qué fibra
tan robusta la de usted!
¡qué colores! ¡qué barriga!
vaya, no hay como tener
una conciencia tranquila,
para engordar como un turco.

SIMEON.

Es verdad.

CARLOS.

Nadie os daría,
según lo fuerte que estáis,
de cuarenta años arriba.

SIMEON.

Pues ya tengo mis tres duros
más que menos.

PERICO.

Su avaricia (*aparte*)
se conoce hasta en el modo
con que cuenta su edad misma.

CARLOS.

Pero hablando de otra cosa
dígame vd. por su vida,
¿qué casualidad le trae
por estos barrios?

SIMEON.

Creia
que vd. me necesitaba,
y Periquillo....

CARLOS.

A fé mia
que tenéis mucha razón:
ya lo olvidaba

SIMEON.

Y.... como iba
diciendo, el tal Periquillo
me metió tan grande prisa,
que luego que despaché
mi misa en la Buena-dicha,
he venido para ver
lo que me queréis.

CARLOS.

Tenía
cierto proyecto pero....

JACINTO.

¿Era (*aparte*)
dinerillo?

CARLOS.

Lo adivinas.

JACINTO.

Pues no puede venir nunca
más á pelo.

CARLOS.

Tú me incitas
de un modo, que....

JACINTO.

Vamos, hombre.
es fuerza que te decidas.

CARLOS.

La partida es tentadora.

JACINTO.

No puede ser más bonita.

CARLOS.

¡Y luego talla don Pedro!

JACINTO.

A quien tú siempre le arruinas.

CARLOS.

Ea, pues, escrúpulos fuera.

PERICO.

¿En qué pararán las misas? (*aparte*)

CARLOS.

Sepa vd. don Simeón
que yo necesitaría
unos cien doblones.

SIMEON.

Bueno.

CARLOS.

Si vd. me los facilita
en los términos sabidos,
cuente vd. con....

SIMEON.

Vuestra firma
señor don Carlos me basta

CARLOS.

Asi no se necesita
prenda alguna, como dijo
ese necio.

SIMEON.

Vd. me humilla:
yo no soy ningún prendero
para tomar baratijas,
ni trapajos: no señor,
si á veces tengo la dicha
de que algunos caballeros
de mi bolsillo se sirvan,
es sólo por complacerlos.
Verdad es que las malicias
del siglo me han obligado
á tomar ciertas medidas
de precaución, que aseguren
las cantidades debidas,
por ejemplo: nunca presto
á nadie sin la precisa
condición de que me entregue
antes de todo, y por vía
de depósito, ya sea
alguna joya, ó vajilla
de plata vieja, ó diamantes
usados, ó....

CARLOS.

No prosiga
usted que ya comprendemos
vuestras generosas miras;
pero es el caso que yo
no tengo esas alhajillas
que usted exige, y....

SIMEON.

Pues cuando
usted las tenga, me avisa,
y velveré.

CARLOS.

Don Simeón,
mire usted que me asesina
si no me presta el dinero.

SIMEON.

Ay don Carlos no me aflija
vd. que si lo tuviera
de buena gana lo haria.

CARLOS.

Esfuércese vd.

SIMEON.

No puedo.

CARLOS.

¿Quiere vd. que de rodillas
me ponga?

SIMEÓN.

Será lo mismo.
que si usted se sacrifica.

CARLOS.

Hombre: ¿qué hago?

JACINTO.

¿Qué has de hacer,
si no puedes la avaricia
contentar de este demonio?

CARLOS.

Lo que es poder, bien podía
si me atreviese; pero....

JACINTO.

¡Oiga!
¿te queda alguua sortija
trasconejada?

CARLOS.

Me queda
la imagen de mi querida,
guarnecida de diamantes.

JACINTO.

Vaya, vaya, eso es mentira.

CARLOS.

Mírala.

SIMEÓN.

Con que don Carlos,
tengo, por cierto, una cita,
y es fuerza....

CARLOS.

Soy con usted
al instante. ¿Y tú qué harías
en mi lugar?

JACINTO.

Lo empeñaba,

CARLOS.

Ello es una villanía.

JACINTO.

No hay duda; pero el dinero
urge tanto....

CARLOS.

Esa partida
promete tales ganancias....

JACINTO.

Y tú que tienes cogida
la suerte del susodicho.

CARLOS.

No puede ser: me moría
de vergüenza, si supiesen
semejante bastardía.

SIMEÓN.

Señores, hasta más ver.

CARLOS.

Espere usted por San Dimas,
tan siquiera dos minutos.

SIMEÓN.

Bien; pero ya es mediodía:
así despáchese usted.

JACINTO.

Yo no encuentro otra salida. (*bajo á Carlos.*

CARLOS.

Pero hombre dar un retrato
de mi adorada Luisa....

JACINTO.

¿Y acaso la quieres menos
por eso?

CARLOS.

Más que á mi vida.

JACINTO.

Luego ¿quién sabe si dentro
de media hora te hallarías
en fondos, y rescatabas
entonces á tu cautiva?

CARLOS.

¿Dentro de media hora?

JACINTO.

Pues:
conque se den tres judias
ó tres contrajudias, basta.

CARLOS.

Es cierto, y me vaticina
el corazón, que muy presto
voy á salir de fatigas.
Tome usted don Simeón,
entérese bien, y diga
si prestar sobre tal joya
á su interés perjudica.

SIMEÓN.

No señor: nada se arriesga
con tamaña garantía.

CARLOS.

Pues venga pronto el dinero.

SIMEÓN.

Cabalmente lo traía
contado y todito en oro.
¿Y el recibo?

CARLOS.

¡Alma mezquina!
os lo enviaré con Perico.

SIMEÓN.

Como vd. guste. ¡Ay, benditas
ánimas del purgatorio!
la mañana no es perdida:
voy á pagar por vosotras
de á columnaria dos misas.

ESCENA IV.

DICHOS MENOS, DON SIMEON.

PERICO.

¿Y tiene usted corazón
para....?

CARLOS.

¡Calla! ¿Me predicas?
¿quieres apostar Perico
que te rompo una costilla?

PERICO.

De conversiones tan caras
no busco la nombradía.

JACINTO.

¿Con que vamos?

CARLOS.

Vamos, pues,

PERICO.

¿Y si nuestra Señorita
preguntase por vd.?

CARLOS.

Díla cualquier cosa....díla
que he ido....donde tú quieras,
aunque seà á la Vicaria.

JACINTO.

Vamos

PERICO.

¡Ay Dios! vuestro tío.

CARLOS.

Cayóse la casa encima.

ESCENA V.

DICHOS Y DON MANUEL

MANUEL.

¿Dónde vas?

CARLOS.

Tengo un negocio
tan preciso, que me obliga
á salir sin detenerme.

MANUEL.

¿Pero di cuál es?

CARLOS.

Permita.
Usted que guarde el silencio
sólo hasta mi vuelta.

JACINTO.

Mira.
que son ya las doce y media.

CARLOS.

Con licencia de vd.

MANUEL.

¿Cita
tenemos?

CARLOS.

No es cita....pero
como estoy algo de prisa....
Perico puede deciros
lo mismo que yo os diría.

ESCENA VI.

DON MANUEL Y PERICO.

MANUEL.

¿Quiere vd. señor Perico
explicarme tal enigma?

PERICO.

¿Yo, que sé?

MANUEL.

¿Pues no me acaban
de decir que lo sabias?

PERICO.

Ya ¡Pero como es secreto
de importancia....!

MANUEL.

¡Qué pamplina
de secreto ni qué alforjas!
Vamos.

PERICO.

Ninguna mentira (*aparte*)
se me ocurre de provecho.

MANUEL.

¿Despachas?

PERICO.

Dios me ilumina. (*aparte*)
Pues señor....pero por Dios
no lo sepa doña Luisa,

MANUEL.

No lo sabrá: vaya, dilo.

PERICO.

No sea que luego me riñan.

MANUEL.

No te reñirán: ¿dónde ha ido?

PERICO.

En casa de un retratista.

MANUEL.

¿A qué?

PERICO.

¡Toma! á retratarse.
Es una galanteria
con que quiere sorprender
á su novia.

MANUEL.

¿No decia
que se hallaba sin dinero?

PERICO.

Cierto: mas yo lo tenía
y se lo presté.

MANUEL.

¿Eres hombre
de tanto caudal?

PERICO.

Se pinta
én el día muy barato,
y así no se necesita
gran desembolso. Conozco
retrato que se vendia
al precio de una aleluya.

MANUEL.

Si el tuyo es, no lo valia.

PERICO.

A propósito: aquí tengo
formada la consabida

cuenta, y si vd. no tuviese
inconveniente, podia
satisfacerse, y....

MANUEL.

Pagarla:
¿no es eso lo que querías
decir?

PERICO.

Sí señor, pagarla.

MANUEL.

Leela, pues.

PERICO.

Así principia.
"Relación en cargo y data
"de las deudas contraídas
"en pro y contra de don Carlos
"Goyeneche, Rojo y Silva,
"cuyo deficit (si hubiere)
"por la presente se obliga
"á satisfaces su tío
"Don Manuel...."

MANUEL.

¡Qué tonterías
estás leyendo! si quiares
que te escuche, economiza
encabezamientos, que
no obligan; pero fastidían.

PERICO.

Como así se encabezaba
toda cuenta en la oficina
en donde trabajé....

MANUEL.

¿En cuál?

PERICO.

En la de un memorialista;
y por lo tanto, pensaba....

MANUEL.

Al grano.

PERICO.

Dice en seguida:
"primeramente se deben
"á don Podro Angel Zorrilla
"mil y cuatrocientos reales
"por diez meses y tres días
"de servicio...."

MANUEL.

¿Quién es ése?

PERICO.

Soy yo.

MANUEL.

Te desconocia
por el don.

PERICO.

Nunca lo usaba
mientras que no me valia,

"Item: se debe también
"á don Jorge Zacarías,
"natural de Gibraltar,
"prendero en las Maravillas,
"y sobre todo..."

MANUEL.

Oyes, oyes,
yo no paso esa partida.

PERICO.

¿Por qué?

MANUEL.

Porque huele á usura.

PERICO.

Pues mire vd., esa misma
se ha gastado en socorrer
á personas desvalidas.

MANUEL.

La caridad sin virtud,
no socorre sino envicia.
Adelante.

PERICO.

"Item: á varios
"vecinos ó bien vecinas
"de Madrid, catorce mil
"y cien reales."

MANUEL.

¡Tú deliras!
¿catorce mil y cien reales?

PERICO.

¡Calla! ¿Con que usted se admira?
Y si usted mismo encontrase
quien le calce, quien le vista,
quien le cubra la cabeza,
quien le peine, afeite ó sirva,
quien satisfaga su gula
quien le mantenga berlina,
quien le refresque ó divierta,
quien le adule, quien le asista
y todo aquesto, durante
diez meses, ¿se admiraría
dígame usted, de una cuenta
que contiene tantas tripas?

MANUEL.

No tal.

PERICO.

Pues eso sucede
á mi amo; mas no se aflija
usted que también tenemos
de personas conocidas,
deudas á nuestro favor;
y cobradas, equilibran
las otras.

MANUEL.

Y ¿cuáles son?

PERICO.

¿Conoce vd. por su vida
á don Martín de la Plaza?

MANUEL.

¿Quién, el famoso cambista?

PERICO.

Ese mismo.

MANUEL.

Ya se vé
que le conozco: su hombría
de bien, su mucha riqueza
son de todos conocidas.

PERICO.

Pues ese tal don Martín
á quien tanto usted estima,
cabalmente.... no nos debe
nada....

MANUEL.

¡Cómo!

PERICO.

Pero su hija
tuvo un novio que murió
de oficial de infanteria
en la batalla de Ocaña,
y ese sí que nos debía
muy cerca de cien doblones.

MANUEL.

La diferencia no es chica.

PERICO.

Era dinero cobrado,
si viviera.

MANUEL.

¡Qué desdicha! (*con soflama*)

PERICO.

También tenemos pendiente
una cierta cuentecilla
con un francés jugador
que se marchú á Normandía
su patria, con el objeto
de presenciar la vendimia,
y debe volver muy pronto.

MÁNUEL.

¡Bribón! (*Le da un bofetón*)

PERICO.

¿Qué mosca le pica
á usted?

MAMUEL.

Tunante ¿me juzgas
tan inepto, que podía
tragar tamaños embuetes?
No sé como....

PERICO.

¡Virgen mía!
y ¿qué cnlpa tengo yo
que en Francia se labren viñas?

MANUEL.

Dame el papel.

PERICO.

Tome usted.

MANUEL.

Así se paga en Castilla, (*le rompe.*)
siempre que la mala fe
semejantes cuentas dicta. *ve*

ESCENA V.

PERICO, *solo*

PERICO.

¡Quedamos frescos! ¡Ay cielos
que desventura la mía!
y si don Carlos no gana,
mi corazón pronostica
qne mi salario se cobra
en uvas de Normandía.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

DON MANUEL Y TOMASA.

MANUEL.

Sí, Tomasa, la alegría
de Luisita me acobarda,
y me gusta á un mismo tiempo:
en la primavera grata
de la vida: en la dichosa
juventud, cuanto nos pasa,
otro tanto nos complace,
y nos gusta y nos encanta.
Entonces todos son goces,
y las acciones guiadas
por la amable inexperiencia,
respiran sólo confianza.
Entonces no ven los ojos
sino el objeto qne agrada,

y los colores más negros
en suaves rosas se cambian.
Entonces, por fin, se vive,
y el amor y la esperanza
y el satisfecho deseo,
nos adulan y acompañan.
Pero ¿y luego? No hay remedio;
luego la dicha se cambia,
y los años se suceden,
y los prestigios se apartan.
Ahora, pues, Tomasa mía,
tu señora está entregada
á mil dulces ilusiones
sin temor, sin desconfianza;
temo, empero, que no tarde
el desengaño.

TOMASA.

¡Cachaza
igual no la vi jamás!
usted se queja, malgasta
todo su tiempo en arengas
que no le sirven de nada,
y no se acuerda siquiera
que con sólo dos palabras
puede remediar el mal.

MANUEL.

Ya es tarde.

TOMASA.

¿Y suya es la falta?
¿No es usted todo un tutor?

pues si conoce que el maula
de su sobrino no puede
hacer feliz la muchacha
¿por qué protege su amor?
casi, casi me dán ganas
de creer que nunca ha tenido
la pasión que demostraba
en favor de mi señora,
porque si no....

MANUEL.

Tú te engañas;
porque esa misma pasión
sólo es quien mis manos ata.
Mi propia delicadeza
me impone tantas y tantas
trabas en este negocio,
que para desenlazarlas,
ni es suficiente el deseo,
ni alcanza prudencia humana.
Si me opusiera á la boda
si de Luisita lograra
la mano, y luego la viese,
aunque tarde, disgustada,
¿cuál no fuera mi agonía?
¡y quién sabe si las faltas
de mi sobrino; no son
tan graves! puedo mirarlas
acaso con el anteojo
del interés, y....en fin, Tomasa
bien conoces que ninguno
es buen juez en propia causa.

TOMASA.

Todo eso será muy bueno;
pero lo fijo es, que mi ama
se casará con don Carlos
y....

MANUEL.

Lo aciertas: hoy se trata
de firmar los esponsales,
y luego por la mañana
se casarán tempranito.

TOMASA.

¡Ay don Manuel! ¡qué desgracia!
¡cuánto compadezco á vd!

MANUEL.

No es mi suerte afortunada,
ciertamente; pero al cabo
con el tiempo y la distancia
quizá...

TOMASA.

¿Qué, se nos va vd.?

MANUEL.

Irme pienso á Salamanca
apenas se haga la boda,
y estarme una temporada;
á menos que tu señorita
no me necesite.

TOMASA.

Vaya,
no hay remedio, suelto el trapo.

MANUEL.

Pero mujer....

TOMASA.

Tantas ansias,
tantos afanes, señor.
¡mire usted en lo que paran!

MANUEL.

Tu afecto Tomasa mía
me interesa tanto....

TOMASA.

Pasman
las cosas que en favor vuestro
hice yo siempre....

MANUEL.

Mil gracias.

TOMASA.

Y semejantes servicios
en verdad, nunca se pagan
lo bastante.

MANUEL.

Sí por cierto;
pero al menos toma y calla,
Tomasita, que un dolor
tan sin interés traspasa.

TOMASA.

Por supuesto; mas al cabo
con llorar nada se alcanza:
será fuerza consolarme.

MANUEL.

Harás bien.

TOMASA.

Y pues me aguarda
sin duda, la Señorita,
me voy á ver si me manda
alguna cosa, y de paso
puede ser me atreva á darla
la enhorabuena, pedírla
albricias, aunque con rabia.

ESCENA II.

DON MANUEL *solo*

MANUEL

¡Lo que tarda este muchacho!
Bien sabe Dios que me escama
la bagatela menor,
en aquesta circustancia.
¡Ay Carlos! yo te perdeno
tus imprudencias pasadas,
y mi hacienda y mi cariño
te lo prueban á las claras;
pero si nuevas locuras
comprometen de mi amada
pupila el dulce sosiego,
prometo no perdonarlas,
y que mí cólera entonces
sobre tí sañuda caiga...
mas aquí viene Perico.

ESCENA III.

DON MANUEL Y PERICO.

MANÚEL.

Oyes, Perico.

PERICO.

¿Quién llama?

MANUEL.

¿Dónde está tu amo?

PERICO.

No ha vuelto
todavía.

MAMUEL.

¿Y díme, la casa
no sabes del retratista?

PERICO.

No señor

MANUEL.

Esta tardanza
no sé qué diablos indica.

PERICO.

¿No sabe usted que se tarda
doble tiempo en retratar
narices á la romana,
como son las de don Carlos,
que si las tuviese chatas?

MANUEL.

Mira, Perico, te encargo
no te muevas de esta sala,
y le dirás, cuando vuelva,
que por la Virgen no salga,
porque á las cuatro se firman
los esponsales.

PERICO.

¡Pues anda!
ya dieron las tres y media.

MANUEL.

Que no se duerma en las pajas,
y advierta que aunque su novia
está muy enamorada,
las mujeres son capaces
de todo, si las desairán.

ESCENA IV.

PERICO *solo.*

PERICO.

Tiene razón, y conozco
más de tres, qne si se hallaran
en igual caso, le dieran
á su novio calabazas.
¡Bonitas son las mujeres!
Dígalo, si no, Tomasa,
el día que me entrecogió
en el pasillo, y....¡Mas calla!

¿No es don Carlos el que sube
la escalera?....¡Cómo salta
de tres en tres escalones!....
Las orejas apostara,
según lo alegre que viene,
á que ganó cien medallas.

ESCENA V.

DON CARLOS Y DICHOS.

PERICO.

¡Gracias á Dios que volvemos
á ver á vd.! ¡Yo pensaba
según lo tarde que viene,
que por allá se quedaba.

CARLOS.

Y siete, sesenta y tres
onzas: vamos, no fué mala
la corazonada, no.

PERICO.

Su tío de vd. acaba
de deeirme, que cuidado
no se marche vd. de casa,
porque tiene que firmar
los esponsales.

CARLOS.

¡Caramba!
y si no tomo aquellas

por mayor....sí que ganaba
otras veinte....

PERICO.

Tomasilla
me dijo que....

CARLOS.

Me alegrara,
como soy, que los Licurgos
de una vex nos declararan
si el tal as era mayor
ó menor.

PERICO.

Su ama extrañaba
que usted no la hubiese vuelto
á ver desde esta mañana.

CARLOS.

¡Toma, toma y las diez onzas
de Jacinto se olvidaban;
ya son, pues, setenta y tres.

PERICO.

No hay duda que la muchacha
está por vd. perdida,

CARLOS.

Pero di, ¿qué es lo que charlas?
¿Qué estás hablando entre dientes?

PERICO.

Digo sólo que me pasma
el cariño que os profesa
la novia.

CARLOS.

Me alegro. (*distraido*)

PERICO.

Vaya:
no es vd. muy expresivo.

CARLOS.

En realidad siempre agrada
verse querido....

PERICO.

¡Jesús!
cualquiera que os escuchara
hablar con tanta frialdad,
creyera que ya casada
se encontraba doña Luisa.

CARLOS.

Siempre el pecho la idolatra;
pero con todo, Perico,
si quieres que te hable en plata,
hice algunas reflexiones.
cuyo resultado....

PERICO.

¡Calla!
¿y fué en la casa de juego?

CARLOS.

Conozco que por desgracia,
no nací para casado:
mujer, chiquillos, criadas,
arreglos, economias,

son para mi unas palabras,
que si digo lo que siento,
me entristecen y me espantan.
Luego, me gusta infinito
la libertad.

PERICO.

Y comparsa.

CARLOS.

Porque, en fin. no nos cansemos:
vida más afortunada,
que la de un bnen jugador,
no se encuentra.

PERICO.

Cuando gana.

CARLOS.

Entre once y doce se viste,
se compone, se acicala
y va á la Puerta del Sol
á manifestar sus gracias.

PERICO.

Pero antes....

CARLOS.

Antes ya ha visto
en su escalera, una escuadra
de sastres, de zapateros.
y gente de toda casta
que con dos mil reverencias
y palabras estudiadas
le piden obra....

PERICO.

Y dinero.

CARLOS.

Después á las dos se marcha.
juega un poco, gana y come
en la fonda que es más cara;
casi siempre acompañado
de unos cuantos camaradas.

PERICO.

¡Toma! De aquellos que fueron
á buscarle las barajas,
ó le trajeron dinero,
ó le avisaron la carta
que se daba y que se dió.

CARLOS.

A las cinco el Prado aguarda
y en él cinco mil bellezas
que le admiran y le inflaman.
Una le mira al soslayo,
otra tose cuando pasa,
y la tercera le dice
al descuido dos palabras.

PERICO.

Siempre han sido las terceras
las primeras que nos hablan.

CARLOS.

El café, teatro y visitas
ocupan las horas largas

de la primera noche, y cuando
los más se van á la cama,
él se va tranquilamente,
y en jugar la noche pasa:
allí sí, todo conspira
en su favor, todo cambia,
y en sus manos venturosas
el cobre se vuelve plata.

PERICO.

Y el oro, señor Don Carlos,
se vuelve en sus manos.... nada

CARLOS.

Luego te juro, Perico,
que yo ignoro por que causa
al juego le llaman vicio,
ni sé por que le señalan
tampoco como el origen
de otros mil que le acompañan,
¿Puede haber nada que exija
más filosofía? ¿más calma?
¿más desinterés? ¿más fina
educación ni crianza?

PERICO.

¿Sobre todo, en los mirones?

CARLOS.

El juego á todos iguala:
sexos, rangos, jerarquías,
opiniones, circunstancias,
se ocultan y desvanecen

delante de cuatro cartas;
y el rufián, como el señor.
lo mismo puede ganarlas,

PERICO.

Sin embargo, pongo siempre
por el rufián.

CARLOS.

¡Ah, bien haya,
bien haya el juego mil veces!

PERICO.

Pues según vd. le aclama,
debía de favorecerle
en esta postrer campaña;
y así fuera de opinión.
que luego se rescatara
el pobrecito retrato.

CARLOS.

Si, si.... veremos.

PERICO,

¿No aparta
vd. por si acaso, un poco
de la bendita ganancia?

CARLOS.

Hombre, me prueba tan mal
esto de apartar....

PERICO.

Se salva
algo siempre.

CARLOS.

Vaya, toma,
y esas diez onzas separa.

PERICO.

¿Quiere vd. que de ellas cobre
mis salarios?

CARLOS.

Noramala
para tí: ¿pues qué te debo?

PERICO.

¿Y qué me pagó vd.?

CARLOS.

Carga
esa deuda con las otras;
pues todas debe pagarlas
don Manuel.

PERICO.

¡Si viera vd.
en que moneda las paga!
¡Pero ay Dios! Que vienen sastre
y zapatero.

CARLOS.

¡Mal hayan
entrambos impertinentes!
Haz, Perico, que se vayan,
lo más pronto que tú puedas.

PERICO.

¿Sin darles nada?

CARLOS.

Ni blanca;
mas ofrezco, si esta noche
gano, pagarles sin falta.

ESCENA VI.

DICHOS EL ZAPATERO Y EL SASTRE.

CARLOS.

¡Ola señores que es esto!
¿tanto bueno por mi casa?

ZAPATERO

Pues si no dejamos la ida
por la venida.

CARLOS.

Mil gracias;
peao siento se incomoden
ustedes.

ZAPATERO

Esta maúana
nos dijo el señor Perico.....

CARLOS.

¿Traen vds. arregladas
las cuentas?

SASTRE.

Si señor.

CARLOS.

Vengan
¿Perico?

PEPICO.

¿Señor?

CARLOS.

Me basta
que esta buena gente muestre
la prudencia y la cachaza
que muestra, para que yo
determine que pagadas
sus deudas al punto sean:
por la tanto, toma y guarda
con cuidado esos papeles,
para cuando dinero haya.

ZAPATERO.

Es el caso que yo tengo
mi parienta embarazada,
y en vísperas de parir.

CARLOS.

¡Pobrecita!

ZAPATERO

Y si se hallara
vd. en tal situación,
sin envolturas ni fajas....
como yo me encnentro, sé
muy bien que no se dejara
alucinar con promesas
que no serán realizadas.

CARLOS.

Maestro, no tengo un cnarto.

PEPICO.

Hace un siglo, camarada,

que no sabemos que cosa
es moneda

SASTRE.

Mi Colasa,
si el señor no lo remedia,
se casa en esta semana,
y....

CARLOS.

¡Oiga se casa la chica?

SASTRE.

Ya se vé, y como se casa,
necesitamos dinero
para comprarla una saya
y una peineta de cuerno
y otras muchas zarandajas,
sin las cuales nunca hay boda
en mi barrio.

CARLOS.

Me alegrara
infinito que....¿Perico,
esta gente no se marcha?

ZAPATERO.

De todos modos, señor,
no me muevo de esta sala
sin dinero.

SASTRE.

Ni yo.

CARLOS.

¡Cómo
se entiende!....

SASTRE.

Señor.

CARLOS.

Canalla,
insolentes....

SASTRE.

¿Insolencia
á pedir lo nuestro. llama?

CARLOS.

Idos pronto: ¿qué, no hay más
que venir con amenazas?
idos pronto.

ZAPATERO.

Ya lo dije:
sin dinero, ni á estocadas
salimos del aposento.

CARLOS.

¡Bribones!....

SASTRE.

Vd. se cansa
en balde con sus dicterios,
porque....

CARLOS.

Dame una espada,
Perico....

SASTRE.

Ay cielos ¡que pide
una espada!

ZAPATERO.

Ay ¡que nos mata!

PERICO.

Callen ustedes, por Dios,
hasta que vaya á buscarla.

ESCENA VII.

DON MANUEL Y DICHOS

MANUEL.

¿Qué voces, qué ruido es éste?
Carlos, y tú no reparas
que....

CARLOS.

No señor, no reparo
en nada cuando me faltan.

ZAPATERO.

Nosotros sólo pedimos
lo nuestro.

CARLOS.

Pues eso basta
y sobra para irritarme

MANUEL.

Pero en fin ¿cuál fué la causa
del disgusto?

PERICO.

Una friolera:
ciertas cuentas atrasadas
que tienen estos señores
con mi amo, y se empeñaban
en que les pagase ahora.

CARLOS.

Y como yo me encontraba
sin un real....

MANUEL.

¡Ya estoy! ¿por eso
los insultas y maltratas,
después que te sirven ellos?
la tactica es soberana,
no hay duda.... y luego, en un día
como el de hoy, te desmandas
y gritas y representas
en tan ridícula farsa.
sin acordarte que pueden
la señora ó la criada
entrar por casualidad
en tu cuarto y preseneiarla.
Cierto que tales principios
buena opinión te acarrearan;
y para la sucesivo
dieran lindas esperanzas.
En fin, pongamos remedio:
vengan ustedes.

CARLOS.

¿Qué trata
vd, de hacer?

MANUEL.

¿Qué? Pagarles.

PERICO.

No hiciera más Sancho Panza.

MANUEL.

Mira que son ya muy cerca
de las cuatro; y que no salgas,
pues vuelvo en cuanto despache
esta buena gente.

ESCENA VIII.

DON CARLOS Y PERICO.

PERICO.

Vaya,
el sermoncito fué bueno.

CARLOS.

Anda con Dios; pues que paga,
no importa un pito predique
hasta pasado mañana.

PERICO.

Pero teniendo el bolsillo
atestado de oro y plata,
¿es posible que tuviese
vd. tan duras entrañas,
que diese lugar á tanto
alboroto, á tanta zambra,
pudiendo muy bien pagarles?

CARLOS.

Y mentecato ¿lo extrañas?
¿No sabes cuán fácilmente
los jugadores se azaran?

PERICO.

¿En pagar?

CARLOS.

Más que en deber.

PERICO.

Pues entonces, no me espanta
si tantos hombres de bien
en pagar sus deudas tardan,

CARLOS.

¡Válgate Dios por Jacinto,
qué plomo es!

PERICO.

¡Santa Susana!
¿Ha de venir don Jacinto?

CARLOS.

Le espero con vivas ansias,
pues tengo hambre.

PERICO.

¿Qué está vd.
sin comer?

CARLOS.

Una tostada
comí sólo de manteca,
en pie, de prisa y sin gana;

pero Jacinto habrá ya
avisado en la Fontana
y nos tendrán prevenida
una mesa delicada.

PERICO.

¿Y la firma?

CARLOS.

Firmaré
antes de irme.

PERICO.

¡Linda gracia!
¿con que vd. firma su boda
como quien píldoras traga?
esto es á salir del paso.

CARLOS.

Ya está aquí Jacinto.

ESCENA IX.

DON JACINTO Y DICHOS.

CARLOS.

Gracias
por el plantón.

JACINTO.

Ríñeme ahora
y otra cosa no faltaba,
después que nunca en mi vida
merecí más alabanzas.

CARLOS.

¿Tú alabanzas?

JACINTO.

Si supieras
el festín que nos aguarda,
¡mejor lo confesarías!

CARLOS.

Cuenta, cuenta.

PERICO.

¡Gran hazaña! (*aparte*)
para pedir de comer
con ganas de comer basta.

CARLOS.

Ya lo verás: y tenemos
convidado.

JACINTO.

¿Quién? ¿la Juana?

JACINTO.

No por cierto: don Francisco,
el físico; atravesaba
la calle, y yo le llamé
por que ya ves, nunca daña
y antes nos conviene mucho
tenerle contento, para
los lancesillos de honor.

CARLOS.

Dices bien.

JACINTO.

¡Ah! Me olvidaba
decirte, que ví á don Pedro
en la fonda: está que salta
y no puede digerir
aquel ganarán de marras:
el de los doces.

CARLOS.

Paciencia,
amigo: ¿no me acababa
de ganar albur y entrés?

JACINTO.

Ahora mismo se marchaba
con el bocado en la boca,
á tallar treinta medallas
que le prestó no sé quien.

PERICO.

Buen plus café.

CARLOS.

Me dan ganas
de que fuésemos allá,
y de pagarle otra entrada
antes de comer.

JACINTO.

¡Qué idea
tan divina!

CARLOS.

Pero en planta
no puede ponerse, no.

JACINTO.

¿Es pavura?

CARLOS.

No, te engañas:
es que tengo que firmar
un papel....

JACINTO.

¡Qué patarata!
luego lo firmas.

CARLOS.

No puedo;
y aunque se empeñara el Papa
á las cuatro he de firmarle

JACINTO.

Pero, Carlos, si aun te faltan
doce minutos y medio....

CARLOS.

¿Es deveras?

JACINTO.

Mi palabra
de honor.... Nos sobra así tiempo,
para ir en cuatro zancadas
llegar, copar, y volvernos
antes de la hora indicada.

CARLOS.

Pues si ha de ser, luego sea.

PERICO.

Pero señor ¿y si os llaman?

CARLOS.

Ya estaré entonces de vuelta.

PERICO.

Y si el tío....

CARLOS.

¡Qué machaca!
díle que me fuí al correo
por una maldita carta.
Vamos.

JACINTO.

Vamos.

CARLOS.

¡Ah fortuna!
Te levantaré una estatua
si se dá contrajudía
en puerta, á la primer talla.

ESCENA X.

PERICO, *solo*.

PERICO.

¡Jesús, Jesús y qué locos!
Cabezas destornilladas
he visto; pero las suyas
les ganan con quince y falta.
¿Qué dirá cuando lo sepa
don Manuel? ¡Qué zalagarda
debe armarse! Y tú, Perico,

en tan desecha borrasca,
¿qué partido tomarás?
Toma, el de la gente sabia:
lavarte las manos, y
al son que te toquen baila.

ESCENA XI.

DICHO Y DON MANUEL.

MANUEL.

¿Qué, se fué ya?

PERICO.

Le avisaron
que en la lista de atrasadas
cierta cartita tenía
y en un brinco fué á sacarla.

MANUEL.

¡Qué carta, ni qué demonio!
Marcha pronto, y si le alcanzas,
prometo darte un doblón.

PERICO.

¿Calesero?

MANUEL.

¿Qué te paras?
Mira que si no se vuelve
la burla te cuesta cara.

ESCENA XII.

DON MANUEL Y TOMASA.

TOMASA.

El escribano os espera.

MANUEL.

¿El escribano? ¡Ya escampa
anda y dile que ya voy!
pero no, mira Tomasa
que le saquen chocolate:
con eso, si el poble aguarda,
que al menos bebido sea.

TOMASA.

Está muy bien.

ESCENA XIII.

DON MANUEL *solo*.

MANUEL.

¡Virgen santa,
si de esta escapo con juicio
de cera ofrezco una jaula!

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

DOÑA LUISA, TOMASA, D. MANUEL.
Y PERICO.

MANUEL.

¡Ay Perico! Es imposible
que le hayan buscado bien.

PERICO.

Lo que yo digo también,
es que parece increíble,
cómo diablos no he podido
encontrar con su guarida.

MANUEL.

¿Fuiste Perico en seguida
al correo?

PERICO.

He recorrido
en el tiempo que tardé
desde casa hasta el correo,
desde el prado al coliseo,
sin dejar fonda, café,
bodegón, casa de trato;
y en fin aunque tú me riñas
escuelas, maestras de niñas
y gente de garabato.

TOMASA.

Es inútil, lo repito,
en tales partes buscarle,
aquel que quiera encontrarle
es fuerza vaya al garito.

LUISA.

Aunque Perico lo niegue
donde es el juego no ignora.

PERICO.

Yo le diré á vd. señora,
según al juego que juegue.
Sí es al monte, tiene un ciento
de escondites y encerronas,
donde casas y personas
cambian á cada momento,
y donde el du[illegible]o ó la dueña
á ninguno deja entrar,
si no le rinde [illegible]l llamar,
santo, seña, y contraseña;
pero si fuera cierto

al billar ó al dominó,
muy pronto le hallara yo
en yendo al billar del tuerto.

TOMASA.

Según eso, pese á tal,
¿don Carlos, juega á mil cosas?

PERICO.

Si le llaman las hermosas
el jugador general.
Pero tate, ya está aquí
quien nos dirá la verdad.

LUISA.

¿Será por casualidad
su amigo Jacinto?

PERICO.

Sí;
y se puede asegurar
que si el tal Jacinto ignora
en donde está, desde ahora
se le debe pregonar.

ESCENA II.

DON JACINTO Y DICHOS.

LUISA.

Si por ser vos caballero
y yo mujer afligida,
tiene mi ruego cabida,
que le concedáis espero,

JACINTO.

Señora, cuanto yopueda....

LUISA.

Quisiera de una verdad
enterarme.

JACINTO.

Preguntad.

LUISA.

¿Dónde queda Carlos?

JACINTO.

Queda....
¿qué la diré? (*aparte.*)

LUISA.

¿Titubeáis?

JACINTO.

En cualquier parte, señora
en que se encuentre, os adora.

TOMASA.

No sé por qué preguntáis
lo que sabe esta muchacha:

LUISA.

¿Y qué sabes tú?

TOMASA.

¿A que juega
don Carlos, y no lo niega
don Jacinto facha á facha?

JACINTO.

Señores, estoy de prisa
permitid....

MANUEL

No puede ser:
es fuerza satisfacer
desde luego á doña Luisa.

JACINTO.

¿También usted?

MANUEL.

¿Por qué no?

JACINTO.

Perico. *(á media voz.)*

TOMASA.

¡Calla! Secreto, *(aparte)*
¿y con este buen sujeto?
No será viviendo yo. *(agarra á Perico de un brazo.)*

PERICO.

Tomasilla, ¿por qué así
me sujetas prisionero?

TOMASA.

Perico, porque ni quiero,
ni puedo confiar en tí.

MANUEL.

Vamos, don Jacinto, hablad.

JACINTO.

¡Es terrible compromiso! *(aparte)*

LUISA.

¿Todavía estáis remiso?

JACINTO.

¿Lo queréis? Pues escuchad:
don Carlos está jugando....

TOMASA.

Lo dije....

LUISA.

¡Nueva funesta!

JACINTO.

Pero en esto manifiesta,
lo mucho que os está amando;
pues conociendo su ardor
por el juego, pierde adrede,
porque sin dinero puede
pensar mejor en su amor.

LUISA.

Temiendo estaba eso mismo:
¡qué loco! ¡que fiero exceso!

JACINTO.

Más no negaréis que en eso
hay su poco de heroísmo.

LUISA.

¿Así burla el imprudente
sus promesas y mi ruego?

JACINTO.

No os quejéis, porque el juego
os venga perfectamente:

sí vd. le viera en la lid,
con los bolsillos de fuera,
atacar como una fiera,
defenderse como un cid,
no le negara, á fe mía,
con vuestro aprecio su gloria,
que quien vende la victoria
tan cara la merecía.
Allí con ojos insanos
y semblante macilento,
ora observa el movimiento
de las enemigas manos:
ora tajos y reveses
tira mil, ora estocadas
á veces afortunadas,
y sin fruto las más veces.
Mas si imparciales acciones
alguna ventaja alcanza,
pronto pierde la esperanza
al mirar sus escuadrones
rotos, deshechos, vencidos,
abandonar los aceros,
y rendirse prisioneros
á jefes más aguerridos.
Entonces el general
llama á tropas auxiliares,
se expone á nuevos azares
y precipita su mal.
En vano la línea muda,
tiene escuchas, busca espías,
ó con nuevas baterías

su debilidad escuda:
todo en vano: la derrota
se completa prontamente,
y quedándose sin gente,
y sudando gota á gota,
y ya rojo, ya amarillo,
termómetro es su color
que manifiesta el calor
ó el hielo de su bolsillo.
Cede en fin, huye el cuitado,
y con vergüenza se esconde
en un rincón, desde donde
ve su campo destrozado:
mas con todo, en tal afán,
aun no pierde la cabeza,
y lo prueba con destreza
nombrándome su edecán.

TOMASA.

¿Y le dejáis caballero
en situación tan acerba?

JACINTO.

Vengo á buscar la reserva.
Perico dame dinero.

PERICO.

¿Señor Don Manuel le doy
diez onzas que tengo aqui?

MANUEL.

Si son de don Carlos, sí.

PERICO.

Tómelas vd.

JACINTO.

Pues voy
sus órdenes á cumplir,
porque en lances tan fatales,
los célebres generales
deben vencer ó morir.

ESCENA III.

DOÑA LUISA, TOMASA, DON MANUEL
Y PERICO.

MANUEL.

Siguele, Perico, y di
de mi parte á Carlos....

LUISA.

¿Qué
queréis decirle?

MANUEL.

No sé; *á doña Luisa.*
pero que te siga á ti, *á Perico*
que deje el juego al instante
y obedezca á mi mandato,
no siendo sobrino ingrato
quien fué ya tan mal amante

ESCENA IV.

DON MANUEL DOÑA LUISA Y TOMASA.

LUISA.

Y qué señor ¿conserváis
en su favor esperanza?

MANUEL.

Yo no tengo otra confianza
sino saber que le amáis.

LUISA.

Amarle ya fuera error.

MANUEL.

¿Y si al fin Amor le cura
de su presente locura?

LUISA.

Es imposible señor:
amante tan singular
que así sus afectos mide
y su corazón divide
entre querer y jugar;
no conviene desde luego,
pues si llega á ser marido,
el cariño que ha sentido
lo mirará como un juego;
y pudiera suceder
si jugara y si perdiera,
que él al cabo aborreciera
con tal juego á su mujer.

TOMASA.

Entonces al escribano
le diré vuelva á su casa.

LUISA.

Díçelo.

MANUEL.

No tal Tomasa:
siempre es bueno que esté á mano.

ESCENA V.

DICHOS Y DON SIMEON.

SIMEÓN.

¿Puedo yo sin ser molesto
preguntaros caballero,
si está don Carlos?

MANUEL.

Infiero
que no tarde.

SIMEON.

¡Malo es esto!
señal fija que ha salido.

MANUEL.

No hay duda qne fuera está.

SIMEON.

Entonoes no volverá
hasta que haya amanecido.

MANUEL.

Pues ¿qué acaso tiene vd.
tanta prisa en encontrarle?

SIMEON.

Sí señor, quisiera hablarle
de un asuntito.

MANUEL.

Creed
que en muy mal tiempo venis,
y os verá de mala gana.

SIMEÓN.

Sin embargo, esta mañana
fué de buena.

MANUEL.

¡Qué decís!
¿Esta mañana?

SIMEÓN.

Si tal.

MANUEL.

¿Y le hablastéis?

SIMEON.

¿Por qué no?
¿pues qué, no puedo hablar yo
con tamaño original?

MANUEL.

Chito pues.

SIMEON.

¿Y por qué chito?

MANUEL.

¿Fué acaso por un retrato?

SIMEON.

Si señor, no lo recato.

MANUEL.

Pues que calléis os repito
y dejadme obrar á mi.

LUISA.

¡Qné novedad ha ocurrido! (*aparte*)

MANUEL.

¿Decidme: está parecido?

SIMEÓN.

Ahora os afirmo que si.

MANUEL.

Mucho contento recibo.

SIMEON.

Por el recibo venía.

MANUEL.

¡Jesús hombre y qué manía!
¿con que pintáis por recibo?

SIMEON.

No sé que queréis decir

LUISA.

¿Puede saberse el objeto
de tan extraño secreto?

MANUEL.

Ya no es tienmpo de fingir:

si Señora, lo sabréis;
y quizá al ver tal fineza
su ya pasada flaqneza
al punto perdonaréis.

LUISA.

¿De qué fineza me habláis?

MANUEL.

¿Conoce vd. al señor?

LUISA.

No por cierto.

MANUEL.

Es un pintor.

LUISA.

¡Que dice usted!

SIMEON.

¿Os burláis?

MAMUEL.

Tiene pincel tan divino
que al verle es justo os asombre.

SIMEON.

¡Ay señores! lo que este hombre (*aparte*)
tiene, es un poco de vino.

LUISA.

No os entiendo Don Manuel.

MANUEL.

Vaya pues: fuera el recato·
Dadme pronto ese retrato.

SIMEON.

¿Qué queréis hacer con él?

MANUEL.

Regalarlo á esta señora.

SIMEON.

¡Oiga! me alegro infinito,

MANUEL.

Que me lo deis os repito.

SIMEON.

Pues no puede ser ahora.

MANUEL.

¿Decid por qué?

SIMEON.

Porque es mío.

MANUEL.

¿No es de Carlos?

SIMEON.

Si me paga.

MANUEL.

¿No es igual que os satisfaga
por él don Carlos, su tío?

SIMEON.

Si, señor, lo mismo dá

MANUEL.

Pues él pagaros ofrece,
si el retrato se parece.

SIMEON.

¿Y si no?

MANUEL.

¿Os lo volvera!

SIMEON.

¡Graciosa está la disculpa!
¿Y qué culpa tengo yo,
de que se parezca ó no?

MANUEL.

¿Conque no tenéis la culpa?
vuestra desvergüenza alabo

SÍMEON.

¡Pinto acaso las personas!

MANUEL.

¿Seréis algún pinta monas?

LUISA.

De entenderos nunca acabo.

MANUEL.

Pues ahora será. Esa copia
venga al instante, pintor,
que yo lo pago.

SIMEON.

Señor
aqui está en su caja propía.

MANUEL

Tomadla, y tened en cuenta
la conducta de un tutor,

que en perjuicio de su amor
á su rival os presenta.
Esta imagen silenciosa
os probará por lo menos,
que en instantes más serenos
pensaba en su amante hermosa,
y así aunque el hado fatal
de vida y ser le privó
obtenga ella lo que no
merece el original

LUISA.

Permitid no la reciba.

MANUEL.

¿Y por qué tanto rigor?

LUISA.

Porque su vista, señor.
hará la culpa mas viva.

MANUEL.

Yo os lo pido.

LUISA.

Don Manuel
¿me lo pedís?

MANUEL.

Sí por Dios.

LUISA.

Lo haré por pedirlo vos,
de ningún modo por él.

TOMASA.

Veamos pues, señora mía,

LUISA

¡Mi retrato!

MANUEL.

¿Su retrato?

LUISA.

¡Ah pérfido!

TOMASA.

¡Ah infiel!

MANUEL.

¡Ah ingrato!

SIMEON.

¿Qué diablos de algarabia?....
esta gente perdió el juicio.

MANUEL.

¿Qué quiere decir aquesto?

SIMEON.

Yo no sé, sino qne presto
cuando encuentro beneficio:
que esta mañana presté
cien doblones á don Carlos,
y que quiero recobrarlos:
de lo demás nada sé.

MANUEL.

¿Con que vos no sois pintor?

SIMEON.

Ni lo soy ni serlo quiero.

MANUEL.

¿Luego que sois?

SIMEON.

Usurero.

MANUEL.

¡Bribonazo!....

SIMEON.

Si, señor
seré aquello que vd. quiera;
pero venga mi retrato.

MANÜEL.

No sé como no le mato.

SIMEON.

¡Quién se viera en la escalera! (*aparte*)

LUISA.

Tomadle.

TOMASA.

¿Qué hacéis?

LUISA.

Volver
este retrato á su dueño

MANUEL.

¿Y queréis en tal empeño
que yo mire con placer,
en sus manos, semejante
tesoro?

LUISA.

¿Pues qué remedio?

SIMEON.

Yo no encuentro mejor medio,
que pagarme en el instante

MANUEL.

Bien está, señor bribón:
tendréis hoy mismo el dinero;
y de vos Luisita, espero
que admitiréis este don
de mis manos.

LUISA.

¡Disparate!
no señor, guardadle vos.

MANUEL.

¡Yo!

LUISA.

Sí, que después de Dios
á vos debe su rescate.

TOMASA.

¡Ay que Perico entra en casa!

MANUEL.

Idos pronto al gabinete.

SIMEON.

Pero....

TOMASA.

Anda diablo ó vejete
que nos pillan con la masa.

ESCENA VI.

PERICO Y DICHOS.

PERICO.

Señores, disimulad:
mi amo llega.

TOMASA.

¿Y desplumado?

PERICO.

Como un capón regalado
por pascua de navidad.

ESCENA VII.

DON CARLOS Y DICHOS.

LUISA.

Su rabia, su confusión (*aparte*)
en vano quiere esconder

CARLOS.

Pues señor, es fuerza hacer
de las tripas corazón:
no hay remedio (*aparte*)

LUISA.

¿No llegáis?
¿Qué os detiene?

MANUEL.

Vamos, hombre,
nuestra vista no te asombre:
llega, pues.

TOMASA.

¿No nos habláis?

CARLOS.

Mi propia dicha, señora,
excusa mi aturdimiento:
llega el misero sediento
á la fuente bienhechora,
y en vez de satisfacer
en el cristal su cuidado,
se detiene y desconfiado
teme engañarse y beber.
Así al felice mortal
que halla amor y no desdén,
le sorprende más su bien
que le asustará su mal
y.... no sé lo que me digo, (*aparte*)
bien sabe Dios.

LUISA.

Seguid pues.

CARLOS.

Aquel condenado entrés (*aparte*)
ha de acabar hoy conmigo.

MANUEL.

¿Y al cabo que hizo el sediento?

PERICO.

Beber agua. (*aparte*)

CARLOS.

Enmudecer,
que sobrecoge el placer
lo mismo que el descontento.

LUISA.

La disculpa es muy discreta;
mas Don Carlos confesad
que en vos la seguridad
destierra la duda inquieta;
porque ó mucho me engañara
ó nada teméis de mí.

CARLOS.

Y si acaso fuera así,
decidme, ¿me equivocara?

LUISA.

No por cierto: mi retrato
de mi afecto es buen garante.

CARLOS.

¡Oh qué venturoso instante!

TOMASA.

¡Que te clavas mentecato! (*aparte*)

CARLOS.

Tanta bondad me asegura
que seré feliz muy pronto.

TOMASA.

Si lo será; pero tonto,
únicamente en pintura. (*aparte*)

LUÍSA.

Si lo seréis, pues formal
á don Manuel he jurado,
que aquel que tenga el traslado
obtendrá el original.

CARLOS.

Mi eterno agradecimiento....

LUÍSA.

No más don Carlos, y así,
pues que mi retrato os dí,
llegó, por fin, el momento
de enseñarlo

CARLOS.

Reparad.
que está don Manuel delante,
y al cabo fué vuestro amante
y puede....

MANUEL.

La voluntad
de Luisíta nos obliga
más que nada.

CARLOS.

No resisto.

PERICO.

Y á quien se la diere Cristo
san Pedro se la bendiga.

CARLOS.

Aquí lo traigo en el pecho....

PERICO.

¡Ay Dios! que á don Simeón
he visto en aquel rincón.

CARLOS.

Pícaro, bribón, que has hecho.
del retrato.

PERICO.

¡Del retrato!

CARLOS.

Si; ¿qué has hecho? di.

PERICO.

Ah señor, *á don Simeon*
hágame vd. el favor *con disimulo.*
de prestarlo por un rato,

CARLOS.

¿Lo has perdido?

PERICO.

Lo perdí.

CARLOS.

¡Ah infame! quiero matarle.

MANUEL.

No te canses en buscarle;
porque el retrato está aquí,

CARLOS.

Os juro Luisa querida....

LUISA.

Carlos, mi mano está dada
á don Manuel.

MANUEL.

Y aceptada
con el alma y con la vida.

CARLOS.

¿Así burláis mi tormento?

LUISA.

¿Por que burlastéis mi fé?

CARLOS.

No hay duda que al fin quedé
con un grande lucimiento.

ESCENA ULTIMA.

DON JACINTO Y DICHOS.

JACINTO.

¡Ola! ¿Qué es esto señores?
¡Qué caras! ¡Qué gravedad!
¿Me diréis en realidad
si es hoy Viernes de Dolores?

CARLOS.

Ven, consejero maldito
ven á contemplar el fruto
de un consejo disoluto,
y de mi vuelta al garito.
Por ti perdi en este día
novia, hacienda, honor, sosiego.

JACINTO.

Pero si te queda el juego
lo demás es bobería.

CARLOS.

Por ti en fin, quedo arruinado.

JACINTO.

Pero señor don Manuel,
para conducta tan cruel,
Carlos, ¿qué causa os ha dado?
Diréis qué jugó, es verdad,
que jugó nadie lo niega,
mas ¿quien es el que no juega
en nuestra actual sociedad?

MANUEL

Si juega por recreación
como noble caballero
puede á costa del dinero
encontrar su diversión.
Quizá muy fácil le fuera
y mucho más conveniente
otra hallar más inocente
y que menos le expusiera:
sin embargo, siempre tiene
en el uso la disculpa ;
y al fin ¡bien haya la culpa
que en sí el castigo contiene!
Pero aquel necio, que hollando
los más sagrados deberes,
en pos de infames placeres
pasa su vida jugando;
el que vive de engañar,
el que su familia olvida,
el que no piensa ni cuida

sino en deber y trampear;
en fin el que ha todo precio
juega, pierde y se envilece
Don Jacinto, no merece
compasión, sino desprecio.

JACINTO.

¿Y hay remedio?

MANUEL.

Por mi
no le encuentro.

LUISA.

Yo tampoco.

JACINTO.

Pues aunque me llaméis loco,
yo le aseguro que si.

MANUEL.

¿Cuál es pues?

JACINTO.

¡Toma! Jugar.

MANUEL.

¿Y así que puede obtener?

JACINTO.

Algunas veces perder,
pero otras veces ganar:
vaya, Carlos, no te apures,
ten un poco de cordura,
pues se cifra tu ventura

en unos cuantos albures.
Si los ganas mil contentos
conseguirás....

MANUEL.

Pero injustos.

JACINTO.

Y placeres....

MANUEL.

Y disgustos.

JACINTO.

Goces....

MANUEL.

Y remordimientos

JACINTO.

Riquezas....

MANUEL.

También cuidados

JACINTO.

Y envidiosos....

MANUEL.

Y enemigos.

JACINTO.

Y amigos....

MANUEL.

Pero ¡qué amigos
tan viles y desalmados!

JACINTO.

Nada pues te faltará
sigue tan dulce carrera,
y la recompensa espera.

CARLOS.

Todo eso muy bueno está
pero ¿y si pierdo?

JACINTO.

¡Demencia,
ignorantisimo acuerdo!

CARLOS.

Pero responde: ¿y si pierdo?

JACINTO.

Si pierdes, tendrás paciencia,

CARLOS.

¿Pero al cabo sin dinero
quién vive?

JACINTO.

Viven cien mil.

CARLOS.

Pero....

JACINTO.

Calla, por San Gil,
que me seca tanto pero;
y en fin, por punto final,
á nadie le falta, hermano,
un hospicio si está sano,
y si enfermo un hospital.

CARLOS.

¡Ay Jacinto! con dolor
ahora mismo llego á ver.
que has pintado sin querer,
el final de un Jugador.

INDICE.

	Págs.
Prólogo	V
Indulgencia para todos	1
Contigo pan y cebolla	167
El Jugador	287

Este libro se acabó de imprimir
el 20 de Junio de 1899,
en la Imprenta de Victo-
riano Agüeros, situada
en la calle de la
Cerca de Santo
Domingo
núm.
4.

BIBLIOTECA PARA LAS FAMILIAS.

Está ya terminado, y de venta, el primer tomo de esta BIBLIOTECA. Se intitula: *Leyendas de la Santísima Vírgen.* Seguirán: *Vidas de Madres de Santos. Eugenia de Guérin, Diario de una joven, etc.*

ALBUM DE LA CORONACIÓN
DE LA SANTISIMA VIRGEN DE GUADALUPE.
Primera y segunda parte.
DOS TOMOS FOLIO, PROFUSAMENTE ILUSTRADOS.

Todo católico amante de Nuestra Señora de Guadalupe, debe tener este libro y conservarlo como una prueba de su amor y devoción á la Excelsa Patrona de los mexicanos y como un recuerdo de las fiestas de su Coronación.

En la 1ª parte está la Historia de la Aparición y del culto de Nuestra Señora en su advocación de Guadalupe, la historia detallada de su Colegiata, hasta las últimas óbras ejecutadas, con mil noticias curiosas é interesantes.

La 2ª parte contiene la crónica extensa, detallada y documentada de las fiestas de la Coronación de la Santísima Vírgen, con la serie de los sermones predicados en el mes de Octubre de 1895.

Los dos tomos están impresos con todo lujo y contienen más de 300 ilustraciones. Entre ellas FIGURA LA DEL MOMENTO PRECISO DE LA CORONACIÓN

De venta en la Administración y *Librería* de EL TIEMPO, Cerca de Santo Domingo núm. 4, y en las demás Librerías de la Capital.

En los Estados, en las casas de los Agentes y corresponsales de EL TIEMPO.

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS.

En esta BIBLIOTECA se publican las obras de nuestros más distinguidos autores (historiadores, poetas, novelistas, críticos, dramáticos, etc.) antiguos y modernos.

Por ahora podemos anunciar las siguientes:

OBRAS COMPLETAS

de GARCÍA ICAZBALCETA.—OROZCO Y BERRA.—ROA BÁRCENA.—PIMENTEL.—JOSÉ DE J. CUEVAS.—AGUILAR Y MAROCHO.—LIC. J. FERN°. RAMÍREZ.—PEON CONTRERAS.—ILMO. SR. MONTES DE OCA.—PESADO.—COUTO.—GOROSTIZA.—MUNGUÍA.—Y las obras de Alarcon, Sor Juana Inés de la Cruz, Sigüenza y Góngora, Ochoa, Navarrete, Ortega, Sánchez de Tagle, Rodríguez Galvan, Calderon, etc., etc., así como las de algunos contemporáneos, de la Capital y los Estados.

TOMOS PUBLICADOS:

Obras de GARCÍA ICAZBALCETA.—Tomos I y II, Opúsculos varios—III y IV Biografías.—V. Biografía de D. Fr. Juan de Zumárraga.—VI. VII y VIII Opúsculos varios.—IX, Biografías.

Obras de PEÓN CONTRERAS—Tomo I y II. Teatro.

Obras de VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR.—Tomo I, Estudios Históricos.

Obras literarias de D. VICTORIANO AGÜEROS.—Tomo I—Artículos sueltos.

Obras de ROA BÁRCENA.—Tomo I.—CUENTOS.

Obras de D. JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS.—Tomo I.—*La Parcela*, novela inédita.

Obras de COUTO—Tomo I. Opúsculos varios.

Obras de D. J. FERN° RAMÍREZ.—Tomo I. Opúsculos históricos.—Tomo II, *Adiciones á la Biblioteca de Beristáin* (inéditas).—Tomo III, *Adiciones á la Biblioteca de Beristáin* (conclusión) y Opúsculos históricos.

Obras literarias de D. JOSÉ DE JESÚS CUEVAS.—Tomo I, Discursos religiosos.

Obras de D. IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO—Tomo I. Poesías y Opúsculos literarios.

Obras de D. MANUEL E. DE GOROSTIZA.—Tomo I.—Teatro.—*Indulgencia para Todos. Contigo Pan y Cebolla. El Jugador.*

EN PRENSA.

Obras de GARCÍA ICAZBALCETA.—Tomo X.

Obras literarias de D. JOAQUIN BARANDA.

Obras de D. RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA.—Tomo I.

Obras de D. JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS.—Tomo II. *Novelas Cortas.*

Obras de D. Manuel E. Gorostiza.—Tomo II.—Teatro.

PRECIO DE CADA TOMO:

$1.50 en toda la República y $2 en el extranjero.

Todos los tomos serán enteramente iguales al presente.

De venta en la Administración y *Librería* de EL TIEMPO, Cerca de Santo Domingo núm 4, y en las demás Librerías de la capital.

En los Estados, en las casas de los Agentes y Corresponsales de EL TIEMPO.